

DIANA G. ROMERO

Salitre

SALITRE

DIANA G. ROMERO

Copyright © 2020 Diana García Romero

Todos los derechos reservados

ISBN: 9781661349493

Para ellas, mis jóvenes lectoras,
que me han alentado a seguir dando
vida a los personajes de Marejada.

Y para todas las que,
con vuestros mensajes en la red,
me habéis animado a seguir
nadando.

ÍNDICE

Capítulos

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

22

23

24

25

26

27

28

29

30

31

32

33

34

35

36

Cuenta la leyenda que una joven sirena quiso saber lo que era sentir emociones humanas. Para ello, tuvo que adentrarse en las profundidades marinas y aceptar un intercambio.

Cambió su corazón helado por uno frágil, inestable... humano. Para ello, tuvo que dar algo a cambio. Algo que afectaría al rumbo de su existencia.

La historia de ese intercambio es la que os contaré en estas páginas.

I PARTE

Natalia

PRÓLOGO

Soy una sirena.

¿Qué significa eso, en términos del día a día? Pues que cuando entro en contacto con el agua del mar me transformo. Mis piernas desaparecen, dando lugar a una bonita cola de tonos plateados y anaranjados. También puedo permanecer durante largo tiempo bajo el mar. Y tengo ciertos poderes... como la capacidad de hechizar a los demás para conseguir lo que quiero, o hacer mucho daño a alguien con solo mirarle. Aunque recibí una educación de mis padres bastante estricta y moral en ese sentido.

Y además, un pequeño detalle, que lleva mortificándome desde que entré en la adolescencia.

Tengo el corazón helado.

No sé lo que es el amor, ni lo sabré nunca. En lugar de ello, cuando se acerca el momento de nuestra primera transformación en Sirena, lo que suele suceder alrededor de la mayoría de edad, nos eligen un Guardián. Un Guardián es algo así como nuestra versión masculina. Los chicos no sufren transformación alguna: poseen, al igual que nosotras, una gran capacidad pulmonar bajo el mar, y son muy fuertes. Y, al igual que nosotras, también tienen el corazón helado, como hijos de sirenas que son. Así que, siendo honestos, nos unen entre nosotros como si se tratara de matrimonios de convivencia, con una única finalidad: la supervivencia de nuestra especie. De la alianza de una Sirena y un Guardián nacerá una nueva Sirena, o un nuevo Guardián. Así de frívola es nuestra comunidad.

Ahora que os hacéis una ligera idea de mis circunstancias, os situaré en el momento en el que comienza esta historia:

Tengo veinticuatro años y estoy en el último curso de Enfermería. Tras un terrible enfrentamiento con los Buscadores, hace algunos años, mi familia y el resto de Sirenas y

Guardianes de mi comunidad abandonamos el que había sido mi pueblo natal y nos trasladamos a Galicia. Los Buscadores son personas que saben de nuestra existencia, y que llevan toda la vida dedicados a darnos caza. ¿Con qué motivo? Lo desconocemos. Tal vez pretendan montar un circo con nosotras. O estudiar nuestra genética, que nos conserva jóvenes durante mucho más tiempo que al resto de los mortales.

Seguimos.

Es septiembre, a punto de comenzar el último curso, y estoy con Julián, mi Guardián, y algunos amigos más en la playa, de noche, tras un agradable baño en el mar bajo la luz de la luna. Y de la conversación espontánea que tenemos entonces, derivará todo lo que vendrá a continuación.

—Una estrella fugaz... —murmuré, con la vista perdida en el cielo estrellado.

—¿Dónde? —preguntó Javi.

—Ya se apagó.

—¿Y por qué no has avisado antes?

—Porque estaba pidiendo mi deseo. Si os avisaba no me daba tiempo —sonreí.

—Qué egoísta —bromeó Julián, al tiempo que me salpicaba agua.

—¿Un deseo? ¿Y qué podría desear una sirena? Si puedes hechizar a cualquiera para conseguir lo que desees —preguntó Javi.

—Hay cosas que no se pueden conseguir hechizando a los demás —respondí.

Javi guardó silencio, pensativo.

—Pues te prometo que no se me ocurre ninguna.

—A mí sí —respondió Irene esta vez—. Yo quisiera ir a París. No tengo poder suficiente para hechizar a mi madre, y aunque lo consiguiera, sería una locura correr tantos riesgos solo por visitar la Torre Eiffel. Tan lejos del mar, mis poderes no funcionarían. Sería muy fácil que los Buscadores me localizaran.

Irene terminó la frase en un susurro, como si el simple hecho de nombrarles pudiera provocar que aparecieran.

—Y yo quisiera no tener que marcharme con mis padres a Portugal este curso —se pronunció Julián. —Me temo que me aburriré como una ostra. Además de que dejaré a Natalia sin Guardián durante demasiados meses.

Julián era el Guardián que habían elegido para mí. Reconozco que, afortunadamente, nos llevábamos de maravilla. Con el paso de los años se había convertido en mi mejor amigo, lo cual era una suerte, teniendo en cuenta que tendría que pasar el resto de mi vida junto a él, y tener hijos con él. No siempre resultaba tan fácil. Conocía un sinfín de sirenas destinadas a compartir sus vidas con Guardianes a los que ni siquiera soportaban. Y al contrario también. No era una elección que dependiera de los gustos ni aficiones compartidas. Era algo meramente destinado a la proliferación de la especie. A ojos de cualquier chica, Julián era el chico perfecto. Metro noventa, cuerpo bronceado y con cada músculo bien pronunciado, y un rostro de labios sensuales, ojos azules y el cabello castaño siempre perfectamente peinado de manera casual. Además, era encantador, alegre, optimista e inteligente. Lo dicho. Perfecto.

Pero no para mí. Yo no estaba enamorada de él. Y mientras aquella estrella fugaz surcaba el cielo, pedí que llegara alguien a mi vida que fuera capaz de derretir mi corazón de sirena.

—Por lo que veo, deberíamos programar una excursión para visitar a la Primera Sirena. Seguro que si vamos todos juntos nos hace un descuento en el intercambio —comentó Javi, devolviéndome al presente.

—¿La Primera Sirena? ¿De qué hablas? —pregunté intrigada.

—¿No has oído esa leyenda?

—No.

—Pues cuenta que la Primera Sirena, la primera que existió como tal en este mundo, sigue viva. Tiene cientos de años, debido a que continúa viviendo como lo hicieron las sirenas al principio de los tiempos; siempre en continuo contacto con el mar, alejada de los humanos, en una isla perdida en medio del océano. Dicen que sus poderes son infinitos, por lo que cuando alguna sirena desea algo que no puede conseguir con sus hechizos, acude a ella. Con su magia, puede hacer posible cualquier sueño, por grande que sea.

Le escuchaba atenta, sin perder detalle a aquella historia. Él guardó silencio tras contar la leyenda, mientras yo esperaba ansiosa más detalles.

—Pero... ¿es real? ¿Existe hoy día?

—No se sabe con certeza. —Fue Julián quien respondió esta vez. Por lo visto, ya conocía la historia. —Hay muchos rumores alrededor de esa leyenda. Tiene sentido, realmente podría existir. Pero no conozco a nadie que haya confirmado su existencia.

—¿Y dónde vive esa sirena?

—En una isla perdida en el Atlántico.

—¿Y cumple los deseos de los demás como si fuera una ONG? —preguntó Irene, que estaba tan entusiasmada con la historia como yo.

—Me temo que no. Dicen que siempre pide algo a cambio. Supongo que algo que posee la sirena en cuestión y que ella quiere para sí. De todas formas, es solo una leyenda. Nadie sabe con certeza si existe.

Enterré las manos en la arena, sumida en mis propios pensamientos.

Una semana más tarde, zarpaba en un barco de paseo en dirección a las coordenadas en las que la leyenda indicaba que debía estar la isla de la Primera Sirena. No me costó nada convencer a mi hermano Álex y su novia, Silvia, de que me acompañasen a conocer a la Primera Sirena.

1

DIEZ MESES DESPUÉS

Quedaba apenas un mes para que finalizara mi hechizo. Si en el próximo mes no conocía el amor, ya no tendría otra oportunidad. La Primera Sirena me había concedido lo que más deseaba: descongelar mi corazón helado, permitiendo así que pudiera enamorarme. Pero me había dado un plazo de tiempo; 330 días para ser exactos.

Había oído muchas veces en los libros y películas eso de que el amor llega justo cuando menos lo esperas. Y claro, teniendo en cuenta mi desesperante situación, yo sí que lo estaba esperando. Tachaba en el calendario, con un grueso rotulador de un rojo desolador, cada día que pasaba en el que no conocía a la persona que me hiciera sentir las famosas mariposas en el estómago.

Había conocido a muchos chicos en los últimos meses, os lo aseguro. Había reído con varios de ellos. Había bailado, hablado, besado e incluso había acabado entre las sábanas de un par de ellos.

Lo había pasado bien, y evidentemente, todos me gustaban. Unos más que otros, pero todos tenían algo por lo que me fijaba en ellos. Y, sin embargo, estaba segura de que no había estado enamorada de ninguno de ellos.

Hasta que, en el día 310, llegó Darío.

Antes de contaros cómo fue el primer día que vi a Darío, y cómo me conquistó con aquella sonrisa de embaucador, tendremos que volver un poco atrás en el tiempo, solo unos días, para poneros en situación.

Día 301 (- 29 días)

Un grito salió de mi garganta, sin que pudiera ni quisiera hacer nada por evitarlo.

Volví a revisar una última vez las respuestas al último examen que habían colgado en uno de los pasillos de la facultad. Sí, estaba aprobada, no cabía ninguna duda. Había terminado la carrera. Ya era enfermera. No podía dejar de dar saltos y abrazar a mis compañeras, que ya habían revisado también sus plantillas y se encontraban en la misma situación que yo. La euforia me invadía, y continuaba mientras salíamos a tomar unas cervezas, en el bar de la esquina de siempre.

Hacía un día radiante, sin una sola nube en el cielo, así que nos sentamos en una mesa en la terraza, y cerramos los ojos mientras los rayos de sol nos acariciaban los rostros, iluminados por unas amplias sonrisas que no podíamos quitarnos del rostro.

Disfruto de estos momentos en los que me siento una persona normal. Desde que pasaron algunos años de mi transformación en sirena, mis padres me dieron algo más de libertad, y dejaron de obligarme a tener que ir con mi hermano Álex o con mi Guardián, Julián, simplemente a cruzar la esquina de mi calle. Así que, por momentos, si no fuera por mi corazón helado, y porque no puedo bañarme en el mar a plena luz del día, casi casi me siento una persona ordinaria. Y eso me encanta.

El sonido de mi móvil, que está sobre la mesa, me despertó de mi ensoñación.

Miré el nombre en la pantalla. Julián.

—Hola. —respondí, y volví a alzar la cabeza hacia el sol.

—Hola pequeña —respondió en su tono amistoso y familiar de siempre.

—Me temo que vas a tener que dejar de llamarme así.

—¿Y eso?

—Pues, que a partir de ahora será mejor que me llames Enfermera Vega.

—¿Has aprobado?

—Sí.

—¡Vaya, esa sí que es una buena noticia! ¡Enhorabuena!

—Sí que lo es. ¡La mejor noticia del mundo!

—Tendremos que celebrarlo entonces. Llamaré a mis padres, podríamos hacer esta noche una fiesta en casa, para celebrar mi vuelta y tu título.

Resoplé por lo bajo, aunque sabía que igualmente podría oírme. Pero es que no podía evitarlo. No tenía ganas de esas fiestas cordiales y sosas que suele celebrar nuestro “clan”.

—No, Julián. Esta vez vamos a celebrarlo a mi manera.

Le oí emitir una carcajada al otro lado del teléfono.

—¿Y qué manera es esa? Creo que me he perdido muchas cosas en los últimos meses.

—Sí, me temo que sí. ¿A qué hora llegas?

—El tren sale en media hora. Son unas siete horas a Pontevedra. Llegaré a casa sobre las diez según mis cálculos.

—Genial. Te cambias y te recojo.

—Pero...

—¿Pero?

—De acuerdo. Nos vemos esta noche entonces.

—Estupendo.

Cuelgo, y me enfrento a las risitas de mis compañeras.

—¿Julián es el tío cachas que te acompañaba a principios de curso, no? – preguntó Sonia, sin poder controlar su sonrisilla nerviosa.

—Sí.

—No entiendo qué tipo de relación liberal tienes con él. ¿Haz hecho lo que te ha dado la gana este curso y ahora llega y vuelves con él como si nada? —preguntó Nadia. Aunque pudiera parecer que su tono era acusatorio, no lo era. Nadia pasaba de las relaciones serias, se enrollaba con quien le apetecía, pero nunca se veía con el mismo tío más de tres veces seguidas. Así que su pregunta era más por simple curiosidad.

—Chicas, Julián no es mi novio, ya os lo dije en su momento. Es un buen amigo, solo eso.

—¿Puedo tirármelo entonces? – murmuró Sonia entre dientes, como si por ello no fuera a oírle.

—Puedes hacer lo que te de la gana. Julián es como un hermano para mí. Mis planes son otros de cara a este verano.

—¿Y qué planes son esos, que te los tienes tan reservados?

Los tenía reservados por la simple razón de que no sabía si mis padres me iban a dar el visto bueno.

—Quiero pasar el verano en Zarzosa, el pueblo en el que viví hasta que entré en la universidad.

—¿Zaroha?

—Sí. Está en el sur. Es un pueblo costero precioso. El lugar ideal para enamorarse.

Mis amigas rieron ante el comentario, a pesar de que ellas desconocían hasta qué punto era ese mi verdadero objetivo. Llevaba días planteándomelo. Había escrito un correo a Elena, una amiga de mi madre que vivía en Zaroha, donde ejercía como pediatra, y le había consultado si habría posibilidad de que hiciera prácticas de verano en la clínica en la que ella trabajaba. Elena se mostró encantada con la idea. Aún quedaban algunas sirenas y guardianes en Zaroha, así que no estaría sola, que es lo que preocupaba a mis padres. Incluso conservábamos la enorme mansión al pie del barranco frente al mar, así que no tendría que buscar siquiera un lugar donde vivir. Mis padres no habían vendido aquella casa, supongo que porque les daba auténtica lástima deshacerse de ella. Al fin y al cabo, ni siquiera necesitaban el dinero.

Pero no solo temía que mis padres se negaran a dejarme ir. Lo que más me preocupaba es que, en caso de que me dejaran ir, era muy posible que me pusieran una condición para ir; que fuese con Julián. Y el problema de ir con Julián, es que llevando un guardaespaldas de cuerpo escultural y un metro noventa siguiéndome a todas partes, iba a resultar muy difícil que ningún chico se acercara a mí.

Respiré hondo, tratando de eliminar de mi cabeza todos aquellos inconvenientes. Estaba convencida de que aquel iba a ser el verano de mi vida. E iba a hacer todo lo que estuviera en mi mano por conseguirlo.

—Papá, mamá, tengo algo que contaros —anuncié al entrar en casa, y ver a mis padres sentados en el salón. Mi madre leía tranquilamente recostada en su sillón favorito, mientras mi padre estaba sentado en la mesita que teníamos junto a la ventana, frente al portátil.

Empezaría por la buena noticia. Les derretiría un poquito sus helados corazones y luego sería más sencillo dar la otra noticia.

Tomé asiento en el sofá frente a mi madre y, en cuanto obtuve la atención de ambos, me dispuse a hablar.

—He aprobado la última asignatura del curso —declaré, triunfante.

—Y eso significa que... —murmuró mi madre, llevándose las manos al rostro, emocionada.

—Exacto. Ya soy enfermera —confirmé.

Los dos corrieron a abrazarme emocionados, y yo respondí igualmente emocionada. La verdad es que me sentía muy orgullosa de mí misma. Había conseguido llegar hasta allí por mis propios méritos, cosa que no era del todo habitual entre las sirenas. La mayoría hacía trampas. No me malinterpretéis, no siempre las hacían, no es que se sacaran la carrera hechizando a todos los profesores y sin tocar ni un libro. No lo hacían, al menos la mayoría, porque sabían que luego habría que enfrentarse al mundo exterior, y quedaría ridículo que fueras un completo inepto con un título bajo el brazo. Pero sí que si se te cruzaba una asignatura, si por alguna razón no habías podido estudiar para un examen, muchas sirenas sí usaban sus poderes para ganarse la nota entonces. Yo no los había usado a lo largo de mi vida académica ni una sola vez. Mentira. Una, en tercero de primaria, cuando no tenía forma posible de memorizar las tablas de multiplicar. Y en secundaria, con las integrales. Está bien, no era una santa. Pero me había esforzado muchísimo, había dedicado los últimos años, durante mi vida universitaria, casi por completo a mis estudios. Y lo había conseguido por méritos propios.

Tras los abrazos de emoción y las felicitaciones, llegó el momento de anunciar la otra noticia. Con esta, sin duda, no iba a haber tantos abrazos.

—Y ahora que al fin he terminado, después de estos años tan duros, tras tantas noches en vela estudiando, tantos madrugones para ir a la biblioteca... —comencé, yéndome por las ramas de forma inevitable.

—Nos va a pedir algo —murmuró mi madre, dirigiéndose a mi padre, como si yo no estuviera allí.

—Eso parece. Ya tiene coche, ¿Qué podría necesitar ahora? —le respondió mi padre, que continuó aquella conversación de dos. Yo había terminado por callarme, y los observaba perpleja.

—Un piso, seguro. Se quiere independizar. —farfulló mi madre.

—Hola, sigo aquí —anuncié agitando las manos.

—Sí. Dinos cariño. Estamos dispuestos a escucharte —respondió mi madre, volviendo a fijarse en mí. Apoyó una mano sobre la mía, en actitud atenta. *Dispuestos a escucharte*, esas habían sido sus palabras, que no significaban lo mismo que *dispuestos a darte un sí a lo que quieres*.

Tragué saliva.

Adelante, ánimo, me alenté a mí misma.

—Quiero hacer prácticas en un hospital. Aprender de verdad, en un contexto real.

—Ajá —acertó a decir mi padre, animándome a proseguir.

—Pues eso... ¿Qué os parecería si hiciera prácticas en una clínica durante los meses de verano?

Al grano Natalia, al grano.

—Qué nos va a parecer cariño, una idea genial —suspiró mi madre, aliviada.

Pobre.

—Seguro que tu padre tiene contactos en alguna clínica de Santiago y no creo que haya problema en que... —continuó ella, inocentemente.

Pero mi padre estudiaba mi rostro en aquel instante. Enarcó una ceja, antes de interrumpir a mi madre, para que no derrochara más saliva inútilmente.

—Natalia. Termina lo que quieres decirnos.

Bajé la mirada. Me había pillado.

—Pues... quiero hacer las prácticas en Zaroha.

Antes de proseguir, miré a mis padres, buscando sus expresiones. Mi padre seguía serio, indiscifrable. Mi madre acababa de hundir su rostro entre sus manos.

—He hablado con Elena, ella sigue ejerciendo de pediatra en la misma clínica, y está encantada de guiarme en mis prácticas. Ya ha hablado con el director de la clínica y le ha dado el visto bueno. Además tenemos casa allí, y con el pequeño sueldo que cobraré de prácticas tendré más que suficiente para vivir...

—No vas a irte sola a ningún sitio. Y mucho menos a Zaroha.

—Pero papá...

—No Natalia —me detuvo —no voy a arriesgarme a que corras peligro sin necesidad alguna. Puedes hacer las prácticas aquí.

—Pero yo quiero ir a Zaroha, me apetece pasar el verano en el sur, con buen tiempo y...

—Natalia. No vas a ir —replicó mi padre, cortante. Se levantó del sofá, dispuesto a marcharse. No iba a darme ni siquiera una oportunidad de debatirlo. La ira me invadió. Había presupuesto que les costase aceptarlo. Pero no que su negativa fuera tan tajante.

—He terminado mi carrera y creo que tengo edad más que suficiente para tomar decisiones por mí misma. —Dije, con toda la furia que sentía apesando mi garganta salpicando ahora mis palabras. —He tratado de ser sincera con vosotros. Si no lo quieres aceptar así, tendré que irme por las malas. Pero me voy a ir igualmente.

Ahora era yo quien se levantaba del sofá de inmediato, dejando a mi madre estupefacta en el sofá, y a mi padre de pie, en medio del salón.

Día 308 (-22 días)

En cuanto apareció frente a nosotros el rótulo de letras azules sentí un vuelco en el estómago. Llevábamos ocho horas de viaje en coche, además de la hora en la que nos habíamos detenido a comer y descansar. Ahora, después de tantas horas observando paisajes que no conocía, se alzaba ante mí aquel paraje de acantilados de arena y bosque de pinos que con tanto afán había tratado de conservar en mi retina el día que nos marchamos de allí, hacía ya cinco años.

Aún tenía ese día muy presente. Con el coche lleno hasta arriba de maletas, me había despedido en silencio de Zaroha, mientras las lágrimas nublaban la estampa que tenía ahora mismo ante mí. Me había adaptado pronto a Galicia, sin duda. Pero aquel día dejé atrás el lugar en el que había crecido . Y no era solo eso. Zaroha era un lugar mágico, el pueblo con los atardeceres más impresionantes del mundo, donde el tiempo parecía detenerse y el mar era más azul y la luna parecía tratar cada noche de besar aquellas olas de plata. Así que no pude evitar contener la respiración cuando vi el rótulo que indicaba que habíamos llegado.

No había sido fácil. Me había costado una semana completa de absoluto y tenso silencio en casa y un sinfín de ruegos y súplicas a Julián para que me acompañase. A pesar de que hubiese preferido ir sola, sabía que eso era imposible. Mis padres me hubieran encarcelado si hubiera hecho falta, pero jamás me permitirían correr semejante riesgo. Tras varias llamadas a conocidos y amigos en Zaroha asegurando que todo estaba en calma, y tras confirmar que Julián iría conmigo, fue cuando mis padres accedieron a regañadientes a dejarme marchar. Yo no cabía en mí de felicidad y entusiasmo.

Y allí estábamos, de vuelta.

Julián fue aminorando la marcha según íbamos adentrándonos en zona urbana, y yo aproveché para bajar la ventanilla y mirar fuera, como si el cristal me estorbara para empapararme de la intensidad de aquel reencuentro. Cerré los ojos, abrumada, y me centré solo en la brisa suave con olor a sal. Cuánto había echado de menos aquel lugar.

—¿Estás bien?

Julián acababa de aparcar el coche en la entrada de la casa de mis padres, y observaba desconcertado las lágrimas que rodaban por mis mejillas en aquel instante. Y yo no sabía qué hacer para detenerlas, para hacer que parasen. Estaba totalmente desbordada.

Mi nuevo corazón descongelado me permitía sentir las emociones con toda su plenitud, amplificadas. Sentía como si anteriormente hubiera pasado toda mi vida tras un grueso cristal, que me separase del resto del mundo, de manera que había vivido a medias cada uno de los instantes de mi vida. En aquel instante no solo lloraba por las emociones que había sentido al volver a Zaroha, sino por la tragedia que significaba percatarme de todo lo que me había perdido durante toda mi vida.

—Sí, estoy bien. Es solo que, no sé, me he emocionado.

Me sequé las lágrimas como pude mientras él seguía mirándome desconfiado. —Ya está, vamos.

Él se encogió de hombros, y se dispuso a sacar las maletas del coche. La casa estaba intacta, como si llevara todo este tiempo detenida en el mismo instante en que nos fuimos de allí años atrás, con más prisa de lo debido. Una fina capa de polvo había cubierto cada rincón. Por lo demás, todo seguía exactamente igual.

Corrí las espesas cortinas del salón, que ocultaban la amplia cristalera con vistas al océano. La luz no tardó en inundar por completo la estancia. Así era como recordaba mi hogar; lleno de luz y vida. Me detuve unos instantes para deleitarme con el paisaje que acababa de aparecer ante mis ojos tras el cristal: un lienzo pintado de infinitas tonalidades de azul. El mar, bajo el acantilado prácticamente a nuestros pies, parecía aquí más brillante e intenso que en ningún otro lugar. Al menos, siempre me lo había parecido así. O será que estaba totalmente enamorada de Zaroha.

Sin duda, mi regreso acababa de hacerme sentir un montón de emociones nuevas para mí; la nostalgia, la certeza de saber que mi alma pertenecería siempre al pueblo que me había visto crecer.

Apenas me percaté de que Julián había dejado las maletas en el suelo de la entrada y se había colocado junto a mí. Observaba en silencio a través del cristal, las manos cruzadas sobre el pecho en ese gesto tan suyo, sus ojos azules difuminándose entre tanto azul.

—Cuántos recuerdos, ¿verdad? —murmuró sin mirarme, en voz baja, como si no quisiera interrumpir la grandeza del momento.

—Muchísimos. Tantos como arena tiene mi playa favorita en el mundo. Estoy deseando bajar a verla de cerca de nuevo.

Julián asintió con una sonrisa en los labios.

—Subo las cosas y nos acercamos a la playa si quieres. Además, tendremos que comer algo. ¡Me muero de hambre! —la última frase casi la gritó, ya desde lo alto de la escalera.

No respondí, y volví a centrarme en las vistas, pero esta vez mi mente estaba muy lejos de allí. Me preguntaba cómo demonios iba a conocer al amor de mi vida con Julián rondándome día y noche. A partir del lunes empezaría las prácticas en el hospital, y ese tiempo lo pasaríamos separados, pero el resto del día sería muy ingrato dejarle solo. Todos los guardianes y sirenas marcharon de Zaroha a la vez que nosotros. O casi. Según mis padres, solo algunas familias, escasas, se habían quedado en la zona. Trataría de averiguar quiénes eran con la ayuda de Luis, el marido de Elena, el único guardián que conocía que había permanecido allí. Tenía que buscar la manera de mantener entretenido a Julián como fuera. Aunque él me había insistido en que el viaje le vendría genial para concentrarse en estudiar para las oposiciones, suponía que dedicaría el tiempo que yo pasaría en el hospital a estudiar, y que me esperaría para salir a despejarse cuando terminase.

Julián ya había dejado las maletas arriba, y descendía, por la escalera. Le observé mientras lo hacía, como si lo viera por primera vez. Su metro noventa, su cuerpo perfecto, sus ojos azules y la media sonrisa que se le escapaba siempre sin percatarse de ello. No, definitivamente, Julián no podía estar cerca si quería enamorarme de alguien, y que ese alguien pudiera enamorarse de mí. Y de repente, se me ocurrió algo absurdo, y que, sin embargo, en mi desesperación, me pareció la idea más increíble del mundo.

3

—Vamos, pregunta, sé que te mueres por saber —tomé un sorbo de vino, saboreando el toque afrutado, en espera de que ella respondiera. La había llamado mientras almorzábamos y habíamos quedado en que vendría a casa por la noche. Tenía unas ganas tremendas de verla.

Alba, la ex novia de mi hermano. La chica que había descubierto muy tarde que era una de las nuestras, una sirena. La chica que había roto el corazón de mi hermano. Había conseguido descongelar su corazón y lo había roto en mil pedazos. Pero la culpa de todo, sin duda, había sido de él. De él, y de nuestras retrógradas normas relacionadas con elegir pareja.

—¿A qué te refieres? —me preguntó, en un intento más que mal disimulo de desinterés.

—A qué va a ser, Alba.

Ella retiró su mirada de la mía, giró el rostro hacia el cielo plagado de estrellas y por un momento pareció haberse marchado muy lejos de allí.

—Álex... —murmuró, como si lo llamara a él. Cuando sus ojos volvieron a coincidir con los míos, estaban empapados en lágrimas. —Aún me cuesta hablar de él. Se me pone un nudo aquí...

Se llevó la mano a la garganta, y dejó que las últimas palabras se ahogaran en ella.

—Está bien, Alba. Comprendo la decisión que tomaste, y él también lo entendió.

—Fue mi primer amor, eso nada ni nadie lo cambiará.

—Lo sé. Y tú has sido su único amor.

Las lágrimas de Alba comenzaron finalmente a rodar por sus mejillas. Me sentí un poco culpable.

—Cuéntame entonces, ¿está bien? ¿terminó la carrera? ¿ya ha tenido descendencia con la adorable Silvia? —mostró una sonrisa irónica, y trató de borrar las lágrimas con sus dedos.

—Sí, terminó la carrera, y está trabajando en la empresa de mi padre. Y no, aún no han tenido pequeños gremlins. Pero supongo que antes o después los tendrán. Cada vez somos menos, creo que los más mayores comienzan a estar preocupados con eso.

Hasta donde yo sabía, nadie le había dicho a Alba que Silvia y Álex volvían a estar juntos.

Pero supongo que ella sabía que no había otra opción para Álex. Nunca la hubo.

—¿Te refieres a que les preocupa que llegue un momento en que se extingan las sirenas?

—Efectivamente.

—Pues ya sabes Nati, pon remedio —susurró con una amplia sonrisa, que trató de disimular alzando la copa de vino y llevándosela a los labios.

—No puedo ni planteármelo aún. ¿Niños? ¡Pero si estamos empezando a vivir!

—Eso es cierto. Pero vosotros... en breve tú tendrás trabajo y Julián también, en cuanto os asentéis... ¿es como... lo que se espera de vosotros, no?

—Por desgracia, sí.

Un ligero escalofrío me invadió. No estaba preparada para ese tipo de vida. Recordé mi secreto, ese por el que en aquellos instantes sentía mi corazón libre y dispuesto a experimentar sensaciones, y deseé contárselo a Alba. Miré hacia la casa. Julián y Álvaro estaban aún en la cocina. Pero no podía arriesgarme, él podía enterarse. Tenía que encontrar un momento a solas con Alba para contárselo, cuando Julián estuviera mucho más lejos de lo que estaba ahora.

—Natalia...

—Dime.

—No tienes por qué vivir así si no es lo que quieres.

—Ya. Pero como tú dices es lo que se espera de mí —encogí los hombros yforcé una sonrisa. Alba abrió la boca para decir algo más, pero se interrumpió al ver que los chicos venían de vuelta a la terraza. Y ahí estaba su chico, ese que había sustituido a mi hermano. Aunque era probable, conociendo la historia de ambos, que nunca hubiese sido un sustituto. Que Alba le hubiese querido, de una manera distinta, desde el principio. Y él... sobre él no me cabía ninguna duda. Siempre estuvo enamorado de ella.

—Natalia, me debes una —señaló Álvaro mientras se acercaban a nosotras. —Ya le he buscado ocio a Julián para que se distraiga cuando no ande liado con las oposiciones.

—No me digas.

—Surf —indicó Julián —hace tanto que no cojo una tabla que me temo que voy a ser de nuevo un novato.

—Estupendo —sonreí. Bien. Una nueva ocupación me dejaría más tiempo para estar sola.

Nos despedimos de Alba y Álvaro un par de horas más tarde. No era demasiado agradable ver a la chica a la que tanto había querido mi hermano con otro. Sin embargo, la veía tan feliz, con una vida tan tranquila, sin giros imprevistos, que no me quedaba otro remedio que alegrarme por ella.

—Te veo muy pensativa... —susurró Julián, ya dentro de casa. Solo entonces caí en la cuenta de que llevaba un buen rato en completo silencio, mientras recogíamos la terraza y colocábamos todo en la cocina.

—Aún me cuesta ver a Alba con Álvaro. —admití. Tragué saliva. Oh, no. ¿Iba a llorar otra vez?

Julián me observó con detenimiento. Se había percatado de mi reacción y me estudiaba extrañado. Buscó mi mano a tientas y la acarició con la suya.

—Ella es feliz y sabes que con tu hermano, las cosas eran muy complicadas...

—Ya, lo sé. Pero a veces tengo la sensación de que fueron unos cobardes, de que se rindieron cuando las cosas se pusieron difíciles. Creo que, no sé, el amor verdadero tendría que ser capaz de superar todas esas pruebas, ¿no?

—Tal vez. No lo sé. —se encogió de hombros. No, claro que no sabía de amor verdadero. —

Pero sí veo lo enamorada que está de Álvaro. No creo que se rindiera y él fuera una segunda opción. Simplemente se dio cuenta de que estaba enamorada de él. Creo que se encaprichó de Alex, y eso no le permitió ver lo que realmente sentía por quien tenía más cerca.

—Es posible —sonreí. Cogí el cojín que había sobre la cama y se lo tiré. —¿Y tú desde cuando sabes tanto de relaciones amorosas?

—Soy todo un experto, nena — bromeó, poniendo voz grave. Se quitó la ropa en un instante, y se metió en la cama en ropa interior. —Demasiados años compartiendo la vida con humanos. Aunque no puedas sentir lo mismo que ellos, acabas aprendiendo bastante sobre las relaciones.

—Eso es cierto. —reconocí, mientras me quitaba el vestido y me ponía una camiseta vieja para dormir. Me tumbé junto a él boca arriba, mirando al techo. —Oye... ¿me harías un favor?

—Mientras no me pidas un masaje ahora... me muero de sueño —bromeó.

—No. Te importaría... ¿decir que eres mi primo mientras estemos aquí?

—¿Tu primo?

—Sí. Verás... no quiero estar dando continuas explicaciones sobre nuestra relación, es agotador. Las chicas siempre me preguntan por ti y no se acercan a ti porque piensan que sales conmigo. —Bien, esa parte seguro que le interesaba —y bueno, a mí me sucede igual cuando un chico se acerca a mí.

—Entonces... ¿quieres que diga que soy tu primo para dejar cancha libre a tus pretendientes?

—Algo así.

—Por mí no hay problema. Pero... —tiró de mi cintura y me acercó a él. Pegó la boca a mi oído para terminar la frase en un susurro, y por primera vez, aquel contacto tan cercano me estremeció. —Que sepas que igualmente estaré atento, y si alguno se sobrepasa contigo, le romperé la boca.

Reí.

—Pero mira que eres troglodita. Vamos a dormir, anda. Primo.

—Buenas noches. Prima. —Me dio un beso en la frente y nos quedamos dormidos, uno en brazos del otro.

Día 310 (-20 días)

Me despertó el sonido de la alarma del móvil. Lo busqué a tientas y lo apagué.

Cinco minutos más...

Pero según se fue despejando mi mente, fui tomando conciencia del día que era y me senté de un salto en la cama. Julián se revolvió a mi lado y de un solo gesto logró empujarme de vuelta a la posición horizontal.

—Vamos, suelta, tengo que levantarme ya. ¡Hoy es mi primer día de prácticas! —exclamé entusiasmada. Logré zafarme de sus brazos y me puse en pie. Tres cuartos de hora después, conducía rumbo al hospital.

Aparqué a las afueras del edificio y caminé con prisas hacia la entrada principal. Una vez allí, hice lo que me había dicho Elena que debía hacer cuando llegara; pedir a la chica de recepción que la avisara. Esperé, impaciente, mientras la chica la localizaba. Elena no tardó en llegar. Venía casi corriendo por el pasillo, parecía tener mucha prisa.

—¡Hola Natalia! —vino a mi encuentro y me dio un cálido abrazo que no se prolongó demasiado. —¿Cómo estás? Te veo estupenda.

—Gracias...yo...

—Vamos, te presentaré al jefe de enfermería —se apresuró a decirme, dejándome con la palabra en la boca. Me cogió del brazo y me guió por el pasillo, hasta una salita lateral. —Yo estoy encargándome de una urgencia, estamos a tope... pero Darío te enseñará cómo funciona todo esto y cuáles serán tus tareas.

Volvió a abrir una nueva puerta y nos encontramos en lo que parecía una estrecha estancia de descanso del personal, con una pequeña cocina y un sofá.

—Natalia, este es Darío. Es el jefe de enfermería, él se encargará de enseñarte. Te dejo en buenas manos. —le señaló Elena, sin retirar los ojos de su hoja de visitas para aquel día. Sin decir nada más, siguió su camino, dejándome a solas con el tal Darío y sin saber qué decir. En otras circunstancias, hubiera tenido mil preguntas que hacer. Pero el chico que tenía frente a mí me había dejado completamente muda.

Debía tener aproximadamente mi misma edad. No es que fuera espectacularmente guapo, claro que fue, precisamente eso, lo que me gustó de él. Que su belleza se alejaba mucho de la de los Guardianes, demasiado irreal. Darío era alto, esbelto, más bien tirando a delgado, con un cuerpo que debía ser bonito, pero real. Tenía unos atractivos ojos castaños que en aquel momento brillaban al reflejar la sinceridad de la sonrisa que me dedicaba. Una sonrisa amplia, sencilla, remarcada por unos graciosos hoyuelos. Era un chico de un atractivo sencillo y natural, y sin embargo tenía algo en su sonrisa que provocó una cadena de extrañas sensaciones en mi cuerpo.

Era él, estaba segura. Era el hombre que sin duda iba a enamorarme.

Y mientras Darío me saludaba y me regalaba dos besos en sendas mejillas, me desvanecí.

—Natalia, ¿me oyes?

Abrí los ojos despacio, con verdadero esfuerzo, como si despertara de un largo y profundo sueño. Parpadeé, tratando de enfocar la vista. Y cuando al fin las sombras dieron lugar a formas específicas, vi unos preciosos ojos castaños observándome a muy corta distancia.

Tardé unos instantes en darme cuenta de lo que había sucedido. Me había desmayado. Había sido tan arrollador lo que había sentido ante la mirada de aquel chico, que me había mareado. Lo sé, para cualquier ser mortal podría parecer ridículo. Pero yo llevaba toda mi vida sin sentir ningún tipo de emoción que pudiera relacionarse con el amor, o al menos con la pasión desenfadada. Ni siquiera había sentido ese amor platónico que sintieron las chicas de mi clase cuando teníamos catorce años y estaban locas con los protagonistas de Crepúsculo. Yo sentía indiferencia. Por eso en ese momento, cuando mi pulso se disparó y sentí la boca del estómago

encogerse, mientras mi cerebro descargaba dopamina a diestro y siniestro, todo aquello me superó.

Poco a poco, bajo aquella mirada que me observaba con preocupación y de la que yo no podía apartar la vista, fui recuperando mis constantes.

—¿Mejor? —me preguntó con dulzura, mientras su mano se deslizaba suavemente por mis cabellos.

Afirmé en silencio, sin ser capaz de hablar aún. Me tomó de las manos y me ayudó lentamente a sentarme. Estaba tumbada en una camilla de la enfermería, y seguíamos estando solos. Afortunadamente, parecía que nadie más se había enterado del incidente.

—¿Acostumbras a desmayarte cuando te presentan a alguien? —preguntó, mientras reaparecía su sonrisa de nuevo.

—No. Es la primera vez —susurré.

—Siempre hay una primera vez para todo —comentó, y a pesar de que el comentario era de lo más banal, a mí me pareció muy acertado. —Natalia ¿no?

Asentí.

—Te recuerdo —comentó.

—¿Ah sí? —qué curioso, yo no le recordaba.

—Estaba en la clase de tu hermano Álex en el instituto.

Traté de hacer memoria.

—Vaya. Pues no, no te recuerdo...

Cierto era que no recordaba a todos los compañeros de clase de mi hermano, al fin y al cabo no era mi clase; Álex siempre había estado un curso por encima de mí.

—Tranquila, es normal. Tú eras demasiado guapa y popular como para fijarte en alguien como yo.

No sonó a recochineo, en absoluto. Acompañado de aquella sonrisa pícaro sonó más bien a piropo gratuito, y a la doble intención de que yo dijera algo a continuación para seguirle el juego. Pero no fui lo suficientemente valiente. Mi nuevo yo se ruborizó con sus palabras, y no fui capaz de responderle.

—¿Te ves preparada para levantarte? —preguntó, rompiendo el tenso silencio que se había creado.

—Creo que sí.

—Vamos, te ayudo —me animó, mientras me ofrecía sus manos. Las tomé, y al sentir su contacto, una sacudida inundó todo mi cuerpo.

—¿Seguro que estás bien?

Sin duda, había debido notar que mi cuerpo convulsionaba de nuevo, así que mientras yo me bajaba de la camilla, él mantuvo una de sus manos aferrada a la mía, mientras la otra pasaba a sostenerme por la cintura.

Lo que él no sabía es que cuanto más se aproximaba a mí más dificultaba mi recuperación.

Traté de dejar la mente en blanco, de no pensar en las manifestaciones físicas de mi cuerpo ante su contacto. Me concentré en el ritmo de mi respiración, y luché por controlarla. Sabía que si era capaz de dominarla, el resto de mi cuerpo se calmaría también.

—¿Te ves preparada para empezar hoy? ¿O prefieres comenzar mañana? Si te has desmayado sin ni siquiera haber visto sangre, no sé qué sucederá cuando tengas que pinchar a algún paciente —murmuró, como si temiera mi reacción a aquel comentario.

—No, estoy bien, de verdad. Estoy deseando empezar —insistí, tratando de mostrar una amplia sonrisa y de centrar mi mirada en él. Lo peor había pasado, mi cuerpo iba retornando a la normalidad.

—De acuerdo. —me miró largo rato, como si estuviera esperando que volviera a desmayarme de un momento a otro. —Comenzaremos por la sala de extracciones.

Pasé la mitad de la mañana extrayendo sangre. Si Darío había elegido aquel puesto para poner a prueba mi sangre fría como enfermera, sin duda andaba bastante equivocado. La sangre no me provocaría mareos. Los mareos me los provocaba él. Eran cerca de las once, cuando sentí una mano sobre mi hombro.

—En cuanto termines ve a tomarte un café y a descansar un poco —su voz, esa voz naturalmente sexy, me pilló de improviso y con la guardia baja. A punto estuve de generar una masacre en el brazo de la pobre señora a la que acaba de introducir una aguja instantes antes.

Asentí, incapaz de decir nada más. E hice lo que me decía. Fui a la máquina de café en la sala de descanso y me dispuse a obtener un cortado. Solo que la máquina parecía negada a concederme el placer de un poco de cafeína. Andaba luchando con ella cuando sentí pasos tras de mí.

Él, otra vez. Sin decirme nada se aproximó a la máquina e introdujo en silencio una moneda. La máquina la aceptó y comenzó su quehacer sin rechistar. Le miré, entre indignada y agradecida.

—Solo admite monedas de cincuenta —confesó. —Es un tanto quisquillosa.

—Ya veo. Gracias. De nuevo. Me has salvado la vida dos veces en el día de hoy.

—Nadie debería vivir sin un chute de cafeína matutino —respondió, solemnemente.

—Completamente de acuerdo. —Di un sorbo a mi café, que me supo a gloria. —¿Quieres uno? Yo invito.

—Gracias. Aunque se me ocurren mejores formas de agradecerme todo lo que he hecho hoy por ti. Ya sabes, te he salvado la vida y eso... —farfulló sin ser capaz de mirarme. Dio un sorbo al café que le entregué en ese instante, y aprovechó para esperar a que yo dijera algo.

—¿A qué te refieres? —respondí, intrigada.

Estudió mi rostro unos instantes, valorando su respuesta.

—Una cena. Así tendría tiempo para explicarte con más detalle cómo funciona el hospital y...

—¿Una cena?

—Sí... Solo si te apetece claro, creo que sería buena idea, ya que vamos a pasar todo el verano trabajando juntos...Una cena de trabajo, nada más...

Tuve que darme la vuelta, aprovechando que tiraba el vaso de plástico en la papelera, para que no viera mi sonrisa. No se había andado por las ramas. Cierto era que el feeling entre los dos había sido brutal desde el primer momento. Pero acabábamos de conocernos...

Y a mí se me acababa el tiempo.

—Claro, sin problema. Una cena. Yo invito. ¿Me has salvado la vida, no? Tengo una deuda que saldar. ¿El viernes?

—El viernes, por mí perfecto.

—Pues si te parece bien nos vemos a las nueve en La Bahía. Estoy deseando volver a cenar allí.

—Por mí perfecto. Allí nos vemos.

Me dedicó una última sonrisa, antes de que yo huyera de allí despavorida. Estaba a punto de desmayarme otra vez.

A la hora del almuerzo, Alba vino a hacernos una visita a su madre y a mí en el hospital. Almorzamos las tres juntas, y apenas di tiempo a Elena a marcharse por una urgencia, cuando me abalancé sobre la mesa.

—Tengo una cita el viernes, con Darío, el jefe de Enfermería —susurré, tras echar un vistazo a mi alrededor.

—¿Darío? Es un mujeriego. Ándate con ojo —respondió, pero apenas había dicho aquellas palabras cuando se echó a reír. —Vaya chorrada acabo de decir. Él debería andarse con ojo contigo en todo caso.

Aquel era el lugar perfecto para confesarle mi secreto. Lejos del pueblo, lejos de Julián, lejos de las sirenas, que no pisaban jamás un hospital.

—Tengo que contarte algo —respiré hondo. Era la primera vez que lo decía en voz alta.

—Me estás asustando.

—Verás... es muy largo de contar... pero resumiendo... fui a ver a la Primera Sirena.

Alba enarcó una ceja.

—La sirena más anciana, al menos en edad, que no físicamente... ella... te puede conceder un deseo... y yo pedí... —bajé aún más la voz y me acerqué a ella, que me miraba con sus enormes ojos color miel abiertos de par en par —pedí conocer el amor. Así que me descongeló el corazón.

Durante once meses. Me dio once meses para conocer el amor, luego volverá a congelarse para siempre.

Alba abrió la boca y no dijo nada. Estuvo así durante un buen rato.

—Vamos, dime algo —supliqué.

—Pues... que me parece maravilloso, Nati. — Buscó mis manos, y las unió a las suyas. —Es genial. Tú siempre quisiste saber lo que se sentía, y ahora lo vas a vivir de primera mano.

—Sí. Lo malo es que ya casi he agotado el tiempo. Y aún no ha aparecido nadie de quien me haya enamorado.

—¿Cuánto tiempo te queda?

—Veinte días.

—Vale. A ver qué tal te va con tu cena el viernes, y sino, tendremos que hacer una fiesta en la que congregar a todos los solteros del lugar —sonrió , hasta que recordó algo y frunció el entrecejo —y... ¿Julián?

—No sabe nada. Ni debe saberlo, Alba. Nadie lo sabe, solo tú.

—Claro, no te preocupes. —Se encogió de hombros y volvió a sonreír. —Vaya, el verano promete ser divertido.

—Eso parece.

Nos levantamos para despedirnos. Yo tenía que seguir con mi turno. Alba me dio un abrazo y estaba a punto de marcharse cuando se detuvo, y se llevó los dedos al anillo que tenía en la mano izquierda. Se lo quitó y tomó mi mano. Pasó el anillo alrededor de mi dedo corazón, donde encajó a la perfección. Lo observé con detenimiento; parecía muy viejo, de plata desgastada y con una piedra incrustada de color verde. Mientras lo miraba, me percaté de que la piedra cambiaba de color; de verde a ámbar.

—Estás nerviosa —canturreó Alba al percatarse de aquel cambio en la piedra.

—No entiendo nada.

—Es un anillo del humor. Lo rescaté de una caja en la que guardaba restos de mi adolescencia

en Brighton. No tiene mucha evidencia científica, pero a pesar de ello a mí me gusta creer en su poder místico...o algo por el estilo. Cambia de color según tu estado de ánimo. El verde es el estado normal. El ámbar —lo señaló, recalcando el cambio —es que estás nerviosa.

—Vaya... Mola.

—A ti te interesa el azul oscuro —indicó. —Pásalo bien esta noche.

Se fue, y me dejó escudriñando el anillo. Estaba nerviosa, sí. Por los momentos vividos durante el día con Darío, por haber confesado a Alba mi secreto, pero también por lo que no le había contado. La otra parte de mi trato con la Primera Sirena.

Día 314 (-16 días)

—¿Vas a salir? —gritó Julián desde la cocina. Se asomó a la puerta al ver que no le respondía. Tenía el estómago del revés. Sabía lo que vendría a continuación.

—Sí. He quedado —respondí de manera escueta. Un resquicio de ingenuidad me hizo conservar la esperanza de que no preguntase nada más.

—¿Con Alba?

Tragué saliva. No podía mentirle. Se acabaría enterando.

—No. Con un compañero del hospital. Es el jefe de enfermería y necesito tiempo para que me explique...

—No va ningún Guardián, ni otra Sirena —me cortó, demostrando que el resto de la historia no le importaba en absoluto.

—No.

—Sabes que no funciona así, Natalia — resopló, visiblemente molesto. —Sabes que mi responsabilidad es cuidar de ti y...

—Sé cuidarme sola. Has pasado varios meses fuera, y me las apañé perfectamente. No entiendo qué ha cambiado ahora.

—No. Sabes que nunca salías de noche sin ninguno de nosotros. Y aquí estamos lejos de todos los demás. Estamos mucho más expuestos.

—No va a pasar nada, ¿vale? Voy a ir a un restaurante lleno de gente y volveré pronto a casa. Relájate.

Se dio la vuelta, en un intento de controlar su enfado. Le entendía. Los riesgos que corría eran reales. Pero pesaba más mi interés por Darío. Sin duda, por cosas como esta es por las que el hecho de tener el corazón congelado aseguraba la supervivencia de la especie. Un corazón humano era frágil, inestable y caprichoso. Y ahora estaba absolutamente cegada por mi cita con Darío. Mi seguridad pasaba a un segundo plano.

Me asomé a la cocina, y vi a Julián apoyado contra la encimera, con la cabeza agachada.

—Llévate el jodido móvil. Tenlo a mano. Y no hagas ninguna tontería. Y sobra decir que ni se te pase por la cabeza quitarte el localizador —farfulló, sin ser capaz de levantar la mirada.

—De acuerdo —susurré y me acerqué para darle un beso en la mejilla. Salí por la puerta antes de que se arrepintiera de dejarme ir sin escolta.

El restaurante en el que había quedado con Darío se encontraba en el Paseo Marítimo, con una bonita terraza con vistas al mar. Era un lugar con un aire muy sofisticado e íntimo, de tonos blancos y negros y luces tenues. Antes de entrar, busqué de forma intuitiva mi pulsera con el pequeño dije en forma de concha. Mi localizador. Si me encontraba en peligro, solo tenía que pulsarlo, e instantáneamente enviaría una señal al reloj de Julián, que le indicaría mi posición exacta. Era la forma más rápida de hacerlo, a pesar de que incluso sin la pulsera Julián podría saber que estaba en peligro. Estábamos conectados desde el ritual de eclipse lunar, ritual mediante el que quedábamos conectados para siempre los Guardianes y Sirenas.

No tardé en localizar a Darío en la barra, mirando ansioso el reloj. Tuve que morderme el labio para controlar una sonrisa, pues en ese momento miró hacia la puerta y se encontró con mi rostro.

—Ya estaba temiendo que me darías plantón —se sinceró cuando llegué junto a él.

—Solo he llegado tarde los diez minutos de cortesía.

—Los diez minutos más largos de mi vida —respondió, suspirando.

—Qué exagerado —negué con la cabeza y le eché un vistazo rápido y disimulado. Durante toda la semana lo había visto en bata, y ya me parecía tremendamente atractivo. Pero ahora, en camisa y vaqueros, con el pelo peinado de manera estudiada y ese olor a recién salido de la ducha, me gustó aún más.

—Nunca exagero. ¿Vamos? —me indicó con la mano, señalando una mesa al fondo con el cartel de reservado.

Una camarera nos siguió, y enseguida se encargó de tomarnos nota de la bebida: vino. Julián me mataría si se enterase de que para colmo iba a beber alcohol.

Pero Julián no estaba allí para decirme nada.

Oí a Darío decirme algo, pero no llegué a comprenderle, sumida en mis pensamientos.

—¿Perdona... qué... qué has dicho?

—Las vistas —indicó, señalando hacia la playa. El restaurante estaba techado pero abierto al Paseo de la playa, de manera que desde nuestra mesa se veía la playa en toda su longitud, el mar oscuro que se confundía con la noche, y la luna enorme sobre el mar. De repente me entraron unas ganas enormes de transformarme. Nadar y nadar durante horas bajo ese océano infinito. En Galicia el mar era más duro en invierno, más bravo que este océano calmado y agradable. Echaba de menos nadar con ese oleaje que parecía mecarme cuando me adentraba en él.

Me estaba yendo. Tenía un chico guapísimo sentado frente a mí y me estaba yendo del lugar. *Vuelve Natalia, vuelve.*

—Sí, las vistas son realmente increíbles. Adoro esa playa. La he echado mucho de menos.

—¿Por qué te fuiste?

La pregunta del millón. Pero ya tenía más que ensayada la respuesta.

—Trabajo de mi padre —encogí los hombros con naturalidad.

—Ya —asintió, haciendo ver que era lo esperado. —¿Y cómo llevas el frío?

Ja.

—Bien. Bueno, se lleva —otra respuesta escueta a otra pregunta incontestable. Ni frío ni calor. Las sirenas no sentíamos las temperaturas extremas.

—Y tú... ¿no te has movido de aquí en todo este tiempo? —tenía que desviar la atención hacia él, era más cómodo.

—No. He estado aquí mismo, esperando tu regreso. —Sonrió, y yo babeé unos instantes. —Es broma. Me trasladé a Madrid a estudiar la carrera, volví hace un año.

—Y en un año ya llevas la dirección.

—Eso me temo. He echado muchas horas entre esas paredes blancas en el último año.

—Supongo. No hay horarios, ¿verdad?

—No. No los hay. Es agotador. Pero muy gratificante.

En ese momento nos interrumpió la camarera para tomar la comanda de la cena y servirnos el vino.

—La verdad es que confío en aprender mucho en este mes aquí. Aunque, como tú dices, tenga que pasar todo el día entre esas paredes blancas.

—Y si no aprendes lo suficiente, siempre puedes quedarte un poco más, ¿no? —preguntó, y guardó silencio en espera de mi respuesta.

—Bueno, no es la idea... Mis padres están allí y ... —Él me miró concentrado en mi respuesta. Sabía lo que estaba buscando. Y la verdad, no iba a ponérselo muy difícil. —Pero sí, en principio podría quedarme. No hay nada que me ate a Galicia.

Darío asintió, satisfecho con aquella respuesta.

—¿Y dónde estás viviendo aquí? —volvió a interesarse.

—En casa de mis padres. Seguimos conservando la casa familiar.

—La casa blanca del acantilado.

—Exacto —vaya, así que sabía hasta dónde había vivido...

—Recuerdo que tu hermano lo comentó en clase alguna vez.

Ah, era eso.

Venga va, una ronda a que acierto cual será la siguiente pregunta.

—¿Y... te estás quedando sola?

Punto para mí.

—No, con mi primo Julián. Él... bueno, él tenía cosas pendientes que hacer aquí, y decidió acompañarme para que no viniera sola.

—Le recuerdo. Siempre estaba contigo cuando estábamos en el instituto. Es más, creía que era tu novio.

Su mirada me penetra, pendiente por completo de mi reacción.

—No, no es mi novio. Es solo... mi primo. Y un buen amigo.

—Bien —sonríe de nuevo, relajando los hombros.

—Bueno, ¿y si dejamos de hablar de mí y me cuentas más cosas sobre el hospital? —por favor. Siento que si sigue por ese camino terminará preguntándome sobre mi cola de sirena.

—Claro. ¿Qué quieres saber?

—Pues antes de entrar en aspectos más formales, quiero saber cosas cómo en quién puedo confiar, o a quién no debo pedirle un favor.

—De acuerdo. Sin duda esa información es trascendental para sobrevivir al hospital.

Y la conversación, mientras cenábamos, se fue entonces por derroteros más banales, de ese punto en común que compartíamos ahora mismo. Darío habló largo rato sobre el hospital y su funcionamiento, los cotilleos del personal, los problemas con la dirección. Yo le escuché con atención, reí con sus anécdotas y me puse seria cuando el tema lo requería. Estaba embelesada, disfrutando de aquella velada tan... normal, tan alejada de la complejidad de mi mundo.

Terminamos de cenar sin prisas, alargando la sobremesa todo lo que pudimos. Cuando ya no

quedábamos más que nosotros y otra pareja en el restaurante, decidimos que iba siendo hora de irnos. Nos detuvimos en la entrada del restaurante, pues cada uno había venido en su propio coche.

—Debería irme a casa, mañana me toca trabajar algunas horas... —susurró él, con las manos en los bolsillos.

Al día siguiente era sábado, y yo el fin de semana no tenía prácticas. Pero él sí tenía que atender varios asuntos del hospital.

—Lo entiendo.

—Solo que no me apetece nada marcharme a casa —siguió susurrando, con la vista perdida en el suelo. —Me quedaría charlando contigo hasta el amanecer.

Tragué saliva, y noté que mi corazón se aceleraba y perdía el control. Me estaba mareando otra vez. Busqué apoyo tras de mí, en la valla de madera que conducía a la entrada al restaurante. Ya con apoyo, fui capaz de responderle.

—Yo tampoco quiero irme —murmuré, como lo había hecho él, provocando que aquella conversación tuviera un carácter más íntimo, solo de nosotros dos. —Lo he pasado genial.

Sonrió, y al fin alzó la vista para mirarme a los ojos. Se acercó a mí lentamente, sin quitarme los ojos de encima, y por un momento estuve convencida de que iba a besarme.

Bastante convencida.

Sin embargo se detuvo a solo unos centímetros de mi rostro, y en el último instante giró la cabeza y me dio un largo e intenso beso en la mejilla.

—Buenas noches Natalia —susurró a mi oído, provocando que se estremeciera cada terminación nerviosa de mi piel. —No te vayas muy lejos, ¿vale?

—No lo haré.

Y así me dejó, con la piel empapada de emociones mientras lo veía alejarse hacia su coche. Tardé unos minutos en ser capaz de recuperar el aliento y arrancar el coche. De vuelta a casa, solo podía recordar una y otra vez esos últimos instantes con él, ese beso tan íntimo y que prometía ser el principio de algo. Mientras conducía, comenzó a sonar en la radio It must have been love, de Roxette. Qué apropiada. La canté a pleno pulmón, como si se me fuera la vida en ello.

Cuando llegué a casa estaba todo a oscuras. Supuse que Julián estaría ya durmiendo. Pero cuando empezaba a subir las escaleras al piso superior me di cuenta de que la puerta de cristal de acceso a la terraza estaba abierta. Miré hacia el exterior, iluminado por las luces del jardín. Y vislumbé a Julián, tumbado en una hamaca que oscilaba entre dos palmeras.

Me acerqué hasta allí y me subí a la hamaca junto a él, en silencio. Me dejé arrastrar hasta su pecho, y me tumbé prácticamente sobre él, pues difícilmente cabíamos los dos. Un lugar sobradamente conocido para mí. Y sin embargo, ahora tomaba un cariz diferente; su tacto, su calidez, su aroma almizclado... eran totalmente nuevos para mí. Cerré los ojos y me dejé llevar por todas esas sensaciones nuevas, tan agradables. Era como volver a casa tras mucho tiempo fuera, y percartarte de detalles que ya apenas recordabas, o en los que nunca te habías fijado antes.

—Me tenías preocupado, idiota —susurró, y me rodeó con el brazo.

—Venga, voy a tener que salir todos los días al hospital. Deberías acostumbrarte.

—No es lo mismo que salgas a plena luz del día, a un lugar abarrotado de gente, a que salgas de noche con dios sabe quién. No sabes si ese tío al que has visto hoy es uno de los Buscadores.

—Te estás poniendo un poco paranoico.

—No. Estoy siendo realista.

Suspiré profundamente. Aquella conversación no iba a ningún sitio. Me dejé llevar por el suave balanceo de la hamaca y sentí que los ojos se me cerraban.

—Julián.

—Dime.

—Eres un tío muy grande.

—Encima estás borracha.

—Qué va, en absoluto —murmuré, y no pude evitar que se me escapara una risilla tonta. No lo estaba, era cierto. Pero había sonado poco creíble. En todo caso estaba embriagada de emociones, de un cocktail explosivo de felicidad y euforia.

—Vamos a dormir. Mañana tendremos una conversación muy seria tú y yo.

—De primo a prima —asentí.

—Sí. Como quieras. Pero sería. Vamos, anda. —hizo el amago de levantarse, pero lo agarré de la muñeca y le obligué a tumbarse de nuevo.

—Vamos a quedarnos un poquito más aquí, porfa. Mira, qué cielo —alcé la mano y la agité, tratando de abarcar toda la cúpula cargada de estrellas que se alzaba sobre nosotros. —El cielo de Zaroha es el más hermoso del mundo. Y el mar... escucha las olas, rompiendo en la orilla... No puede haber un lugar y un instante más bonito que este...

Y con aquellas palabras, en aquella inmensa paz en que me embargaron todas aquellas sensaciones, unidas al cansancio y al vino, me quedé dormida. Ya entre sueños, percibí que Julián me subía en brazos, y me acostaba en la cama.

6

—¿Que te dio un beso en la mejilla?¿Y eso fue todo? —Alba no paraba de reír mientras le contaba lo sucedido la noche anterior. Y yo no le veía la gracia por ningún sitio. Al fin paró de reír al ver que me sumergía bajo el agua y me alejaba de ella. —Perdona, pero cuando me escribiste, te vi tan emocionada que supuse que había pasado algo más.

—Te recuerdo que soy virgen de sentimientos, no lo olvides. Todo esto es completamente nuevo para mí —le expliqué, tras salir de nuevo a la superficie de la piscina. La piscina de casa era de agua salada, y allí solíamos nadar cuando nos apetecía nadar a plena luz del día y no queríamos que alguien pudiera vernos transformadas.

—Virgen de sentimientos. Buena definición —sonrió ella y buscó mi mano para calmarme. — Lo siento, pero tienes razón. Me cuesta ponerme en situación partiendo de la edad que tenemos. Pero supongo que lo que estás sintiendo es lo que hemos sentido los demás con trece o catorce años, cuando conquie el chico que te gustaba te cogiera de la mano ya te hacía tocar las estrellas.

—Exacto. Es así.

—Es maravilloso Nati, de verdad, me alegro muchísimo por ti —vino en mi busca y nos fundimos en un abrazo.

—En estos momentos me encantaría tener un oído ultrasónico de esos que tenéis vosotras, para saber qué demonios estabais tramando antes de ese abrazo —interrumpió Álvaro, acercándose a la piscina.

—Cosas de chicas —le sonreí. Él me miró con el ceño fruncido, haciendo ver que no le convencía mi respuesta. Ahora que podía sentir como lo hacían los demás, podía entender mejor

que había visto Alba en Álvaro, qué tenía él que había conseguido alejarla de mi hermano. Era un perfecto imperfecto, un chico natural, con sus virtudes y sus defectos, colado hasta los huesos por Alba y con un atractivo que nadie podía negarle.

Estaba pensando en ellos, cuando mi pensamiento se vio interrumpido por un sonido cercano y familiar. Agudicé el oído. No podía ser, pero... miré a Alba, y su rostro perplejo me confirmó que no me había equivocado.

Álex estaba de vuelta en casa.

Alba se quedó paralizada en el sitio, mientras yo decidía sobre la marcha qué debía hacer. Álvaro, completamente ajeno a lo que estaba sucediendo, se había sentado en el borde de la piscina y observaba el agua distraído.

No tenía la menor idea de cómo iba a reaccionar mi hermano al ver a su ex y su nuevo novio juntos. Y para colmo, en nuestra casa, conmigo.

Álex comprendió la decisión de Alba de abandonarle, y entendió que si la amaba, lo mejor que podía hacer por ella era dejarla marchar. Su relación era demasiado complicada; se esperaba mucho de Álex como Guardián y muy poco de Alba como sirena, siendo como era, hija de una humana y un Guardián. Para mi gusto mi hermano había tomado la vía más fácil, la cómoda, la que esperaban todos los demás. Ahora que Alba tenía el amuleto de su bisabuela paterna, nada ni nadie podría hacerle daño, así que él podría haberle dado una patada a nuestro mundo y haberse marchado con ella. Pero no lo hizo. Y aunque la dejó marchar, no por ello dejó de quererla ni de odiar a Álvaro; lo sentía como un aprovechado, que había estado ahí esperando el momento de arrebatársela. Así que no tenía ni idea de cómo reaccionaría. Y tampoco me apetecía averiguarlo.

En un instante estaba fuera de la piscina, mi cola de sirena desaparecía al instante y volvía a aparecer el vestido ligero que llevaba antes de zambullirme. Corrí hacia el interior de la casa, a tiempo de evitar que Álex saliera a la terraza. Afortunadamente Julián también le había oído llegar y en aquel momento le había llamado para detenerle, mientras él bajaba la escalera. Julián me miró de reojo. Sin duda, había pensado lo mismo que yo sobre el posible reencuentro catastrófico.

Pero lo que hizo que ambos nos dedicáramos una mueca de desconcierto no fue Álex, sino su acompañante; una chica pelirroja con una melena que le llegaba hasta la cintura esperaba junto a él. Me estudió, primero a mí, y seguidamente a Julián, con una sonrisa etrusca en aquel rostro anguloso salpicado de pecas.

—Hola hermanito —atiné a recibirle finalmente, tras aquellos primeros instantes de indecisión, y me lancé a abrazarle.

—Hola —susurró, respondiendo a mi abrazo, y al hacerlo pude comprobar que estaba tenso de los pies a la cabeza. Me separé de él, y mientras saludaba a Julián yo me acerqué a la chica que le acompañaba. Había algo en ella que resultaba familiar, pero era incapaz de encuadrarla en ningún sitio. Tenía pinta de ser una sirena, pero hasta que no abriera la boca no lo sabría con certeza. Ella no retiró su mirada de la mía, y sentí que sus ojos verdes me hacían una radiografía interna. No pude evitar un escalofrío cuando apoyé la mano en su codo para presentarme. Estaba helada.

—Encantada. Soy...

—Natalia. —concluyó ella.

Fruncí el ceño, y se me debió notar demasiado.

—Tu hermano me ha hablado mucho de ti.

Claro, cómo si no iba a saber mi nombre. Obviamente.

Por cierto, confirmado. Sirena.

—Espero que solo cosas buenas —respondí con una sonrisa. Qué frase más tópica. Pero estaba tan desconcertada por la llegada de Álex, totalmente inesperada, y para colmo acompañado de aquella chica extrañamente siniestra y a la vez familiar, en lugar de Silvia, que apenas era capaz de hacer reaccionar a mi cerebro para mantener una conversación coherente.

—Sin ninguna duda —me respondió cordialmente.

—¿Y tú eres...? —atiné a preguntarle al fin.

—Perdona Nati —interrumpió Álex —ella es Lara . Es una de las nuestras, como ya habrás podido comprobar. Es... una prima de Silvia.

—Ah —fue todo lo que salió, casi al unísono de la boca de Julián y de la mía. La voz de mi hermano al decir la última frase sonó a mentira cochina.

Estudí su rostro, y su mirada huidiza terminó de confirmarlo; estaba mintiendo. Le conocía demasiado bien. No sé qué hacía mi hermano allí, ni quién era la chica, pero por momentos me estaba sintiendo cada vez más alterada.

—¿Y qué hacéis aquí? ¿Dónde está Silvia? —solté a bocajarro. La ansiedad habló por mí en ese instante. Con el extra de estar preguntándome qué iba a hacer Alba. Realmente podía salir de

la casa, rodeándola por el jardín, sin tener que entrar en ella. Lo que no tenía claro es que Álex no les oyera desde aquí. Tenía que alejarles de allí, llevarles hacia el salón, desde donde era más probable que no oyeran a Alba marcharse.

—Silvia se quedó en Galicia con sus padres. Nosotros... bueno... Lara quería conocer Zaroha, y yo me ofrecí a acompañarla. Además, Silvia nos encargó que pasáramos por su antigua casa, se dejó un par de cosas aquí y necesita que se las lleve.

Esta vez ni siquiera fui capaz de articular palabra, solo pude asentir en silencio. Vaya patraña. Al menos podía haberse preparado un argumento más convincente.

—Chicos, estaréis cansados del viaje, vamos a tomar algo en el salón —exclamé, con un tono más alto del habitual, confiando en que Alba me oyera, y arrastré a Lara del brazo, rogando para que Álex nos siguiera también.

—Estamos bien Nati, iba a descargar las maletas y...

¿Maletas? ¿Pretendían instalarse allí? ¿en serio?

—No, nada de eso, Lara parece cansada, y tú también. Vamos. Hay refresco y cerveza en la cocina. Sentaos tranquilamente que yo os traigo algo de beber. Charlaremos un poco y luego irás a por las maletas.

Julián se había puesto en la retaguardia, cerrando el grupo, e impidiendo así que Álex pudiera arrepentirse y darse la vuelta.



Alba había oído perfectamente a Natalia insistir a Álex en tomar algo en el salón y supo porqué su amiga se los había llevado hacia el otro extremo de la casa.

En cuanto Natalia salió disparada de la piscina, Alba había puesto las manos sobre la boca de Álvaro, y le había indicado en gestos que no hablara. Cuando estuvo segura de que los demás se habían alejado lo suficiente, guió a Álvaro hacia la salida de la casa. Álex no se había enterado de que estaban allí porque habían venido con la moto de Álvaro, imposible de ver desde la entrada, oculta tras el coche de Natalia. Si hubieran venido en coche, les hubiera descubierto sin ninguna duda. Se montaron en silencio y Alba le indicó en el oído que no la arrancara aún. Bajaron a ralentí unos cuantos metros, hasta que Alba consideró que estaban lo suficientemente lejos y ya no podrían relacionar el sonido de una moto pasar con ellos.

Poco después, aparcaban frente a la casa de Álvaro, donde se estaban quedando durante el verano. Su madre pasaba el verano en la casa de campo, y ellos ya estaban demasiado habituados a convivir en Granada como para separarse durante el tiempo que pasaran en Zaroha durante el verano.

Entraron en la casa, Alba completamente ausente y Álvaro esperando a que ella se decidiera a hablar. Al fin dentro, él salió a la terraza. Necesitaba coger aire. Porque en el fondo, sabía lo que estaba pasando.

—¿Me vas a contar por qué hemos tenido que huir como fugitivos? —miró hacia el horizonte, para evitar tener que mirarla a ella, sabía que así se lo pondría más fácil.

El sol caía en aquel instante, muy cercano al océano en el que se perdía su vista, y el cielo se fundía en tonos rojizos y anaranjados.

—Álex ha vuelto —lo dijo en un murmullo, apenas audible, como si aún pudieran oírles. Él suspiró, mientras maldecía en silencio al confirmar sus sospechas.

—¿Y eso qué supone? —trató de mostrarse tranquilo, a pesar de que no lo estaba. Tenía la corazonada de que la vuelta de Álex no traería nada bueno. Y ellos estaban muy tranquilos, en los últimos años habían construido una vida de serenidad, de calma, que no quería que nada ni nadie interrumpiera.

—No lo sé. No sé qué pinta aquí, ni qué hará cuando te tenga delante. Por eso hemos salido como fugitivos. Quiero que Natalia tante el terreno primero.

—No le tengo miedo Alba.

—Pues deberías tenerlo. Quiero pensar que en estos años ha tenido tiempo más que suficiente para olvidar lo nuestro, pero no lo sé. Y sí sé que a pesar de que entendió que le dejara, te odiaba por haberte inmiscuido.

—No se lo reprocho. Si hubiera sido al revés, a mí no me hubiera bastado una década para perdonarle. Pero él te traicionó. Su familia quería matarte. Creo que no fui yo el único culpable de que las cosas se torcieran entre vosotros.

—No cariño, no hubo culpables —buscó su mano, sobre la barandilla de madera y se aferró a ella. — Sé con certeza que antes o después habría terminado contigo. Estaba destinada a estar a tu lado.

Se acurrucó entre sus brazos, y él la abrazó, sin ser capaz de retirar la vista de aquel atardecer de fuego. No podía quitarse de encima esa terrible sensación de que la marea no tardaría en volver a revolverse.

Unas horas más tarde, ya metida en la cama y con Álvaro durmiendo plácidamente a su lado, escribió a Natalia.

—¿Puedes hablar?

—Sí. Ya están acomodados en sus aposentos.

—Cuéntame

—Pues poco puedo decirte. Apareció con una sirena que no había visto en mi puñetera vida. Una tal Lara. ¿Te suena?

—No.

—Dice que es prima de Silvia. Que vienen a recoger unas cosas de casa de Silvia y a pasar

unos días. No he hablado con él a solas, así que no he podido preguntarle nada más.

—Ok. Espero que venga en son de paz. Han pasado muchos años, supongo que a estas alturas todo habrá quedado en el pasado.

—Eso espero. Oye.

—Dime.

—Viene Álex. Te dejo. Luego te cuento.

—Ok.

—Hola —le sonreí y apagué el móvil. Le indiqué la silla junto a la mía, invitándole a sentarse. Acabábamos de cenar hacía solo un rato, y Julián había subido a estudiar un rato. Yo había salido a la terraza a disfrutar del aire fresco de la noche.

—Vaya... —murmuró Álex en cuanto se sentó, mientras su vista se perdía entre las vistas al océano y el cielo estrellado. —No recordaba lo bonito que era esto. Me había olvidado por completo.

—Supervivencia —me encogí de hombros. —No habiéramos podido seguir adelante si nos habiéramos estancado en recordar lo bien que vivíamos aquí.

Él asintió en silencio. Su supervivencia había sido más difícil que la mía.

—Alba está aquí —susurré. Le miré de reojo y estudié su reacción.

—Lo sé.

—Con Álvaro.

—Supongo.

—Será difícil que no te cruces con ellos.

—Eso espero.

Giré el rostro bruscamente hacia él. ¿Qué estaba maquinando?

—Tranquila. Solo quiero confirmar una teoría.

Fruncí el ceño, sin quitarle ojo de encima y esperando que dijera algo más. Pero eso fue todo.

—Álex. Sé que dijimos que cada uno pediría su deseo en absoluta intimidad pero... ¿pediste a la Primera Sirena algo relacionado con Alba?

Buscó mi mirada, y aunque no me respondió, comprendí perfectamente la melancolía que asomaba a sus ojos.

Día 319 (- 11 días)

Si ya estaba especialmente motivada para madrugar por mis prácticas en el hospital, tengo que reconocer que la posibilidad de cruzarme con Darío provocaba que me levantara de un humor fantástico. Así me encontraba aquella mañana. Radiante desde el primer minuto. Me duché con la música a todo volumen, y me dejé los pulmones cantando bajo el agua templada. Julián me tiró una almohada cuando salí de la ducha y pasé junto a la cama para vestirme. Él también madrugaba, pero su entusiasmo no era tan exagerado como el mío. En mi nube, me tomé un café y salí pitando de casa. Ya desayunaría más tarde en el hospital.

Las horas pasaban volando en aquel lugar. Las primeras horas las pasaba siempre en análisis clínicos. A media mañana, pude tomarme un descanso antes de pasar el resto del día en Curas. Entré en la sala de descanso a coger mi móvil y mi cartera e iba tan acelerada, al ritmo de la mañana, que estuve a punto de no percatarme de su presencia. Hasta que habló, con aquella voz grave y masculina tan suya.

—Señorita Vega, ¿se puede saber dónde va con tanta prisa?

Sonreí, devolviéndole la sonrisa.

—A desayunar, ¿vienes? —pregunté mientras hurgaba en mi mochila.

—Claro. Te estaba esperando.

Se levantó y se acercó a mí. Llevaba el móvil en el bolsillo de la bata, y unos auriculares puestos. No soltaba esa sonrisa que tanto me gustaba.

Me estaba esperando...

—¿Qué escuchas? —le pregunté.

—Buff no sé si decírtelo. Si te lo digo es posible que...

—¿Qué?

—Bueno... —bajó el tono de voz y se aproximó, como si fuera a contarme algo que solo debiéramos oír él y yo. —Imagínate que existiera una probabilidad entre un millón de que pudiera haber algo entre tú y yo. Si te digo lo que estoy oyendo, tal vez pierda esa oportunidad. No puedo arriesgarme. Espero que lo entiendas.

Y el corazón me iba a dos mil. Miré de reojo mi anillo. Había cambiado de turquesa a ámbar. Sin decir nada, tomé un auricular de su oído y lo coloqué en el mío. Vaya.

—Ed Sheeran... —sonreí aliviada. Temí por sus palabras que sería peor.

Él se encogió de hombros.

—Si sirve de algo, le doy a todos los palos. También escucho cosas más duras.

—No hay problema. Me encanta —le sonreí, una vez más, y me perdí en la música y sus ojos castaños.

—¿Bailas?

—¿Cómo?

—Baila conmigo —afirmó, y despacio, como si temiera mi rechazo, acomodó sus manos en mi cintura y eliminó en un paso el espacio que nos separaba.

—Pero... ¿aquí? —murmuré, con una risilla nerviosa. Podía entrar cualquiera de un momento a otro.

—Aquí, claro. No imagino un lugar mejor ahora mismo. —Me rodeó con los brazos y pegó su cuerpo al mío. Mi corazón se desbocó. Traté de dejarme llevar, de disfrutar de aquella pequeña

locura. Así que cerré los ojos, me concentré en la música, y pasé los brazos alrededor de su cuello. Poco a poco, con timidez al principio, empezamos a movernos lentamente, dejándonos llevar por la música que salía de los auriculares. Nadie más que nosotros podía escucharla, y eso me hizo tener la sensación de que estuviéramos los dos solos, aislados del mundo. Y me dejé llevar por las sensaciones que me invadían y que eran terriblemente agradables. Me apoyé en su hombro y me dejé embriagar por su perfume y su contacto. Estaba en el cielo, sin duda.

Permanecimos en silencio, dejándonos llevar por la música como si estuviéramos en otro lugar y otro instante, hasta que terminó la canción. Solo entonces abrí los ojos, y alcé el rostro para mirarle. Me devolvió una mirada intensa, y mientras se humedecía los labios supe lo que pasaría a continuación. Iba a besarme. Y yo estaba deseando que sucediera. Solo que, desafortunadamente, había olvidado dónde estábamos. Fue el sonido de la puerta al abrirse de golpe lo que rompió la magia. Me separé de él bruscamente y vi entrar a Marisa, una de las enfermeras, que se quedó mirándonos extrañada, con la sensación de que había interrumpido algo, pero sin tener muy claro el qué. El auricular escapó de mi oído, y la realidad volvió a situarnos.



A Alba la tormenta de verano le pilló saliendo de la biblioteca. Álvaro se había quedado aquella mañana en casa, y ella había acudido, como hacía habitualmente aquel verano, a la biblioteca. Le quedaba solo el último curso para terminar la carrera de Medicina y el camino no había sido fácil. Había tenido que dedicar muchísimas horas diarias de estudio y sacrificar incontables fines de semana. Aún quedaba recorrido, pero ya veía muy próximo el fin del camino. Si todo iba como esperaba, en un par de años ya podría estar trabajando como residente en algún hospital.

Había entrado hacía unas horas en la biblioteca con un sol reluciente, así que no pudo evitar mirar a su alrededor perpleja cuando se percató de que llovía. Sin pensarlo demasiado, agarró con fuerza las asas de su mochila y comenzó a correr bajo la lluvia. Y mientras corría, recordó otra lluvia, hacía ya una eternidad. Una lluvia intensa que terminó en besos igualmente intensos en el interior de un coche. Una sonrisa escapó de sus labios ante aquel recuerdo, que ahora parecía tan lejano. Iba tan sumida en el recuerdo de aquel día y con el paso tan acelerado, que no se dio cuenta de que alguien venía en dirección contraria a ella. Alguien que tampoco dio muestras de intentar evitar el choque de ambos. Alba frenó en seco e intentó sortear a la persona que se había

interpuesto en su camino.

—Disculpa —murmuró, al darse cuenta de que prácticamente habían chocado de lleno.

—No pasa nada —oyó decir a la otra persona, y su corazón se disparó inmediatamente al reconocer su voz. Sintió que el cuerpo sin rostro aún le tomaba por el brazo, evitando su huida. No hacía falta, ella ya se había detenido. Sintió un ligero desvanecimiento, y tuvo que coger aire antes de poder alzar el rostro para toparse con el de él.

—Álex —susurró. Al fin, sus ojos se encontraron con los de él. Y a pesar de que habían pasado varios años desde la última vez que se habían visto, a ella su rostro le pareció tan familiar como si no hubiera pasado un día sin verle.

—Hola, Alba. —Le dedicó una sonrisa, y el tiempo se detuvo un instante. Y volvieron a tener diecisiete años, volvieron a reencontrarse en la cola de secretaría del instituto, donde él le sonrió por primera vez. Todo volvía a ser sencillo, solo eran dos adolescentes comenzando a enamorarse. Antes de que ella pudiera decir algo más, él la agarró del brazo y la guió hacia una zona techada cercana. Estaban empapados de los pies a la cabeza.

—¿En qué pensabas? —le preguntó una vez estuvieron a cubierto. —¿Cómo?

—Venías sonriendo, despistada. —Alba pensó en lo gracioso que resultaría decirle que venía pensando en él, en los besos empapados tras la lluvia en un momento muy lejano de sus vidas.

—No sé, supongo que venía pensando en lo sorprendente de esta lluvia inesperada.

—Sí, es extraño... —murmuró mientras le dedicaba una sonrisa. Alba se planteó por un momento si era posible que él hubiera descubierto sus pensamientos. No, no lo era. —Felicidades, he sabido por mi hermana que te va bien muy bien en la carrera. No esperaba menos de ti.

—Gracias. Tú ya terminaste, ¿verdad?

—Sí, mi carrera es más corta. Terminé y ya estoy trabajando en la empresa de mi padre. Muy predecible todo —se encogió de hombros.

—Enhorabuena.

—Gracias. —La mano de Álex se deslizó en silencio por el rostro de ella, y retiró algunos mechones empapados que se habían quedado adheridos a su rostro.

Alba no pudo evitar una ligera sacudida al sentir el contacto. Sonrió, y rápidamente bajó la mirada, evitando el contacto visual que le estaba poniendo tan nerviosa.

Sin embargo él parecía dispuesto a seguir avanzando. Bajó la mano lentamente hacia su barbilla y con suavidad, la obligó a alzar el rostro.

—Te he echado de menos —murmuró, sin alejarse de su rostro.

—Álex, no...

—Vamos, solo necesito un beso —susurró, a escasos centímetros de sus labios.

—No voy a darte un beso —negó y se alejó de él sorprendida por su actitud.

—Por favor, Alba. Es lo único que te pido. Solo te pido un beso.

—¿Para qué? No te entiendo Álex, tú no eres así. —Estudió su rostro, desconcertada. Había algo en él que había cambiado. No tenía claro el qué, pero había algo que le decía que ya no era el mismo chico del que se había enamorado con locura años atrás.

Él la miró a su vez, en silencio. Estaba sopesando si debía decirle la verdad.

—Pedí un deseo. Pedí que mi corazón se enfriara para siempre, que dejara de sentir lo que sentía por ti. Solo necesito saber si realmente el dolor que me ha acompañado en el pecho desde que te marchaste ha desaparecido para siempre.

Ella abrió la boca, sorprendida. Así que ese había sido el deseo que él había pedido a la Primera Sirena. Sintió una terrible tristeza al ser consciente de que él había desperdiciado ese único deseo en deshacerse de sus sentimientos hacia ella.

—No es necesario un beso para saber si estás enamorado —susurró y bajó la mirada, ya no podía seguir mirándole. —Cuánto daño ha hecho ese rollo del beso de amor verdadero.

—¿Y entonces?

—Álex, ya no estás enamorado. Tu deseo ha funcionado. Antes solo tenías que mirarme para saber que estabas enamorado.

Al alejarse de él, había vuelto a salir a la intemperie. La lluvia caía con más fuerza ahora. Alba alzó el rostro, y dejó que la fina cascada de agua le emparara el rostro. Los recuerdos se

agolpaban en su mente sin que ella pudiera controlarlos. Cada beso con Álex, cada mirada, la noche en que llovía, como ahora, y ambos se refugiaron en el coche de él. Le había querido tanto... y sin embargo ella sí notaba un cambio en sus sentimientos ante esos recuerdos. No dolían, ni tampoco le hacían vibrar el estómago. Lo que sintió fue nostalgia. Todos aquellos recuerdos vividos, con las emociones que les acompañaban, habían sido inolvidables. Y, sin duda, los iba a conservar para siempre con ella. Su primer amor, vivido con la intensidad habitual que acompaña al amor adolescente. Pero Álex era el pasado. Álvaro, su presente y su futuro. No tenía ninguna duda.

Y entonces abrazó a Álex. Se acomodó entre sus brazos, como lo había hecho en un sinfín de ocasiones, solo que esta vez, aquel abrazo tenía un significado muy distinto. Era una despedida, la que no pudo tener en su momento. Quería despedirse de su primer amor, asentar todos los recuerdos de él y guardarlos en una cajita, una que conservaba instantes esenciales de su vida.

Y mientras le abrazaba, se dio cuenta de que no se había equivocado. Él volvía ser un Guardián, sin capacidad para amar. Apenas fue capaz de responderle al abrazo, rígido como una roca y sin saber cómo actuar. Ella cerró los ojos unos instantes, mientras la lluvia le empapaba el pelo. Finalmente se separó de él y lo miró a los ojos una vez más.

Él la miraba con serenidad. Había encontrado la paz que su alma necesitaba al darse cuenta de que los recuerdos de ella nunca más volverían a dolerle. Ni siquiera su contacto dolía.

Ella le sonrió con melancolía antes de salir disparada de allí. Sin dejar de correr, llegó hasta la casa de Álvaro. Estaba calada de los pies a la cabeza. Nada más entrar y cerrar la puerta tras ella, Álvaro asomó tras la puerta de la cocina.

—¿Pero qué...? —comenzó a preguntar, pero ella no le dejó terminar la frase. Caminó los escasos metros que le separaban de él y le besó con frenesí. Él se dejó llevar, pero no tardó en separar sus labios para mirarle extrañado. —¿Hay algo que deba saber?

Estaba preocupado. Sabía que la vuelta de Álex había puesto patas arriba la tranquilidad y sosiego que ellos habían construido. Y eso le daba miedo.

—Absolutamente nada. Eres el amor de mi vida. Por si no te lo he dicho suficientes veces.

Él estudió su mirada, tratando de confirmar lo que decían sus palabras. Suspiró profundamente, al ver la serenidad en sus ojos. Sin decir nada, comenzó a retirarle la ropa empapada, dejándola caer en el suelo a su lado.

—Esto mola en las películas. Solo que ahí no sale el después, cuando tienen que recoger la ropa empapada del suelo y limpiar el suelo mojado —susurraba a su oído mientras seguía desnudándola.

—¿Eso es todo lo que tienes que decir a mi gran confesión de amor? ¿Que luego tendremos que recoger la ropa mojada? —inquirió ella, fingiendo un tono molesto.

Él cerró los ojos y la besó en el cuello. No quería mostrarle su inseguridad, su miedo a perderla.

—Vamos, *empollona* —susurró en su oído, cómo solía hacer tiempo atrás—. Te demostraré cuánto te quiero.

Día 326 (- 4 días)

Miércoles por la tarde. Al día siguiente tenía turno de tarde, y noche completa. Doce horas seguidas. Pero no tenía que madrugar, así que decidí ir a la playa con los demás a disfrutar del atardecer y despejarme del exhausto horario del hospital. Compramos unos refrescos en el chiringuito de la playa y nos sentamos en la arena, con la mirada puesta en el horizonte. El sol caía ya, y la música sonaba de fondo, poniendo banda sonora al atardecer de Zaroha.

Apoyé la cabeza en el hombro de Julián para que el sol acariciara mi rostro. Álex y Lara habían venido con nosotros. Yo seguía sin comprender quién era la tal Lara, de dónde había salido ni qué pintaba allí. Además, su relación con mi hermano era de lo más extraña. Estaba segura de que no estaban liados, ni nada por el estilo. Apenas hablaban. Ella simplemente estaba presente. Y no se le veía aburrida tampoco. Se mostraba observadora, atenta a todo lo que sucedía a nuestro alrededor. Ni idea. Tampoco es que me preocupase mucho. Estaba demasiado concentrada en mis inicios de tonteo con Darío. Eso sí me interesaba. Sonreí para mis adentros.

—Vaya, enfermera Vega. La veo muy relajada.

Estaba tan sumida en mis pensamientos sobre Darío que creí que aquella voz había sido parte de los mismos. Solo cuando me percaté de que algo me había tapado el sol, reaccioné. Abrí los ojos y... se me notó. Di un respingo y me alejé de Julián, como si así pudiera conseguir que Darío, que me sonreía desde las alturas, no se percatara de que estaba medio echada sobre “mi primo”.

—Hola —sonreí, haciendo ver lo calmada que estaba. Muy calmada. Y me dio tiempo de echarle un mirada de refilón. No le había visto aún con ropa informal; con el uniforme del trabajo o con camisa cuando salimos a cenar. Pero hoy llevaba unas bermudas y una camiseta sin mangas. Y me pareció aún más atractivo si cabe, con el look informal, que le hacía parecer más joven de lo que era. Se agachó frente a mí y se aproximó, para regalarme un par de besos en las mejillas, dados a conciencia. Y mi corazón de nuevo a punto de explotar.

Miré de reojo el anillo del humor. Ámbar.

—¿No vas a presentarme? —murmuró, con una sonrisa de medio lado. Claro, sí, presentaciones. Genial.

—Sí, claro. Este es Julián. Julián, él es Darío... —farfullé el nombre, con la esperanza de que Julián no lo entendiera y no hiciera sus cábalas. Si se daba cuenta de que era el mismo Darío con el que había ido a cenar, y del que tanto hablaba sin poder evitarlo, era seguro que iba a pasar un tiempo bromeando sobre el respingo que yo acababa de dar. Ambos se dieron la mano sin muchos miramientos.

—A Álex ya lo conoces, ¿no? —indiqué, señalando a mi hermano. —Sí, nos conocemos. ¿Cómo estás? No te veo desde que nos graduamos —saludó mi hermano con entusiasmo. Él no se había dado cuenta de mi nerviosismo.

—Bien. Terminé enfermería y volví a Zahora. Ahora echo horas en el hospital junto a tu hermana. Tiene talento —sonrió y me guiñó un ojo. Y yo me derretí ante aquel gesto.

—Y ella es Lara... es... una amiga de la familia... —dije finalmente y ambos se saludaron. Me inquietó la forma de saludarlo de Lara. Se demoró en el saludo, como si no quisiera apartarse de él. Y su mirada... le estudiaba como si Darío fuera...comestible.

—Bueno, pues no os molesto más, iba a dar un paseo por la playa, para despejarme un poco —comenzó Darío. No se me pasó por alto que no estaba muy decidido a marcharse, solo estaba buscando un motivo para quedarse. Y yo no iba a ponérselo difícil.

—No molestas, Darío, en absoluto, quédate un rato con nosotros —respondí decidida.

Me alejé descaradamente de Julián y le señalé el hueco junto a mí en la toalla.

—Está bien. Pero luego me acompañas a dar un paseo —indicó, aprovechando que yo había dado el primer paso.

Eso sonaba fenomenal. Es más, por un instante, pensé en decirle que nos ahorráramos lo de que nos quedáramos con los demás y fuéramos directos a la parte del paseo. Los dos. A solas. Fabuloso.

—Claro, no hay problema —afirmé, disimulando a duras penas mi entusiasmo.

Y mientras el sol caía, saboreé aquel momento en su compañía. Mientras hablábamos y reíamos, con el sol de la tarde reflejado en sus ojos castaños, sentí un enorme cosquilleo en la boca del estómago. Miré el anillo del humor. Azul. No estaba aún del azul oscuro que me había dicho Alba, pero no cabía duda alguna. Me estaba enamorando. Y él, por ahora, al menos parecía interesado en mí. Sin apenas pretenderlo, nos fuimos desplazando del grupo, inmersos en nuestra conversación sobre cotilleos del hospital. Me hacía reír. Era divertido, inteligente, y sexy. Muy sexy.

—¿Un baño? —susurró, en un instante en el que nos quedamos callados. Tardé en responder. Estaba enganchada a su sonrisa en ese preciso instante. Hasta que me percaté de lo que me estaba preguntando. Entonces la sonrisa se borró de mi rostro de un plumazo. No. ¿Un baño? Claro que no.

—Hace fresco. No me apetece bañarme. Ni siquiera tengo puesto el bañador —contesté, con la esperanza de que mi respuesta bastara para quitarle las ganas de chapuzón.

—Vamos. ¿Es que nunca te has bañado sin bañador? —susurró en mi oído. Un escalofrío me invadió al sentir su cercanía. Eso fue lo que me despistó. Cuando estaba cerca, las neuronas me funcionaban a medio gas. Y él aprovechó mi entumecimiento para cogerme por la cintura y ponerme boca abajo colgando de su hombro, con la cabeza en su espalda. Se puso en pie y comenzó a correr hacia la orilla.

—¡No! ¡Suéltame! ¡Suéltame! —grité, al darme cuenta de lo que pretendía hacer. No podía verme la cara, así que no podía ni imaginarse el pánico al que estaba sometido mi rostro. Si me metía en el agua... bueno, todos sabemos lo que sucedería a continuación. Aún no había anochecido, y había bastante gente en la playa. Me verían, sin ninguna duda. Y Darío el primero de ellos.

Comencé a patalear, tratando de escapar de él. Al no poder mirarle a los ojos, no podía utilizar mis poderes para conseguir que me soltara. Me sentía indefensa, más humana que nunca en

aquel instante.

Él seguía caminando decidido a entrar conmigo a rastras en el agua.

—Te está diciendo que la sueltes. ¿Qué parte no has entendido? —oí decir a Julián. Alcé la cabeza y le vi acercándose a nosotros. En tres zancadas estaba junto a mí. Le conocía lo suficiente como para saber que estaba enojado. Apretaba los puños y su mandíbula estaba tan tensa que, en ese momento, temí por Darío. Pocas cosas conocía más peligrosas que un Guardián enfurecido.

Darío se detuvo inmediatamente y se dio la vuelta. Sin embargo, me mantuvo colgando sobre su hombro, cual saco de patatas.

—Tranquilo tío, solo estaba bromeando con ella.

Sus pies seguían en el agua. Si me bajaba ahora, me transformaría en sirena. Estaba tan nerviosa que no sabía cómo salir de aquella situación sin acabar transformada.

—Oye, Darío, llévame de vuelta a la arena, anda —rogué.

—Tranquila, ya te bajo, que parece que tu primo tiene un sentido del humor un tanto delicado —y dicho esto, comenzó a bajarme de su hombro.

Estaba segura de que Julián no dejaría que llegara al suelo, pero temía que cualquier mal gesto de ambos me hiciera acabar en contacto con el agua igualmente.

—Darío. No la sueltes. Llévela de vuelta a la arena —oí entonces la voz de Alba, que sonaba firme y segura, la voz de una sirena dando una orden. Y al fin pude tomar aire.

Darío obedeció, y me llevó de vuelta al lugar donde habíamos dejado las toallas, y donde solo quedaba Lara, observando la escena con curiosidad. Álex se había desplazado hasta la orilla al percatarse también de lo que estaba sucediendo, y Alba debía andar por allí cerca. Menos mal. A todas estas, yo seguía colgada boca abajo. Comenzaba a sentirme ridícula. Afortunadamente una vez lejos del agua, Darío no tardó en bajarme al suelo. Instantes después le vi descolocado, como si no supiera qué hacía allí. La resaca habitual que deja la amnesia momentánea que provocamos.

Apenas tuve tiempo de recuperarme del susto, cuando tuve que enfrentarme a un nuevo dilema. Alba no estaba sola. Junto a ella, a un par de metros de distancia, como si quisiera guardar una distancia de seguridad, estaba Álvaro. Miré de reojo a mi hermano, como si esperara, absurdamente, que no se diera cuenta de su presencia y la pudiera pasar por alto. Sin embargo él ya tenía los ojos clavados en Álvaro. Y su gesto no era agradable precisamente.

—Vaya, Alba, parece que hoy te pillo acompañada —dijo con una voz socarrona que no presagiaba nada bueno.

—Eso parece —respondió ella, que sin embargo, parecía calmada, a pesar de aquel encuentro desafortunado.

—Hola Álex —Álvaro avanzó hacia nosotros y tendió la mano hacia mi hermano. Álex no hizo ningún amago de devolverle el saludo; permaneció inmóvil en la misma posición en la que estaba. Álvaro no tardó en bajar la mano al ver el rechazo del otro.

—Solo pretendía ser amable. Básicamente para evitar malos tragos a Alba.

—Qué caballeroso por tu parte. No pensaste en serlo cuando me robaste a mi chica.

Iba cargado de munición.

—¿Robar? Tú la dejaste tirada, y ella eligió. No es un objeto Álex, te recuerdo que tiene capacidad de decisión.

—Ya. Y tú siempre estabas en el momento y lugar adecuado para ayudarla a tomar esa decisión.

Observé con preocupación como Álvaro cerraba los ojos y se daba la vuelta, al tiempo que cruzaba los brazos sobre el pecho. Mi hermano estaba buscando el enfrentamiento, cosa que me sorprendía. Si su deseo estaba relacionado con Alba y había funcionado, no entendía a qué venía aquello.

—No voy a enfrentarme a ti —resopló Álvaro finalmente y se giró para seguir dirigiéndose a Álex. —Solo pretendo que esto sea lo más llevadero posible para todos. No tenemos que hablarnos, ni que llevarnos bien.

—Me parece buena idea.

—Estupendo. Pues ya estamos de acuerdo en algo —la media sonrisa que Álvaro le dirigió no era en absoluto sincera. Estaba haciendo un esfuerzo tremendo.

Estaba segura de que las pequeñas perlas de sudor en su frente no se debían solo al calor, sino al esfuerzo que estaba haciendo por ser diplomático.

No pude evitar una sonrisa al pensar en nuestros tiempos de instituto. El Álvaro de diecisiete no hubiera tolerado las insinuaciones de mi hermano y se hubiera lanzado contra él, a pesar de los

riesgos. Este controlaba su furia apretando los puños y manteniendo en apariencia la calma.

Y mientras este duelo de titanes tenía lugar, Lara seguía observando como una espectadora en el cine, Julián estaba de nuevo en alerta, y Darío estaba, literalmente, cazando moscas.

—Alba, iba a dar una vuelta con Darío, ¿venís? —pregunté, con la evidente intención de zanjear la conversación. No es que me apeteciera que vinieran con nosotros, ante la oportunidad caída del cielo que tenía de estar a solas con Darío. Pero tenía que ayudar a Alba, que, sin duda, debía estar deseando desaparecer de allí.

—No te preocupes. Realmente ya nos íbamos, en serio —respondió, y con su mirada quiso indicarme que aprovechara el momento. —Nos vemos, ¿vale?

Por desgracia tenía claro que las circunstancias no iban a permitir que nos viéramos tanto como nos gustaría ese verano. Les vi marcharse y dejé a Julián en compañía de mi hermano y la misteriosa Lara. Antes de alejarme eché una última mirada a Julián. Y si las miradas matasen, la suya en aquel momento me habría fulminado.

Traté de hacer caso omiso a su enfado, a pesar de que un terrible malestar se había asentado en la boca de mi estómago. Sabía que él lo estaba pasando mal con mi empeño en estar a solas con alguien que no fuera de los nuestros. Me exponía, como acababa de exponerme hacía solo unos instantes y ponía en peligro no solo a mí misma, sino a todos los demás. Y él era mi Guardián, gran parte de la responsabilidad si me pasaba algo sería suya, por haber permitido situaciones como esta. Y a pesar de ser consciente de todo ello, no podía evitarlo. Quería enamorarme a toda costa, aunque para ello tuviera que correr ciertos riesgos.

9

El sol iniciaba su despedida de aquel día cuando nos alejamos del grupo y comenzamos a caminar por la orilla. Traté de alejar de mis pensamientos todo lo que acababa de suceder. Era mi momento; Darío y yo, la playa, y aquel precioso atardecer. Un momento idílico, sin lugar a dudas.

—¿Sueles venir a la playa a pasear? —le pregunté.

—A veces. Cuando estoy saturado del trabajo a veces vengo a despejarme. ¿Y tú? ¿solías venir cuándo vivías aquí?

—Sí, bastante. Me encanta esta playa.

—Qué lástima —susurró y negó con la cabeza.

—¿Qué te da lástima?

—Pues no haber venido más en aquel entonces, ahora que sé que tú si eras asidua.

Sonreí y tuve que retirarle la mirada. Sentía cómo fluía la sangre en mis mejillas y me morí de vergüenza.

—Aún así, no hubiera podido hacer mucho más que mirarte desde lejos. Eráis un grupo tan cerrado, tan... inaccesible.

Y lo seguíamos siendo. Solo que en aquel momento mis circunstancias eran otras. En apenas unos días todo volvería a la normalidad. Y yo volvería a mi versión robot; vivir, pero no sentir.

Traté de evitar aquellos pensamientos, que tanto me entristecían.

Disfrutar el momento, es todo cuanto podía hacer. Y a eso pretendía dedicarme en los pocos días que me restaban.

—Bueno, es cierto que siempre hemos sido algo reservados. Pero no te hubiera comido si

hubieras tenido la osadía de acercarte —le respondí, y al mirarle a los ojos me olvidé de los pensamientos grises.

—Ah, ¿no? Qué lástima —murmuró y me dio un ligero empujón con el hombro. Reí y seguí caminando junto a él.

Avanzamos por la arena, uno junto al otro, hasta dejar atrás el Paseo Marítimo y la zona colindante con el pueblo. Estaba anocheciendo, y ya no quedaba nadie en aquella zona tan apartada de la playa, delimitada por los altísimos barrancos y la zona de bosque. Eché una mirada disimulada hacia el lugar que habíamos dejado atrás; Julián iba a matarme después de aquello, y posiblemente mi hermano también. Me encerrarían en una jaula y no volvería a ver la luz del sol.

—Deberíamos dar la vuelta, si quieres —comentó Darío, que se había percatado de mi ojeada hacia atrás. Su voz no sonó en absoluto convincente, solo lo decía para hacerme sentir bien.

—¿Terminamos de ver la puesta de sol y luego damos la vuelta? —le planteé. Sin esperar respuesta, me senté en la arena y me abracé las piernas. Él no dudó en sentarse junto a mí. Los últimos rayos del sol acababan de perderse entre las olas y la luz, más tenue, convertía el mar en una balsa de plata.

—No se me ocurre un sitio mejor en el que estar ahora mismo —susurró, con la vista perdida en el horizonte.

—A mí tampoco —respondí. Pero yo no miraba al mar. Le miraba a él. Y él no tardó en darse cuenta de que tenía la mirada descaradamente puesta en él. Sonrió y se aproximó para retirarme algunos mechones que se habían escapado de la coleta y me los puso con parsimonia detrás de la oreja. Su rostro estaba ahora muy cerca del mío.

—Natalia... —susurró.

—Dime. —tragué saliva. Sabía lo que vendría a continuación.

—Necesito besarte. Es una necesidad. Hablo en serio.

—Te entiendo.

—¿Me entiendes? ¿Y qué opinas al respecto?

—Pues que no deberías dejar una necesidad insatisfecha.

—Eso mismo pensaba yo —articuló a duras penas, justo antes de posar sus labios en los míos.

Nos besamos, y para mí fue como si besara por primera vez. Los besos eran algo íntimo, algo que las sirenas no solíamos hacer. Solo había besado alguna vez a Julián, por mera curiosidad, más que porque sintiera algo al hacerlo. Quería saber qué se sentía al llevar a cabo aquel gesto en el que se compartía tanto con la otra persona, y al que tantísima importancia le daban en las películas. Todo solía empezar con ese primer beso. Pero evidentemente, antes de mi deseo, yo no sentía nada de nada. No entendía aquel afán por mostrar un simple intercambio de saliva. Y desde mi deseo no había besado a nadie, ni siquiera a Julián. Así que, por primera vez, estaba *sintiendo* un beso.

Vaya diferencia. Sentí que mi sistema sensorial estaba a punto de estallar; demasiada información que procesar. El contacto de sus labios húmedos en los míos, su cuerpo buscando la cercanía del mío, su mano sobre mi cuello evitando que pudiera alejarme de él. Poco a poco fue tumbándome en la arena, con su cuerpo muy próximo al mío. Olvidé dónde estábamos, olvidé todo lo que pudiera existir a mi alrededor, y me centré solo en aquel derroche de sensaciones que manifestaba mi cuerpo. Jamás hubiera podido imaginarme que pudieran sentirse tantas cosas solo con un beso. Ahora alcanzaba a entender porque los humanos le daban tanta importancia.

Me hubiera quedado aferrada a aquel beso durante mucho tiempo. Oía mi nombre, y tardé en darme cuenta de que alguien me estaba llamando. En el mundo real, no en el mundo en el que mi mente estaba ahora mismo; un mundo de nubes de colores, arcoiris y unicornios. Hasta podía oír la musiquilla de fondo, una melodía llena de optimismo. Y entonces esa voz lejana, como si procediera del fondo de un pozo, se coló en mi mundo de nubes de algodón y lo borró de un plumazo.

Era el plasta de mi hermano el que interrumpía mi momento de dicha. Tuve que separarme de Darío y erguirme para responderle.

—¿Qué quieres? —exclamé en su dirección, a varios metros de donde estábamos nosotros.

—¡Nos vamos! —respondió, y percibí en su tono de voz que no era un “nos vamos, ¿te quedas?”. Era más bien un “levanta el culo y muévete ya”. Obedecí, no veía otra opción.

Maldiciendo, despegué mi cuerpo del de Darío y me levanté.

—Bueno, ya ves, tengo que irme. —dije resignada.

—Quédate. Yo te acerco después a tu casa.

—No puedo. Tengo que irme —me encogí de hombros y comencé a caminar en dirección a mi hermano.

—Vamos, Natalia, no te vayas ahora —me rogó Darío. Me moría de ganas de quedarme. Pero sabía que si quería seguir viéndolo, si no quería que me pusieran escolta mañana y tarde, aquel era el momento de marcharse y mostrarse fría cual sirena. Los berrinches podrían despertar dudas.

—Lo siento, nos vemos mañana —respondí sin darme la vuelta. Si le miraba de nuevo era probable que me lanzara a sus brazos.

—Está bien, seguiré con el paseo. Solo y aburrido —farfulló, lamentándose, en un último intento.

Yo seguí alejándome de él, sin mirar atrás.

—¿Y Julián? —pregunté a mi hermano cuando llegué junto a él. Solo quedaban él y Lara. En lugar de responder, Álex señaló hacia el mar. Yo asentí, y me fijé en el cielo. Ya era prácticamente de noche. No quedaba nadie en la playa, más que un par de personas muy lejos de donde estábamos, y Darío, que también estaba ya a varios metros de nosotros, caminando en dirección contraria.

—Te veo en casa —dije, antes de lanzarme al mar. Un par de zancadas siempre eran suficientes para lograr suficiente profundidad mientras me transformaba. Me tiré de cabeza, ya transformada en sirena, y comencé a nadar mar adentro. Julián se había marchado solo y a aquellas horas. Temía que no le iba a encontrar de muy buen humor. No nos gustaba alejarnos de la orilla en plena noche. Apenas se veía nada, y no sabíamos qué peligros podíamos encontrarnos a oscuras en mar abierto.

Podía suponer adónde debía haber ido Julián a esas horas. Así que nadé veloz, cerca del fondo para poder orientarme. La disposición de ciertas rocas me guiaba, aunque ya conocía el camino, no iba a perderme.

El halo de luz en la superficie me confirmó que había llegado. Avancé en su dirección y salí a la superficie. No había vuelto a la cueva desde que nos marchamos de Zaroha. Y sin embargo, sabía que Julián estaba allí. Lo conocía lo suficientemente bien para saber que si algo le rondaba la cabeza, aquel había sido siempre el lugar perfecto para esconderse del mundo y encontrar la calma. Efectivamente, allí estaba. Apoyado contra la pared de piedra, con las piernas encogidas, me echó un rápido vistazo al sentirme llegar y volvió a retirar la mirada. Estaba visiblemente enfadado.

Subí por el hueco que permitía el acceso a la cueva desde el mar y me alejé del agua para que

mi cola de sirena desapareciese.

—Oye, ¿qué te pasa?

Sabía perfectamente lo que le pasaba. Pero me hice la loca, en el absurdo intento de que eso suavizara las cosas. Me senté junto a él y busqué su mano. La enlacé con la mía, y él no me rechazó. Al hacerlo, me fijé en mi anillo. Había pasado del azul al verde. Según la teoría de Alba, el azul claro tenía que ver con un estado más ansioso y excitado y el verde el estado más calmado. El que solía encontrar cuando estaba junto a Julián.

—¿Y ese anillo? —preguntó al seguir mi mirada.

—Es un anillo del humor.

—¿Y también te lo ha regalado él?

No pude evitar una carcajada. Julián me miró sin comprender.

—Acabas de sonar como un novio celoso.

—Sabes que no es así. No son celos.

—Ya lo sé.

—Pues no parece que sepas a qué estás jugando —se desprendió de mi mano y me señaló su reloj digital. —Te recuerdo que eres mi responsabilidad. Si te pasa algo, y yo lo he permitido, tu familia me mata.

—Lo sé —murmuré. —Pero no va a pasarme nada, te lo prometo.

—¿Cómo lo sabes? ¿Desde cuándo confías tanto en los humanos? ¿Cómo sabes que ese tío no es un Buscador? Con todo lo que hemos pasado Natalia, y tú te estás arriesgando por... no entiendo ni porqué... ¿por vivir nuevas experiencias? Hemos venido hasta aquí, alejándonos de los demás, corriendo ya un riesgo innecesario solo para cumplir un capricho tuyo. Pero dedicarte a salir a solas con un tío al que apenas conoces ya me parece demasiado.

Le dejé terminar. Su enfado era muy comprensible. Pero yo no podía explicarle la verdad. Porque en ese caso no me cabía ninguna duda de que me mandaría de vuelta a casa por correo express.

—Julián, vamos... solo... yo solo...

—¿Qué, Natalia, tú solo qué? ¿A qué juegas?

—Me cae bien ese chico, solo quería conocerle un poco más. No estoy haciendo nada malo.

—Conocerle un poco más, claro. Metiéndole la lengua hasta la campanilla. ¿Y después qué Nati, te acostarás con él?

—¿Y qué si lo hago? ¿O es que tú no te has liado con quién te ha dado la real gana?

—Es diferente.

—¿Diferente?

—Yo no corro los mismos riesgos que tú.

—Pero sabes lo que es, el vivir ese tipo de experiencias con otras personas. Si lo has hecho es porque te gustaba. Deberías al menos comprender entonces que yo también sienta curiosidad.

La curiosidad mató al gato, dicen. Nada que defina mejor esta situación.

—Julián... —rogué, mirándole con el rostro compungido. —Por favor, necesito que lo entiendas.

—No voy a entender que pongas tu vida en juego.

—Está bien. Solo le veré con ustedes cerca. En casa, puedo traerlo a casa.

—¿Y cuando estés en el hospital?

—Bueno, ahí nunca estamos solos realmente.

Él suspiró. Seguía sin estar convencido.

—¿De verdad sientes tanta curiosidad? ¿Qué crees que vas a encontrar, Nati? No hay ninguna diferencia con lo que tú y yo hacemos.

—¿Nada? ¿Y entonces por qué tú sí probaste con otras chicas?

—Ego masculino, supongo —se encogió de hombros. —Pero no me dieron nada que no me dieras tú. Absolutamente nada. —volvió a buscar el contacto conmigo. Pasó el brazo sobre mis hombros y me dio un beso en un lado de la frente.

Cerré los ojos y me acomodé en su pecho, el lugar que había sido mi cobijo en el mundo durante la última década.

—No quiero que te suceda nada, solo es eso. Haz lo que quieras. Pero que sepas que yo estaré cerca, siempre vigilante.

—Te quiero, Julián. —murmuré. Y en aquel momento estaba tan cómoda allí con él, los dos solos, con esa certeza que ofrece el conocer a fondo al otro, que realmente me di cuenta de cuánto le quería.

Ahora podía sentirlo de verdad.

—Y yo a ti, Nati. De esta patética manera en que podemos querernos, pero yo también te quiero a ti. Al menos sé que me ha tocado una auténtica compañera de viaje. No me puedo imaginar en una relación como la de tu hermano con Silvia.

—Lo sé. Tiene que ser terrible. Aguantarla desde que se despierta hasta que se acueste.

Ambos reímos, aunque no tardamos en murmurar <<pobre Álex>>.

Miré el reloj una vez más. Las tres de la mañana. No paraba de dar vueltas en la cama, incapaz de conciliar el sueño. Julián ya dormía desde hacía un par de horas. Yo había pasado un buen rato leyendo, luego había apagado la luz en un primer intento de dormirme, después había vuelto a ponerme a leer, y ahora llevaba de nuevo demasiado tiempo luchando contra el insomnio.

Me levanté, rendida ante la certeza de que no iba a poder conciliar el sueño. Estaba alterada, nerviosa por todo lo sucedido durante el día. El beso con Darío, la conversación con Julián...mi mente pasaba de una cosa a otra sin darme descanso. Tal vez una infusión me ayudaría.

Me deslicé escaleras abajo en silencio, rumbo a la cocina. La casa estaba completamente a oscuras. A tientas, llegué a mi destino. Tenía la mano sobre el interruptor de la cocina, a punto de encender las luces, cuando vi algo a través de la ventana de la cocina que daba a la zona del jardín donde estaba la piscina.

Había alguien en la piscina. Más bien, *algo*. Y ese algo debió olerme, o sentirme, porque se dio la vuelta y me miró directamente. Y lo que vi en aquel instante, me haría pasar los días posteriores sumida en una especie de shock traumático.

Y ese momento solo sería el inicio de mi caída a los infiernos.

Día 327 (- 3 días)

Para mi desgracia, recordaba todos los detalles de esa fatídica noche. Recordaba lo que vi, recordaba la necesidad de salir huyendo de allí, consciente de que lo que había visto ya era un hecho inevitable y lo único que podía hacer era huir lejos de allí. Recordaba perfectamente correr escaleras arriba, sin apenas rozar los escalones de lo veloz que iba, y que sin embargo me pareciera una eternidad la distancia que me alejaba de la fingida seguridad de mi cuarto. Recordaba también que al entrar cerré la puerta tras de mí y me dejé caer al suelo. Temblaba violentamente y estaba empapada en sudor. Lo que no recordaba es si yo llamé a Julián o si él me sintió, pero sé que se despertó, me levantó del suelo y trató de meterme en la cama. Tuve que impedirselo para ser capaz de alcanzar el baño y echar la cena por el desagüe. Después, todo comenzaba a nublarse, a volverse turbio y los sonidos se amortiguaban. Me alejaba del mundo exterior, me marchaba a algún lugar de mi mente en el que *eso* no pudiera hacerme daño.

Pasé mucho tiempo en este estado de letargo; aunque no sabría definir si habían pasado solo unos minutos, horas o días. A mí me pareció una eternidad. Durante todo el tiempo, sentí una

presencia continua junta a mí; en ningún momento estuve sola. Cuando intenté nadar hasta la superficie, alejarme de la zona oscura de mi mente, sentí una mano sobre mis cabellos, que los acariciaba con calma.

—Vamos, pequeña, lo estás haciendo muy bien. Tienes que volver... —le oí murmurar junto a mi oído, y por primera vez desde la terrible noche fui capaz de entender lo que me estaban diciendo. Es Julián. Todo el tiempo fue él. No se movía de mi lado. Me esforcé en ser capaz de abrir los ojos, pues su voz me daba la seguridad suficiente para intentar hacerlo sin temer lo que pudiera encontrarme al abrirlos.

Y efectivamente, al abrirlos, fue el rostro preocupado de Julián con lo primero que me topé.

—Quédate conmigo. Vamos, todo va a ir bien. —susurró, sin cesar de acariciarme el cabello. Vi el miedo que había pasado en sus ojos, y el alivio al percatarse de que estaba volviendo en mí.

Desafortunadamente, la sensación de alivio me duró poco. No tardé en recordar el motivo por el que pasé tanto tiempo en una nebulosa. Me estremecí de nuevo al recordarlo. Sin embargo, con la luz del día, parecía como si todo hubiera sido creado por mi imaginación. Una terrorífica pesadilla, sí, pero solo eso, una pesadilla. Dudé incluso de que viera realmente lo que creía que vi. Pero según iba recordando los detalles y las sensaciones me percaté de que era imposible que solo se tratase de una pesadilla.

—Lara... ella... la vi por la ventana de la cocina... —farfullé.

Julián se aproxima a mí con el ceño fruncido; no me ha entendido. Sin embargo, el sonido de mi voz es suficiente para que se abra la puerta de golpe y entre mi hermano. Reacciono bruscamente, alejándome de ellos y pegándome a la pared. Si ella viene con él...

—Tranquila, vengo solo. —cerró la puerta tras él y se aproximó despacio. —Lara me contó lo que sucedió. Yo... lo siento... si os hubiera explicado quién era, a lo mejor hubieras estado preparada para lo que viste...

Me relajé al convencerme de que ella no pretendía colarse en mi cuarto, y busqué el abrazo de Julián.

—Nada me hubiera preparado para lo que vi, Álex. Nada te prepara para eso. Aunque me expliques por qué come carne humana, que creo que empiezo a sospechar algo, eso no hubiera hecho más bonita la imagen que vi.

—Lo siento. Lo siento muchísimo, de verdad. No tuve otra opción que traerla —confesó, sin

ser capaz de mirarme a los ojos.

Me quedé callada, esperando que continuara.

—¿Recuerdas cuando fuimos a la isla y pedimos nuestros deseos a la Primera Sirena?

Asentí. Cómo no iba a recordarlo. Miré de reojo a Julián. Álex ya debía haberle contado nuestra aventura. Le maldije por haberme metido en semejante lío. Sin duda, Julián querría saber cuál había sido mi deseo.

—Yo pedí poder olvidar a Alba. A cambio, ella me pidió conocer como era nuestra vida humana.

—¿Ella? ¿Lara es la Primera Sirena? —vaya, ahora todo tenía sentido. Era imposible reconocerla en su versión humana. Cuando la vimos en la isla, era una sirena en su versión más primitiva. Con escamas en todo el cuerpo, y los rasgos del rostro también con más aspecto de pez que de persona. Supongo que ella, cuyos poderes no tienen límites, hizo con su aspecto lo que le dio la gana, con tal de pasar desapercibida entre los humanos.

—Efectivamente. Por eso está aquí, no es que yo me ofreciera solidariamente a hacer de guía turístico —respondió mi hermano, en cuyos ojos vi que mantenía la esperanza de que la nueva información lograra hacerme volver al mundo de los vivos. Y en parte sí, en parte saber quién era Lara hacía que la escena que había visto tuviera al menos algo de lógica. Pero no por ello iba a ser menos terrorífico haberla visto, cual caníbal, devorando a otra persona. Ahorraré los detalles, basta con mi propio trauma ante la imagen que viví.

—Pero Álex, lo que vi... es un asesinato... esa persona debía tener familia, le estarán buscando... —negué con la cabeza y escondí mi rostro entre las manos. Aquello era una auténtica locura, una pesadilla...

—Me prometió que indagaría antes de encontrar a sus víctimas. Que buscaría personas sin familia, solitarias...

A estas alturas yo ya había perdido la poca calma que había logrado conseguir instantes antes, y estaba llorando como una histérica. Julián me abrazó con fuerza, en un intento de sosegar me. Lo peor de todo aquello no era que Lara fuera a asesinar personas para poder alimentarse, puesto que esa era la forma habitual en que se alimentaban las sirenas primitivas. Ellas cantaban, desorientaban a los marineros y cuando se asomaban a cubierta, ellas los hundían hasta el fondo del océano y los devoraban. Pero eso era algo que siempre había sido así, formaba parte de su naturaleza y nadie podía hacer nada por evitarlo.

Sin embargo, el que Lara estuviera ahora allí, alejada de su hábitat natural, y tratando de

mantener en Zaroha su particular dieta, era culpa suya. Habían sido terriblemente egoístas al pedir sus deseos sin pensar en las consecuencias que pudieran derivar de ellos. Cuando fueron en busca de la Primera Sirena, ya sabían que la leyenda decía que ella siempre pedía algo a cambio. Cierto es que lo que ignoraban era que una vez allí frente a ella, con su deseo concedido, ya no había vuelta atrás. La Primera Sirena decidía cual sería el intercambio, y ellos no podían retroceder en ese momento, fuera cual fuera el precio a pagar.

—¿Y hasta cuándo va a quedarse aquí? —pregunté, y un largo suspiró acompañó mi pregunta.

Vi titubear a Álex. Retiró su mirada de la mía y la perdió en el suelo.

—¿Qué pasa? —insistí.

—Pues que se irá en cuanto termine tu tiempo. Dice que esperará hasta entonces, para no tener que venir de vuelta —respondió finalmente. —No sé a qué se refiere, no ha querido explicármelo.

Tragué saliva.

—¿No te dijo a qué vendría de vuelta?

—No. Me dijo que era elección nuestra confesar nuestros deseos. Que ella no podía hablar de ellos con nadie más.

—Vaya, qué profesional... —murmuré con ironía.

Álex se encogió de hombros.

—Lo siento, Nati, siento que hayas tenido que pasar por esto.

—No es culpa tuya. No debimos hacerlo, Álex. Sabíamos que habría consecuencias, y nos dio igual.

Durante toda la conversación, Julián permanecía en silencio. Yo esperaba que de un momento a otro se lanzara a hacer preguntas. Pero no llegó ese momento. En lugar de ello se levantó, disponiéndose a marcharse. Busqué su mirada, pero él rehuyó la mía.

—Voy a preparar algo de comer. Estarás hambrienta. —comentó sin mirarme. Salió por la puerta sin decir nada más.

—¿Vas a estar bien? —susurró mi hermano en cuanto nos quedamos solos.

—Lo estaré, sí. Lo superaré. No me queda otra opción. Yo también soy culpable de todo esto.

—Nati... las consecuencias de tu deseo... ¿tengo que preocuparme?

¿Tenía que hacerlo? Ni yo lo sabía. Me encantaba Darío. Adoraba su rostro, su cuerpo, su sonrisa y sus besos. Sentía mariposas en el estómago cada vez que le veía. De eso estaba segura. Pero no podía confirmar cien por cien si eso era amor. Miré a mi hermano, antes de responder. Él sí sabía lo que era estar enamorado, incluso había centrado su deseo en dejar de estarlo. Debía dolerle mucho su recuerdo para gastar algo tan grande como un deseo, en olvidarla. Pensé en eso, en si yo sería capaz de gastar un deseo para olvidar a Darío si él no estuviera interesado en mí. No estaba segura de la respuesta.

—No, no tienes que preocuparte —respondí finalmente a su pregunta, a pesar de que sabía que le estaba mintiendo. —Álex...cómo... de qué manera sabías que estabas enamorado de Alba...

Antes de que él respondiera, recordé una escena, hacía mucho tiempo, el día en que Alba se había transformado en sirena por primera vez. Me había dado la mano para que, a través de la conexión de nuestros pensamientos, yo pudiera sentir lo que ella sentía por Álex. Había sido su forma de explicármelo, cuando yo le había hecho una pregunta similar a la que acababa de hacerle a mi hermano.

—Podría explicártelo de forma muy teórica, y no creo que con eso puedas llegar a entenderlo. Por mucho que busques en google, si no lo sientes es imposible que lo entiendas. Y yo ya no sé explicártelo de una forma que no sea teórica.

—Ya no sientes nada... —murmuré. No sabría de qué iba eso del amor, pero lo que sí estaba claro es que era lo suficientemente importante como para que mi hermano y yo hubiéramos gastado nuestros deseos en algo relacionado con él. Mi hermano para olvidar lo que era el amor y yo para conocerlo.

—No, ya no siento nada. Y créeme, es mejor así. —sonrió, o trató de hacerlo.

Asentí. Era mejor dejar la conversación en ese instante.

—¿Bajamos a comer? Necesito tomar el aire.

Bajé de la cama de un salto. Realmente necesitaba coger aire. Me estaba ahogando.

11

Aquella misma noche no lograba conciliar el sueño. Tras haber estado en estado de letargo durante tantas horas, ahora que me sentía mejor me era imposible dormir. Había avisado a Darío de que me encontraba enferma y no podía ir a trabajar. Realmente tenía el cuerpo agotado, sin energía, como si estuviese enferma. Él se había mostrado preocupado y había insistido en pasarse por casa si necesitaba algo. Yo le prometí que descansaría, y le pedí que me pusiera guardia la noche del viernes. Así le haría compañía, pues él también tenía guardia al día siguiente. Se me agotaban los días y tenía que buscar la forma de estar con él más tiempo. Lara me había hecho perder un tiempo precioso en las últimas veinticuatro horas. No podía permitirme más días perdidos.

Fui al baño que teníamos dentro del cuarto y apenas tardé en salir, mientras me planteaba encender la luz de lectura para seguir leyendo un rato. Era absurdo esforzarme en intentar dormir.

Iba a colarme de nuevo en mi lado de la cama, junto a Julián, cuando un ligero movimiento en las cortinas me sobresaltó. De reojo vi que había alguien dentro de mi habitación, junto a la ventana. Iba a gritar, cuando mis ojos se encontraron con los suyos y eso detuvo mi grito. Me pidió con la mirada que no gritara. Y yo obedecí sin rechistar. Era incapaz de alejar mi mirada de la suya, pero con las manos tanteé el pecho de Julián, hasta llegar a su cuello. Mis manos se deslizaron con torpeza en busca de su pulso. Allí estaba, su corazón acelerado entre mis dedos. No le había hecho daño.

—Tranquila, aún no ha llegado la hora —comenzó a hablar Lara, con voz pausada. —Te quedan poco más de dos días. A ti para que se te vuelva a congelar el corazón y a mí para volver a la isla. Ha sido una visita realmente interesante.

—Eres un monstruo —rechiné entre dientes. La odiaba, odiaba aquel ser diabólico que tenía frente a mí, y odiaba aun más formar parte de su misma especie.

La oí estallar en carcajadas, y al cerrar sus ojos pude alejar los míos de ella. Me extrañaba que Julián no se hubiera despertado ya.

—Julián, despierta —le rogué mientras agitaba su cuerpo. Pero no obtenía respuesta.

—Tranquila, ya te he dicho que todo a su debido tiempo. Solo está dormido. Por ahora.

Volví a observar su rostro, para confirmar que solo dormía plácidamente. Las carcajadas regresaron.

—Se te acaba el tiempo. Pronto será demasiado tarde. Y no podrás hacer nada por evitarlo.

Vi cómo permanecía frente a mí, sin cesar de reírse. Su risa era histriónica, desagradable. Y entonces sentí el vacío bajo mis dedos, que instantes antes tocaban la piel de Julián. Miré hacia el lugar en el que su cuerpo descansaba segundos antes. Estaba vacío. Volví a mirarla a ella, que seguía de pie frente a mí. Solo que esta vez no estaba sola. Sostenía el cuerpo de Julián, aferrado con una mano bajo la barbilla, mientras el resto de su cuerpo yacía inerte, como un muñeco de trapo. El rostro de ella se transformó, hasta volver a ser el mismo que había vislumbrado la noche anterior a través de los cristales de la cocina. Un rostro que no era humano, lleno de escamas y con unos ojos verdes terroríficos. No podía retirar los ojos de su imagen espeluznante, no podía moverme. Traté de gritar, pero la garganta no me respondía. La vi abrir la boca y aproximarla al cuello de Julián. *No. No.*

—¡Nooooooo! —logré exclamar al fin. Grité a pleno pulmón. Y Lara desapareció de mi vista. También la imagen de Julián inerte.

—Nati, despierta, Nati... —oí la voz de Julián, que me llamaba, desde lejos. Abrí los ojos y me topé con su rostro, que me observaba, preocupado. —Era una pesadilla. Ya está, ya ha pasado.

Sí, había sido una pesadilla. Pero demasiado vívida. Y demasiado... comencé a sentir náuseas. Corrí directamente al baño a echar una vez más todo lo que tenía en el estómago. Y Julián esperó a que me calmase para cederme algo de intimidad, y en cuanto me deslicé por la pared del baño hasta el suelo y abracé mis piernas para ocultarme del mundo en ellas, ahí estaba él, junto a mí. Como lo estaba siempre. Un buen rato más tarde me acompañaba de vuelta a la cama. Le esperé mientras bajaba a buscarme un vaso de leche fría y me lo tomé en silencio bajo su mirada preocupada.

—Podemos irnos de aquí —comentó después de un buen rato en el que no había abierto la

boca. —Podemos volver a Galicia, o si te empeñas en seguir aquí podemos irnos a otro sitio; podríamos alquilar un apartamento, no sé... solo quiero que estés bien.

Busqué su mano entre las sábanas y la enlacé con la mía.

—Siempre estás ahí —murmuré mientras apoyaba la cabeza en su hombro. Sabía que era el papel al que estaba destinado como Guardián, que era algo impuesto por nuestra sociedad el que me protegiera y me cuidara. Y sin embargo, ahora que mi corazón se había descongelado veía tanta ternura en cada uno de sus gestos, tanta preocupación auténtica...

—Y siempre voy a estarlo. Aun cuando te pones en peligro para pasar un rato con el engreído ese.

Sonreí. Y sin saber que me arrastró a ello, busqué sus labios con ansias. Él me siguió la corriente y me besó despacio, con dulzura, como yo necesitaba que lo hiciera tras todo lo que había pasado.

No tardé en quedarme dormida en sus brazos. Y allí, al fin, pude descansar sin que las pesadillas perturbasen mis sueños.

Día 328 (- 2 días)

Desperté al día siguiente más descansada y algo más relajada. Esperé a que Julián se despertase; no iba a salir de mi habitación sola, aún tenía miedo a cruzarme con Lara. Así que me acurruqué entre sus brazos y cerré los ojos de nuevo. Estuve así, adormecida, hasta que el sonido del timbre me devolvió de nuevo a la vigilia con brusquedad. Extrañada, busqué mi móvil sobre la mesilla y miré la hora: las diez y media de la mañana. Volví a tumbarme. Que abriera Álex. Yo no pensaba vestirme y bajar corriendo, a saber quién estaría llamando al timbre tan temprano.

Escuché desde mi posición de letargo los pasos que se aproximaban a la puerta, que la abrían y el silencio en espera de que la persona que había tocado llegara a la puerta de entrada. Me faltó tiempo para saltar de la cama cuando escuché la voz de la persona que acababa de llegar saludando a mi hermano.

—Julián, despierta, vamos — le sacudí con brusquedad. Julián se estiró con parsimonia mientras yo corría por la habitación en busca de algo de ropa. Le tiré unos pantalones cortos y yo localicé una camiseta de tirantes para mí. Mientras me la ponía seguía apresurando a Julián, que

no reaccionaba.

—Vamos, ha venido Darío, date prisa por favor. Ponte eso al menos.

Me miró extrañado al nombrar a Darío. No entendía qué hacía allí. Yo tampoco, pero lo que sí sabía es que no quería que nos encontrara a Julián y a mí en la misma cama y en ropa interior. Ni aunque le recordase que era mi primo iba a colársela. Podía sonar muy incestuosa la situación.

Apenas nos dio tiempo a que Julián se pusiera el pantalón y yo terminara de vestirme con un short, cuando tocaron a la puerta. Salté a la cama y me tapé hasta el cuello. Se suponía que no había ido a trabajar porque estaba enferma. Julián se quedó clavado en medio de la habitación, sin saber dónde colocarse o qué hacer.

—Nati, ¿se puede? —preguntó mi hermano desde el otro lado de la puerta. Nos estaba dando tiempo.

—Sí, Álex, pasa.

Álex abrió la puerta ligeramente, lo suficiente para asomarse él a otear la situación.

—Ha venido Darío a ver cómo te encuentras. Ya le he dicho que puede ser contagioso, pero insiste en que a estas alturas él no va a tener miedo a una gripe —con una inclinación de cabeza me preguntó si era apropiado que le dejara pasar. Yo asentí.

—Claro, una gripe no es nada para él —sonreí.

Álex terminó de abrir la puerta y vi a Darío junto a él, cargado con su maletín, cosa que me sorprendió, puesto que no entraba a trabajar hasta por la tarde.

—Hola, enferma. —susurró tras dedicarme una enorme sonrisa. Iba a acercarse a mí cuando vio a Julián, y se detuvo.

—Tranquilo, yo ya me iba —dijo Julián y levantó las manos como si tratara de mostrarse inocente de un delito que acababan de adjudicarle. —Solo vine a ver cómo estaba.

Antes de cerrar la puerta, se giró, indeciso.

—Avísame si necesitas algo.

Asentí en silencio, y sin entender muy bien el motivo, me sentí como si le estuviera

traicionando.

Claro que Darío hizo que pronto me olvidara de esa desagradable sensación. Se sentó a los pies de mi cama y me acarició la mano.

—¿Cómo te encuentras?

—He tenido días mejores —sonreí. —Pero hoy estoy mejor. Esta noche te haré compañía en el trabajo.

—¿Estás segura? No deberías precipitarte, si es gripe...

—Es un simple resfriado, de verdad. Estoy mejor.

Lo vi abrir el maletín y sacar un estetoscopio.

—¿Puedo? —preguntó tras colocarse el estetoscopio.

Asentí. No tenía muchas opciones.

Se acercó a mí y comenzó a auscultarme. Y con cada roce de sus dedos en mi piel se me iba acelerando cada vez más el corazón.

—¿Está nerviosa, enfermera Vega? —susurró y vi cómo contenía una sonrisa.

—Me estás poniendo nerviosa.

—La estoy poniendo nerviosa... ni que fuera la primera vez que la auscultan.

Él siguió examinándome y yo me quedé quietecita, obedeciendo sus instrucciones y procurando que no se me saliera el pecho por la boca.

—Estás bien, no noto nada que deba preocuparnos —guardó el material de vuelta a su maletín. —Aunque sí sería conveniente que al menos hoy descansaras. Mañana ya estarás perfecta.

—No, me encuentro bien. Tomaré paracetamol antes de salir y listo. —No entiendo tanta prisa con incorporarte. Ya has echado muchas horas desde que llegaste, no pasa nada porque descanses un par de días.

—Muy bien, descansaré. Siempre y cuando tú te quedes aquí cuidándome —tiré de sus manos hacia mí.

—Nada me gustaría más —susurró. —Aunque me temo que hoy me necesitan en el hospital. Pero... aún quedan varias horas para eso.

Apenas le dejé terminar la frase. Me incliné hacia él y le besé. Me encantaban las sensaciones que me producían sus besos y caricias, sensaciones totalmente nuevas para mí. Me sorprendía cómo bastaba con que sus dedos se deslizaran por mi cuello para hacerme estremecer. Todo era nuevo, me sentía totalmente novata, como si fuera mi primera experiencia con un chico. Y lo era, en cuanto a sentimientos lo era.

Y por eso precisamente no quería correr. Seguimos besándonos, hasta que sentí su mano buscar bajo mi camiseta. Sí, éramos adultos. Pero yo quería emocionarme en el proceso, vivirlo despacio. Además, sabía que no por ir más rápido iba a lograr que se enamorase de mí. Tal vez lo contrario. Y si como había dicho Alba, y me habían confirmado en los pasillos del hospital, Darío era un mujeriego, si le permitía hacer yo no sería sino una conquista más en su larga lista.

Así que tomé su mano, que ya había alcanzado mi pecho y la deslicé hacia abajo. Él dejó de besarme y me miró como buscando una explicación.

—Las paredes de esta casa tienen oídos.

—No haremos ruido... —murmuró y volvió a besarme y a deslizar las manos bajo mi pijama.

—No hay prisa —sonreí mientras volvía a detenerle. —Y recuerda que estoy enferma...

Eso le hice detenerse de inmediato. Colgó sus manos de mi cintura y volvió a besarme.

—Me gustas tanto, Natalia, tanto... —susurró antes de darme los últimos besos.

Suspiré. Eso era justo lo que necesitaba oír.

12

Pasé las primeras horas de la jornada esa misma tarde sin un respiro. Una consulta tras otra, sin descanso, lo cual me vino bien para tener la mente ocupada. Eran cerca de las dos de la mañana cuando al fin el ritmo decayó, y mi compañera insistió en que fuera a descansar un rato. Me eché sobre la camilla de nuestra sala del café, tras encender la cafetera. Iba a necesitar un café bien cargado. El trastorno de sueño de los dos últimos días me tenía hecha un harapo. Me tumbé de lado en la camilla y cerré los ojos. Estaba agotada.

Debí quedarme dormida, porque lo siguiente que noté fue un hormigueo en los labios. La sensación se coló en mis sueños, y soñé que me besaban. Un beso suave, sin prisas. Me gustaba la sensación, pero quería saber quién me besaba. Abrí los ojos, pero no llegaba a ver quién era el dueño de los labios que seguían besándome, a pesar de que no respondiera al beso.

Abrí los ojos, y vi que no era un sueño. Me estaban besando. Darío había entrado en la sala y aprovechando que yo me había quedado dormida, me estaba obsequiando con un desfile de suaves besos, de contacto de sus labios con los míos. Suspiré y me aferré a su cuello, atrayéndolo hacia mí. Besaba de maravilla.

—Mi bella durmiente... —susurró.

Sonreí, entre beso y beso, y me erguí en la camilla. Separé las piernas y dejé que él se colocara entre ellas. Sin pensárselo dos veces, me quitó la parte de arriba del uniforme con manos apresuradas.

—No deberíamos, aquí no...- murmuré, aunque mis palabras se ahogaron en sus besos incansables. Sus manos comenzaron a deslizarse por mi cuerpo, buscando bajo mi sujetador. No eran caricias delicadas, era frenesí, era deseo descontrolado. Y me gustaba, me gustaba él, me gustaba la pasión que derrochaba. Pero no era lo que yo necesitaba de él. Yo quería enamorarme, disfrutar de cada emoción vivida por un simple beso, por sentir sus manos entrelazando las mías, sus palabras bonitas endulzándome el oído.

Apenas nos conocíamos, no era mi intención tener sexo con él. Aún no. Y menos allí. No era el lugar, no estaba cómoda, sabiendo que podía entrar alguien en cualquier momento.

—Darío... no... —insistí, y esta vez traté de apartarle. No me apetecía seguir, no allí, no así. Había planeado más escenas bonitas entre nosotros, y aquello estaba yendo demasiado rápido. Pero él no parecía estar pillándolo.

—Vamos Natalia, me vuelves loco... —murmuró a mi oído.

Cuando trató de colar la mano bajo mi ropa interior, dejé de ser sutil. Lo empujé hacia detrás con fuerza y le miré a los ojos.

—No me toques —ordené. Él obedeció inmediatamente a mi orden. Y a mi me pareció terriblemente triste tener que usar mis poderes para que se detuviera. —Déjame en paz.

Salí de la estancia dejándole allí, de pie y sin reaccionar. En cuanto me alejara de él, volvería a la normalidad. Y no recordaría lo sucedido. Mejor así. Pero yo sí lo iba a recordar. Y estaba convencida de que allí acababa lo mío con él. Tal vez, en otras circunstancias, me habría enamorado de él. Tal vez incluso me habría dejado llevar por la situación, y hubiéramos llegado hasta el final. Tal vez. Pero el dilema que estaba surgiendo en mi interior no daba opción a ponerle las cosas fáciles a Darío. Y él acababa de meter la pata hasta el fondo.

Salí a despejarme al exterior del edificio. Necesitaba coger aire. A aquellas horas de la madrugada no había ni un alma en el jardín de acceso al edificio. Me senté en uno de los bancos, a la tenue luz de una farola, y comencé a llorar. No tenía que haber pedido el maldito deseo. Lo había estropeado todo. Había rechazado mi tranquila y reconfortante vida por un capricho. Y ahora... ahora no sabía cómo iba a terminar todo aquello. Lágrimas comenzaron a rodar por mis mejillas, y me sorprendí por la cantidad que había derramado en tan poco tiempo. Más de las que había derramado en el resto de mi existencia. Y es que, antes de que mi corazón se descongelase,

rara vez lloraba. Ahora me había vuelto una llorona.

Sentí que alguien se aproximaba desde la zona de aparcamientos. Alguien que venía a toda prisa. Le observé desde la lejanía, desconcertada, y me puse en pie de un salto. Una urgencia, sin duda. Pero según se iba acercando más, reconocí su familiar rostro.

—¿Estás bien? —preguntó cuando aún le quedaban unos metros para llegar junto a mí.

Tragué saliva. Como afortunadamente, hasta hoy, nunca había corrido ningún peligro, no me había visto en la tesitura de que él tuviera que acudir en mi ayuda. Me había olvidado por completo de que él y yo estábamos conectados desde la noche de eclipse; mediante un ritual, se crea un vínculo entre Sirena y Guardián, de manera que ante cualquier peligro, el Guardián pueda percibir lo que la Sirena está sintiendo, y pueda acudir en su encuentro, sin necesidad de avisarle mediante la pulsera de localización que siempre llevábamos las sirenas.

Llegó hasta mí y se paró en seco, boquiabierto. Creo que no sabía muy bien cómo actuar ante mi expresión y mis lágrimas. Vi sus puños cerrarse con fuerza y me sequé las lágrimas, en un intento de recomponerme.

—¿Qué te ha hecho? —dijo finalmente con la voz ronca. Julián nunca se enfadaba, era la alegría personificada. Y sin embargo, su rostro estaba cargado de ira en aquel momento.

—No me ha hecho nada. Tranquilízate, por favor —rogué. Mi súplica surgió efecto, y conseguí que sus puños se aflojaran. Se sentó junto a mí y yo no pude evitar buscar el calor de su cuerpo. Me abracé a él y dejé que me rodeara con sus brazos.

—¿Seguro que estás bien? —susurró. Iba a decirle que sí, aunque fuera solo para tranquilizarle, pero mis ojos fueron a parar a mi mano derecha, apoyada en aquel momento en su cintura.

Azul oscuro.

Nunca un color fue un símbolo tan trágico, tan desgarrador. Ni en la peor de mis pesadillas hubiera esperado que pudiera ocurrir.

—Sé lo que pediste a la Primera Sirena. Y me duele verte sufrir por ello —murmuró entre mis cabellos. Un escalofrío me recorrió todo el cuerpo. Aquello no debía estar pasando. Y sin embargo, estaba sucediendo. Allí estaba yo, debatiéndome entre las ganas de salir huyendo de allí y mi necesidad de quedarme para siempre entre sus brazos.

—Ahora mismo lo de menos es mi sufrimiento. Lo que hice va a traer graves consecuencias

—confesé. Tenía que alejarme de él, tenía que hacer desaparecer aquel sentimiento en dos días. Dos días.

—¿Te refieres al cambio? ¿A lo que ella te pidió a cambio de tu deseo?

Dudé. ¿Se lo contaba? ¿Me sinceraba y le decía que enamorarse en mi caso podía ser lo peor que me hubiera sucedido en la vida? ¿Le explicaba cómo él saldría afectado por todo aquello?

No, no podía. Todavía no. Tenía que pensar en frío, buscar una solución. Tenía que existir una salida.

—Te lo contaré pronto. Pero antes necesito averiguar si hay forma de evitar los daños. Tengo que hablar con Lara.

—¿Seguro que quieres hablar con ella?

—Es necesario.

—Está bien, pero déjame al menos acompañarte, no quiero que lo hagas sola.

—Debo hacerlo sola. Estaré bien, tranquilo.

Le miré a los ojos, preocupados por mí, y pensé que ya ni Lara, ni Darío, ni nadie, podría hacerme más daño del que me iba a causar yo misma.

Procuré no cruzarme con Darío más durante la noche. No le tenía miedo. Con el “déjame en paz” que había pronunciado, probablemente no volvería a acercarse a mí nunca más. No había realizado un hechizo efímero al decírselo. Lo había hecho de la manera en que realizamos los hechizos permanentes. A pesar de la innegable atracción que sentía por él, me daba cuenta de que nunca sería más que eso. Vana atracción. Estaba enamorada de otro. Y había tardado demasiado en darme cuenta de ello.

Llegué a casa al amanecer, completamente agotada, y fui directa al cuarto de invitados. Toqué a la puerta y esperé, mientras me frotaba las sienes en un intento de procurarme un último resquicio de energía para enfrentarme a Lara. No podía acostarme hasta que lo hiciera. No tardó en abrir la puerta, y al encontrarse con mi rostro me dedicó una cínica sonrisa.

—Vaya, qué agradable visita. ¿Vienes a invitarme a un vaso de...? —se detuvo a pensar, sin retirar la maldita sonrisa. Estaba controlando las ganas de usar mis poderes contra ella. Lástima que sabía que no servirían de nada. —¿Cómo se llama esa bebida de color horrible y sabor

amargo en la que ahogáis las penas los humanos?

—Se llama café. Y no, descuida, lo último que pretendo es tomar un café contigo.

—No pretenderás entonces que te pida perdón porque me pillaras saciando mi apetito.

Miré hacia el techo y respiré hondo. *Cálmate Nati, así no conseguirás nada.*

—No. Solo venía a decirte que no puedo cumplir las normas de nuestro acuerdo.

—¿Disculpa? —respondió, mirándome con auténtica incredulidad.

—Pues que te pedí un corazón para enamorarme como una humana, de un humano, de alguien que pudiera sentir lo mismo por mí que yo por él.

—No matices. Tu deseo fue así: *quiero ser capaz de enamorarme*. Y yo te lo concedí. Así que ahora, tendrás que cumplir con tu parte.

—No, sabes que no puede ser. No tiene ningún sentido —negué con la cabeza.

—Pues claro que lo tiene. De quién decidas enamorarte no es cosa mía. Y ahora, déjame disfrutar de mis últimos días aquí.

Sin darme más tiempo a explicaciones, me cerró la puerta en las narices. Yo me quedé en la misma posición sin moverme, sin ser capaz de tomar aire siquiera. Intentaba asimilar lo que significaba todo aquello. Lo que podía suponer que tuviera que cumplir con el trato a pesar de todo. Y sin embargo, seguía pensando que debía existir una forma de evitar la catástrofe. Necesitaba hablar con alguien, explicar lo sucedido, y que ese alguien pudiera darme una perspectiva más eficaz que la mía en aquel instante. Yo estaba tratando de controlar mis ganas de llorar, de patear, de gritar y de lamentarme. De hundirme y desaparecer. Pero no podía hacer nada de eso. Él estaba en peligro, y eso era lo único que me mantenía entera, sin perder aún la cordura.

Busqué el teléfono de Alba y la llamé, mientras bajaba de nuevo las escaleras. Julián debía estar durmiendo aún, después de haber tenido que salir corriendo en medio de la noche. Pensé en lo que daría por acostarme ahora junto a él, agotada como estaba, y hacer como si nada malo estuviera a punto de ocurrir. Pero no podía. Tras un par de tonos, Alba respondió a la llamada.

—¿Nati? —preguntó con voz soñolienta. Miré mi reloj. Las 8.30. Y Alba estaba de vacaciones, no tenía que levantarse a esas horas.

—¿Te he despertado?

—Pues... sí, un poco. ¿Qué sucede?

—Necesito hablar contigo, es importante.

—¿No puede esperar a eso de las 10 de la mañana, no? —respondió entre bostezos.

—No, Alba, no puedo. —No iba a poder hablar mucho más por teléfono. El nudo en mi garganta estaba a punto de desatarse, y cuando lo hiciera ya no habría manera de parar todo el dolor que estaba conteniendo.

—Vale, tranquila. ¿Quieres que vaya a tu casa? —algo debió percibir en mi voz, pues la suya sonó entonces alarmada.

—No, si no te importa, prefiero ir yo a la tuya.

—Claro, aquí te espero. Iré preparando café.

Día 329 (- 1 día)

Durante el trayecto hasta su casa no pude controlar más mis emociones. Las lágrimas comenzaron a salir atropelladamente y ya era imposible frenarlas. Escocían, en mis ojos irritados por la falta de sueño. Pero más dolía el corazón. Me dolía tanto que pensé que podría morir de dolor allí mismo. Supuse que ese músculo delicado, tan frágil en mi caso, que nunca antes había sido usado, podría romperse de sobreesfuerzo ahora. Traté de calmarme mientras aparcaba frente al apartamento de Alba, pero cuánto más lo intentaba, más lloraba. Cuando mi amiga me recibió, su sonrisa se transformó en un gesto de preocupación en cuanto se percató de mi sufrimiento.

—Nati qué... ¿qué está pasando? ¿Te han hecho daño?

—No, bueno sí, Darío, pero no... —balbuceé, incapaz de ordenar mis palabras. Me abrazó, y el cálido gesto provocó una nueva marea de lágrimas.

—¿Qué te ha pasado? —preguntó Álvaro, que aparecía entonces en el descansillo, con el pelo revuelto y los ojos soñolientos.

—Nati, tienes que contarnos qué te ha hecho —sentenció Alba, que parecía haber pasado de la preocupación al enojo.

—No, él... Sí, intentó sobrepasarse conmigo, pero eso no... —trataba de explicarme, pero las lágrimas me ahogaban.

—Voy a matarlo, será hijo de... —farfulló Álvaro, al tiempo que se ponía una camiseta que tenía colgada en un perchero junto a la puerta.

—¿Qué te ha hecho, Nati? —preguntaba Alba con urgencia. —Llamaré a la policía.

Al fin, al ver a mis amigos, uno a punto de salir por la puerta dispuesto a arreglar las cosas de la manera en qué solía hacerlo cuando era un crío, y la otra ya con el teléfono en la mano para llamar a la policía, logré recuperarme lo suficiente para hablarles con claridad.

—¡Parad, los dos, por favor! No es Darío quien me preocupa. No pasó nada con él. Intentó pasarse conmigo, pero le detuve, y no volverá a acercarse nunca más. No es eso. Es Julián. Corre peligro.

Los dos se detuvieron y me miraron confundidos.

—Solo necesito que me escuchéis, ahora mismo no podéis hacer nada más —volví a sollozar. Me sentía como una niña con una pataleta, con mis lágrimas de cocodrilo cayendo sin poder hacer nada por detenerlas.

Alba soltó al fin su teléfono y volvió a abrazarme.

—Vale, tranquila. Sea lo que sea lo que está sucediendo, te ayudaremos. ¿Te tomas un café entonces?

—Sí, por favor.

Alba me acompañó a la terraza, mientras indicaba a Álvaro con la cabeza que se encargara del café. Salimos fuera y logré tranquilizarme un poco gracias al aire fresco procedente del mar. Nos sentamos muy juntas, y me dejé abrazar por ella. Necesitaba consuelo, necesitaba que aliviaran el dolor que sentía.

—Duele, Alba, duele tanto... Y que yo conozca el fármaco que puede aliviar cada dolencia, y no haya ninguno para esta...

—¿Qué te duele? Estoy perdida Nati, vas a tener que explicarme qué sucede para que pueda ayudarte.

—El corazón, me duele muchísimo... siento como si fuera a explotarme de un momento a otro.

Alba esbozó una sonrisa.

—Querías saber lo que se siente... pues ahí lo tienes...a veces duele muchísimo. Otras la sensación es bastante más agradable. Pero sentir todo eso es vivir.

—No, Alba, no de esta manera, ojalá nada de esto estuviera pasando, ojalá no hubiera pedido ese deseo.

Sentí que ella me cogía la mano, y sus dedos envolvían mi dedo corazón, donde tenía el anillo del humor que ella me regaló.

—Azul oscuro... —comentó mientras acariciaba su superficie.

—Exacto.

—Entonces, finalmente, Darío consiguió enamorarte...

—Ojalá. Pero me temo que no es Darío de quien estoy enamorada.

—Julián... —murmuró Álvaro, mientras dejaba en la mesa frente a nosotras una bandeja con humeantes tazas de café y me ofrecía un pañuelo. Me sequé las lágrimas y asentí en silencio.

—Vaya, eso es... —comenzó Alba. —es estupendo. No me sorprende en el fondo. Siempre supe que vuestra relación no era como la de los demás de nuestra especie, es genial...

—No, no lo es. Debería serlo, pero no lo es —negué.

—Has dicho que él estaba en peligro —asintió Álvaro, que era de los tres el que parecía mantenerse más alerta, más atento a lo que yo tenía que contarles que a mis emociones disparadas.

—La Primera Sirena no regala deseos a cambio de nada. Ella te da lo que quieres, pero a cambio siempre te pide algo. Nunca sabes lo que va a pedirte. Puede ser cualquier cosa, y una vez que tú has pedido tu deseo, ya no hay vuelta atrás. No puedes rechazar lo que ella te pide a cambio, no puedes negarte. Por eso cuando le pides un deseo, tiene que ser algo que desees con todas tus fuerzas, algo que necesites tanto que no te importe ceder cualquier cosa a cambio. Yo le pedí que me descongelara el corazón —suspiré, antes de comenzar con el resto de la historia.

—Ahora entiendo este río de lágrimas —comentó Álvaro, y volvió a tenderme un nuevo pañuelo.

—Y ella lo hizo... y me dio trescientos treinta días para enamorarme. Me dijo que si lograba

enamorarme y que ese amor fuera correspondido me mantendría para siempre el corazón descongelado. Pero si ese amor no era correspondido... —volví a ahogarme en lágrimas. Pronunciar lo que sucedería entonces, en voz alta por primera vez, provocaba que fuera real, muy real. Estaba pasando. No era una pesadilla de la que despertaría.

Tomé aire antes de decirlo. Seguía pensando que aquello tenía que ser un error.

Había estado muy tranquila los últimos meses, convencida de que si me enamoraba sería de alguien que me correspondiese, alguien con quien comenzara una bonita historia de amor. Lo que pretendía que hubiera sucedido con Darío. Pero evidentemente nada había salido cómo esperaba. Me planteé si algo hubiera cambiado de no sentir lo que sentía por Julián. No estaba segura. Tal vez me hubiera dejado llevar y no le habría cortado el rollo a Darío la noche anterior. Tal vez. Pero sin duda, ese tipo de comportamiento, el no frenar cuando le estaba diciendo que parase, de una u otra manera se hubiera visto reflejado en su forma de ser. Con Julián jamás me habría pasado algo así. Nunca, ni con la confianza que teníamos, si yo le dijera alguna vez que se detuviese, sabía con total certeza que él lo habría hecho. Y por cosas como esa le quería tanto. Porque me respetaba, me cuidaba, me trataba bien, me hacía reír y podía conversar sobre cualquier cosa con él. Por eso no me había dado cuenta antes de mis sentimientos. Yo esperaba el chispazo, los fuegos artificiales, las mariposas en el estómago. Pero Julián y yo llevábamos una relación demasiado larga como para que yo sintiera eso ahora, no al menos de la manera instantánea y repentina en que yo esperaba que ocurriese. Fue el dolor y la angustia de la pesadilla en la que veía como Lara se lo llevaba la que me generó la voz de alarma. El darme cuenta de lo duro que sería vivir la vida sin él, y de que tampoco quería vivirla junto a otra persona. Cuando tras la pesadilla vomité en el baño y él vino una vez más a sentarse junto a mí, a estar ahí como lo había hecho durante todo el tiempo que estuve inconsciente, me di cuenta de lo importante que era para mí, de lo feliz que me hacía estar con él. Estaba enamorada de él, pero no me había percatado antes de las señales.

—¿Qué sucederá, Nati? Porque si estás enamorada de Julián, entiendo que tu amor no será correspondido... —murmuró Alba, en voz muy baja, y me llevó de vuelta al presente. Su voz sonó asustada. Ella también temía mi respuesta.

—Si mi amor no es correspondido, la persona de la que me enamore...será para ella —farfullé finalmente.

—¿Para ella?¿Y qué pretende hacer con él? —preguntó Álvaro, que parecía no entender mi respuesta.

—No lo sé —suspiré. —Lo mejor que puede pasar es que pretenda llevárselo de esclavo, algo que suelen hacer las sirenas de la isla con los humanos.

—¿Y lo peor? —insistió Álvaro. Miré a Alba, que me devolvió una mirada llena de

preocupación. Ella tenía que haber escuchado ya historias, historias para no dormir sobre ese grupo sanguinario de sirenas que rechazaron el contacto con los hombres y continuaron viviendo de manera primitiva a día de hoy.

—Pues cuando se aburren de ellos o simplemente cuando tienen hambre... los devoran.

Los ojos de Alba se tornaron acuosos. Estaba luchando con todas sus fuerzas contra sus ganas de echarse a llorar. Álvaro ocultó el rostro entre las manos.

—Joder... —murmuró.

Tragué saliva. Necesitaba una salida.

—¿Hay alguna forma de dejar de estar enamorada? Pero por la vía rápida, solo me queda el día de hoy para que se termine mi tiempo...

Álvaro alzó el rostro y dedicó una mirada de preocupación a Alba. Genial.

—¿Una vía rápida? —repitió Alba.

—No creo que exista tal cosa... —murmuró él, que seguía con la mirada puesta en Alba, como si esperase que ella pudiera dar con la respuesta. Tardé en darme cuenta del motivo de que esperase su respuesta. Alba había pasado de estar enamorada de mi hermano Álex a darse cuenta de que realmente estaba enamorada de Álvaro en cuestión de días. Si alguien podía darme una respuesta, esa era ella. Sin embargo Álvaro... dudo que él hubiera estado enamorado de nadie antes de Alba. Antes de ella, iba de flor en flor, sin dejar ni un ápice de sus sentimientos en esos devaneos.

—No me miréis así. No creo que sucediera en cuestión de un día, ni de dos. Fue un proceso lento... fui perdiendo confianza en tu hermano, desencantándome, al tiempo que este que está aquí iba ganando terreno —respondió, al verse acorralada por nuestras miradas.

—Y mira lo que conseguí, que ahora me llame “este” —farfulló él con una sonrisa de medio lado. Alba le dio un empujón y yo sentí un nudo en el estómago al ver la conexión que seguía existiendo entre ellos. Sentía envidia, auténtica y pura envidia al darme cuenta una vez más de que yo nunca podría tener algo así.

—Y entonces... ¿qué puedo hacer? —imploré, para ellos y para mí misma.

—Sirenas y Guardianes... ¿Sois muchos, no? ¿Y si hablas con los tuyos y os enfrentáis a ella?

—Eso es una locura. Nos mataría a todos. Ella es invencible.

—Tiene que tener un punto débil. Todos los malos lo tienen. —susurró Álvaro.

—El mismo que el de las demás, supongo. Alejarla del mar, eso le haría perder fuerzas. Pero para eso primero habría que conseguir arrastrarla al interior. Lo cual también sería imposible.

—Tiene que haber una salida... —intervino Alba.

Los tres guardamos silencio. No había salida posible, o al menos nosotros no la encontrábamos.

Diez minutos más tarde, y casi sin despedirme, salí huyendo del piso de Alba. Si no teníamos una salida inmediata para que yo me desenamorara de Julián, tendría que intentar que él se enamorara de mí, como Álex lo había hecho de Alba.

Avancé por el camino de tierra hasta la pequeña casita donde vivían los bisabuelos de Alba. Ellos se habían negado a abandonar Zahora cuando los demás huimos de allí para alejarnos de los Buscadores. Al fin y al cabo, ellos no llamaban en absoluto su atención. Eran dos ancianos que vivían en una casa de pescadores a orillas del mar. Hacía mucho que habían tomado la decisión de vivir una vida humana. Los meses, y luego los años, sin transformarse, habían provocado que las arrugas dominaran sus rostros y sus cuerpos hubieran tendido a encorvarse hacía ya mucho tiempo. Pero no solo eso. Sus corazones estaban descongelados.

Álex y yo les adorábamos. Y cada vez que iba a verles, como aquel día, me recibían con abrazos sinceros con olor a canela. Era una sensación tan agradable, tan de estar en casa, que por un instante tuve la sensación de que lo que estaba sucediendo, el motivo por el que había ido a visitarles, no era real. Algo tan terrible no podía estar sucediendo en un mundo tan cálido.

Tras los abrazos, Sofía me hizo sentarme a la mesa de la cocina, y enseguida comenzó a calentar agua, cuando le dije que no podía tomar más café esa mañana. Ya estaba demasiado atacada, como para añadir más cafeína. A pesar de no haber dormido en toda la noche, no tenía sueño.

—¿Cómo va el trabajo en el hospital? —preguntó Juan, que se había acomodado en su silla habitual.

—Bien, muy bien. Estoy muy contenta, la verdad.

—Me alegro, cariño. Pero...¿qué es lo que te tiene tan preocupada entonces? —murmuró Sofía. Se sentó junto a mí y tomó mi mano entre las suyas. No se le escapaba ni una. Respiré hondo y busqué las fuerzas suficientes para volver a contar la historia de mi peor pesadilla, por segunda vez en la mañana.

Ellos me escucharon con atención y sin interrumpir hasta que terminé.

—He sido tan egoísta... —sollocé —ahora él tendrá que entregar su vida por mi caprichoso empeño en querer enamorarme...

—Tú no podías imaginarte que el trato fuera a ser ese —trató de consolarme. —Estas son las cosas que suelen aprenderse con los años y la experiencia. Cosas como que no deben hacerse tratos con la Primera Sirena. Rara vez sale uno beneficiado; lo que se suele entregar a cambio siempre es mucho más importante que el deseo que te concede.

—Si alguien nos hubiera avisado de eso... no sé, tal vez nos hubiéramos asustado y no hubiéramos ido...

—Ya, hija, pero esto es como con casi todo en el mundo de los adultos —suspiró Juan. — Creemos que si no os contamos los riesgos a los jóvenes os pasarán desapercibidos. No contamos con que siempre os acabáis enterando; cuánto más peligroso es algo, más os atrae.

—Y hay...¿hay alguna forma de romper el trato? ¿Puedo hacer algo por evitarlo?

Ambos guardaron silencio y se miraron de reojo. Y vi enseguida que buscaban la mejor manera de decirme que no tenía arreglo.

—El trato tiene que cumplirse siempre. Solo hay una opción para deshacerlo, aunque rara vez funciona.

—¿Y cuál es? —pregunté, ansiosa por encontrar una salida.

—Que puedas ofrecer a la Primera Sirena algo que le interese más que su intercambio. Pero ella suele elegir muy bien lo que quiere...es muy complicado que cambie de idea.

—Ofrecerle algo mejor... —murmuré, mientras mis pensamientos se aceleraban en busca de una solución.

—Cielo... como te he dicho...es muy raro que ella...

—Ya, pero tendré que intentarlo... es eso o enfrentarme a ella.No voy a permitir que se lo lleve —las palabras se ahogaron en mi garganta.

—Si no acepta un cambio, tendrás que permitir que se lo lleve. No puedes hacer nada. Te mataría con solo mirarte, cariño.

—No puedo permitirlo. No puede llevarse.

—El trato tiene que cumplirse siempre. Solo se me ocurre... —guardó silencio un instante, que a mí me pareció una eternidad. —Ella es muy caprichosa —continuó —es posible que utilice a Julián como un esclavo una temporada, hasta que se canse de él. Si le prometes que le ofrecerás algo más interesante, quizás te espere. Eso te dará tiempo, a ti y a él. Se lo llevará, pero al menos lo mantendrá con vida en espera de tu ofrecimiento...

Tragué saliva, ante la posibilidad de que no lo mantuviera con vida. No podría soportarlo.

—¿Y si logro reunir un ejército? Seguro que la familia de Julián y todos los que le quieren estarían dispuestos a luchar por él.

—Seguramente, no dudo que muchos lucharían por él. Pero sería una guerra perdida antes de comenzarla.

Resoplé, agotada. Aquellos no podía estar sucediendo.

—No voy a rendirme. Me niego a rendirme.

—Muy bien cielo. Lucha por él. Yo confío en que lo consigas. Pero actúa con cautela, te lo ruego. —tomó mi mano entre las suyas, y aquel gesto logró darme las fuerzas suficientes para enfrentarme al resto del día.

Julián se estaba dando un baño en la piscina. Mientras avanzaba hacia él, volví a estremecerme al pensar en lo trágico de toda aquella situación. Por un lado, había descubierto lo que sentía por él, lo cual debería hacerme sentir en una nube. El amor de mi vida había estado durante todo este tiempo a mi lado, y yo sin saberlo. Debía sentirme muy afortunada. Pero iba a perderle en apenas veinticuatro horas. Se me había concedido el agri dulce regalo de conocer el amor y disfrutarlo poco más de un día.

Apenas me dio tiempo de llegar al borde de la piscina, cuando me tiré de cabeza y me transformé en un instante. Nadé hasta él y rodeé su cuello con mis brazos. Hundí el rostro entre sus cabellos y me perdí un rato en su aroma, tan familiar para mí, y que sin embargo ahora me provocaba emociones tan diferentes.

—¿Ya hablaste con Lara de lo que tenías que hablar? —murmuró y se alejó ligeramente de mí para mirarme a los ojos.

Asentí en silencio. No sabía cómo enfocar el tema, cómo decirle...

—Lo sé todo Nati. Hace un rato Lara estuvo aquí y mientras se daba un baño, me dijo tranquilamente que fuera preparándome para el viaje. Le pregunté que a qué se refería, y me dijo literalmente “tu sirena es tan caprichosa que te tuvo siempre frente a ella, y aún así ella quería más. Ahora tendrá que pagar por su capricho”. Luego se echó a reír y se largó, sin decirme nada más. Se refería... ¿a ti y a mí?

Lo sabía. En parte agradecí que Lara se lo hubiera adelantado. Yo no me veía capaz de explicárselo.

—Sí, se refería a mí, y a lo que por desgracia me he dado cuenta que siento por ti ahora que no tengo el corazón congelado.

—¿Te descongeló el corazón para siempre?

La frialdad de un corazón helado. Yo le estaba confesando lo que sentía por él y sin embargo él se centraba en otras cosas.

—No, me dio un plazo. Se acaba mañana.

—¿Un plazo?

Asentí.

—Tenía trescientos treinta días para enamorarme. Si me enamoraba y ese amor era correspondido, me descongelaría para siempre el corazón. Si por el contrario no era correspondido...

—Se llevaría a la persona de la que te enamoras.

—Sí —murmuré.

—Y esa persona soy yo.

Asentí de nuevo. Había evitado su mirada durante toda la conversación. No podía mirarle a la cara.

—Oh joder... así que es cierto.

Las lágrimas volvieron a brotar en silencio y escaparon por mis mejillas.

Julián salió de la piscina sin decir nada más. Supuse que debía estar terriblemente enfadado conmigo. Le seguí con la mirada y me sorprendió verle ir hacia la verja de entrada. ¿Se marchaba? ¿Caminando? Pero cuando fue a dar un paso fuera de la casa, vi que se quedaba quieto. En una postura extraña, de lado y con el hombro inclinado, parecía estar haciendo fuerza, como si luchara contra un muro invisible.

—Nati, ¡ven! —exclamó, y yo salí instantáneamente del agua. En cuanto mis piernas aparecieron, corrí hacia donde estaba él.

—Ven, cruza la verja.

Obedecí. Crucé la verja y le miré sin comprender, a un par de metros de él.

—No puedo creerlo. Me ha hechizado, no puedo salir. Estoy encerrado en la casa. Supongo que lo ha hecho para que no me vaya a dar por intentar huir. —Vi su rostro, presa del pánico y sentí que se me rompía el corazón en mil pedazos.

Se dejó caer en el suelo, y yo me senté junto a él, aunque manteniendo las distancias. Tenía miedo a su rechazo. La culpa de todo aquello era mía, solo mía. Y en algún momento, la rabia por lo que iba a sucederle tendría que salir a flote.

Julián ocultó el rostro entre sus manos, y yo sentí su desesperación.

—Haré lo que sea para sacarte de esta. —susurré. —Te lo prometo.

—No hay nada que puedas hacer —negó con la cabeza. —Nada.

—Sí lo hay. Sofía me dijo que...

—Para —me detuvo, oculto aún su rostro entre sus manos. —No quiero escucharlo. Vete, por favor. Necesito estar solo.

Obedecí, sin mediar palabra. Me alejé de él con un nudo en la garganta. Lo que necesitaba en aquel momento era estar junto a él.

Pasé las siguientes dos horas en mi habitación, dando cabezadas. No quería dormirme, no podía perder el tiempo que quedaba durmiendo. Pero allí encerrada, sin nada más que hacer que fustigarme y esperar a que Julián en algún momento apareciera, se me cerraban los ojos del agotamiento. Hubiera dado lo que fuera por poder ir al mar a nadar, pues era la mejor manera que conocía de calmarme. Pero no quería moverme de allí. Tenía que permanecer lo más cerca posible de Julián.

El sonido del móvil me despertó de mi ensueño. Abrí los ojos, sobresaltada, y miré la pantalla del teléfono. Era Darío. Silencié el teléfono, y volví a cerrar los ojos. Debí quedarme dormida, y para cuando me desperté había pasado una hora. Me rugía el estómago. Decidí bajar a comer algo, y, de camino, averiguar dónde y cómo estaba Julián.

Y a pesar de saber que podía encontrarme con Lara en mi propia casa en cualquier momento,

cruzármela en el pasillo, tan campante, fue demasiado para mí.

—Por favor, Lara, te lo ruego —comencé suplicando. Apenas comencé a hablar cuando noté que no podría decir mucho más sin ponerme inevitablemente a llorar —pídeme cualquier otra cosa. Pero no te lo lleves. Te daré lo que quieras.

Las lágrimas ya habían comenzado a caer silenciosas por mis mejillas, arrastrando con ellas toda mi frustración.

—Cielo, ¿pero con quién crees que estás hablando? Me tomo muy en serio mi trabajo.

Su sonrisa frívola me dejó muy claro que aquello no serviría de nada.

Y entonces, ante la desesperación, decidí cambiar de táctica.

—Vas a cometer un terrible error. Yo no le quiero, no como quieren los humanos, no como tú me prometiste que podría amar al descongelarme el corazón. Es más, ni siquiera creo que lo descongelaras, porque en todos estos meses no he sentido absolutamente nada.

Se acercó en silencio, y retiró una lágrima de mi mejilla.

La observó detenidamente, acercándose el dedo al rostro, y luego la olió, para posteriormente llevarse el dedo a la boca.

—Pues para no tener el corazón descongelado, lloras como una auténtica humana.

La rabia me hirvió por dentro, y me abalancé sobre ella. Lástima que unos brazos me detuvieran a tiempo de evitar que le arrancara el rostro. Julián se había acercado sin que me percatara, y ahora me contenía para que no pudiera acercarme a Lara.

—¡No le quiero! —grité desesperada y con el rostro ardiendo presa de la furia. Traté de quitarme de encima a Julián, pero sus brazos permanecieron inamovibles alrededor de mi cintura —Eres patética cumpliendo deseos, porque conmigo no ha funcionado, ¿te enteras? ¡No ha funcionado en absoluto!

—¿Para esto querías enamorarte? ¿Para llorar como una cría? ¿Para sufrir? Los que son como tú están convirtiendo nuestra especie en algo realmente patético. Sí, tal vez debería replantearme nuestro trato, y, simplemente, mataros a todos. Dejar solo a los más fuertes, llevarlos a la isla y comenzar de nuevo. Esa sería una idea estupenda.

Soltó una enorme carcajada, como una auténtica bruja de cuento. Julián me levantó en peso y

comenzó a caminar, alejándose de ella, arrastrándome con él. Y yo seguí gritando, a ella, y al mundo, en mi desesperación.

Julián me arrastró a horcajadas hasta el cuarto que compartíamos y solo cuando hubo cerrado la puerta con llave tras nosotros, se atrevió a dejarme en el suelo.

—Estás loca. Te matará, ni siquiera sé por qué no lo ha hecho ya —susurró, a pesar de que sabía que le oiría igualmente.

—A estas alturas, me da lo mismo lo que haga conmigo —confesé, sin poder dejar de llorar. Me dejé caer en el suelo junto a la cama y Julián se sentó junto a mí —cualquier cosa sería mejor que saber que a partir de mañana tendré que vivir sin ti, y sabiendo que fui yo quien te mandó directo a tu destierro en vida. En serio, esto tiene que ser una pesadilla. Despertaré y todo estará como antes. Y viviré feliz siendo sirena con mi corazón congelado, pero contigo a mi lado.

—Sabes que nunca hubieras sido feliz así, Nati. Tú siempre buscaste algo más.

—Y no sabes cuánto me arrepiento ahora.

—Ya está, no llores más —susurró, y me quitó las lágrimas que seguían empapándome el rostro. —Seguro que hay una solución. Buscaré la forma de arreglarlo.

No pude evitar sonreír ante su optimismo empedernido.

—La única solución es que te enamores de mí. Y eso me temo que no sucede de la noche a la mañana.

Sonrió, mientras pasaba un brazo sobre mis hombros. A pesar de que trataba de disimularlo, su sonrisa era triste. Sabía de sobra que no había forma de detener lo que estaba por suceder.

—Hablaré con todos los demás. Lograré que seamos suficientes e iremos en tu busca. Lo prometo. No te dejaré en esa isla a cargo de la arpía.

Él negó con la cabeza y guardó silencio unos instantes, mientras me miraba a los ojos.

—No quiero que arriesgues la vida de nadie. No la de los demás, y menos aún la tuya.

—Pero... no puedo permitirlo...no puedo permitir que te robe tu vida... —rogué, mientras me ahogaba el dolor.

—Nati, no me cabe duda de que si tuviera la capacidad de amar, sería a ti a quien querría. — murmuró, muy cerca de mi rostro, provocando que las lágrimas volvieran a rodar por mis mejillas.

—Bésame. No dejes de besarme hoy, por favor —le rogué, y me aferré a sus labios como si fueran mi salvavidas en un naufragio.

Pasamos el resto del día enredados, su cuerpo en el mío, él concediéndome la necesidad de amarle, y aunque sabía que él no me sentía de la misma manera, apenas me permitió que me diera cuenta. Besó cada centímetro de mi piel como si fuera lo último que haría en su vida. Y tal vez lo fuera.

Comimos en la habitación, un almuerzo rápido a base de pizzas, mientras veíamos una película de sobremesa a la que apenas pude prestar atención. Insistió en que durmiéramos un poco. Yo me negué, a pesar de lo mucho que me estaba costando permanecer despierta tras unas treinta horas sin pegar ojo.

—Vamos —susurró, mientras me echaba lentamente en la cama. —No vas a solucionar nada permaneciendo despierta.

—Es posible —respondí entre bostezos —pero menos solucionaré durmiendo. Aunque ya mis neuronas no dan más de sí...tal vez, si duermo un poco, logre dar con una solución.

—Buena idea —sonrió, mientras me acariciaba el pelo, como solía hacer siempre que íbamos a dormir. Aquel gesto, al que nunca había dado importancia, ahora me parecía el más íntimo del mundo. Algo entre nosotros dos, que formaba parte de nuestra rutina, solo nuestra. Y lágrimas silenciosas volvieron a rodar por mis mejillas antes de que el sueño se apoderara de mí y me arrastrara hasta un lugar profundo sin dolor ni sentimientos.

Desperté con la sensación de haber pasado media vida durmiendo. Me alcé de un brinco en la cama, con el corazón acelerado. Y le busqué inmediatamente, desde el mismo instante en que abrí bruscamente los ojos. No estaba. No había nadie más en la habitación, y a través de la ventana vislumbré que el sol comenzaba a ponerse. Me levanté corriendo, salí de la habitación y corrí escaleras abajo. Grité su nombre mientras me asomaba al salón, a la cocina, al despacho. Salí al jardín y frené mi carrera. El sol caía lentamente, y la luz del atardecer se colaba entre las palmeras, iluminando de tonos pálidos la piscina. Y allí estaba él. Sentado en el borde de la piscina, charlando con mi hermano, riéndose como si fuera un día cualquiera en el calendario. Un nuevo puñal se clavó en mi acelerado corazón al verle, en una postura tan relajada, como si mañana la vida siguiera. Como si ese fuera un día más de un verano cualquiera.

Me senté junto a él y traté, con esfuerzo, de devolverle la sonrisa que me había dedicado al

ver que me aproximaba. El sol se ponía en el mar, consumiendo las últimas horas del día. No tardé en darme cuenta de que Julián había decidido no nombrar más el tema, y hacer como si nada fuera a suceder. Pasamos el resto de la noche disfrutando del buen tiempo en el jardín. Me hubiera gustado salir a nadar al mar con él, pero el hechizo no le permitía salir de la casa. Cenamos en la terraza, como cualquier otra noche de aquel verano. Sin prisas. Ya no había nada que hacer, solo esperar.

No sabía de qué manera iba a seguir respirando al día siguiente.

Horas más tarde, en plena madrugada, Julián dormía plácidamente. Pasé largo rato mirándole, memorizando cada centímetro de su piel. Incapaz de dormir sabiendo lo que vendría en unas horas, bajé las escaleras y salí de nuevo al jardín. Necesitaba coger aire. Me estaba ahogando. Me eché en la hamaca en la que tantas noches de aquel verano me había mecido junto a él. Y lloré con más fuerza, hasta que creí que finalmente me secaría por dentro.

No me di cuenta de su presencia hasta que se sentó a mi lado, centrada como estaba en aquel dolor insoportable. Alba no pronunció palabra, tan solo se tumbó junto a mí, pasó su brazo por mis hombros y me atrajo hacia sí.

—¿Cuándo has llegado? —le pregunté.

—Hace un par de horas, sobre las doce. Pensé que si me necesitabas, debía andar cerca.

—Gracias, hermanita. —susurré emocionada. —A pesar de la distancia y de todo lo que hemos vivido, siempre serás la hermana que nunca tuve.

—Y tú la mía, Nati. La mejor hermana que hubiera soñado tener.

—No lo soporto Alba, creo que no seré capaz de soportar tanto dolor. Me duele muchísimo —farfullé, ahogándome en mi llanto y sintiendo en el pecho un dolor tan agudo que, estaba convencida, iba a terminar provocando que me explotara el corazón. Llegué a imaginar los despojos de mi pobre corazón esparcidos por el suelo.

—Buscaremos una forma de salvarle. Lo prometo. Pediremos ayuda e iremos a por él. No se

saldrá con la suya.

—No entiendo de donde sacáis tanto optimismo. No podremos con ella, lo sabes.

—¿Tengo que recordarte a cuántos Buscadores derribé en Sevilla? —me sonrió, tratando de calmarme. —Y contamos con la magia de mi colgante. Confío en que eso también nos ayude.

—Eso espero, Alba. Por su bien y por el mío propio. No puedo soportar el que todo esto haya sido culpa mía.

—Sobre el corazón no se manda, tú no sabías que ibas a enamorarte de él.

—Ya, pero si hubiera sido más astuta, si hubiera imaginado que mi deseo a Lara tendría consecuencias...

—No lo sabías. Te pudo la imperiosa necesidad de saber qué se sentía. Y ahora lo sabes.

—Vaya si lo sé —suspiré. Alcé la mano y miré mi anillo del humor, que seguía de un azul intenso.

—Todo va a salir bien —murmuró de nuevo. Lo peor es que realmente creía lo que estaba diciendo. Alba lo creía, y a mí no me quedaba otra opción que aferrarme a esa mínima esperanza.

Día 330 (- 0 días)

Para cuando desperté, ya estaba amaneciendo.

Ni siquiera recordaba cómo me había quedado dormida. Solo recordaba las lágrimas y el dolor que no se marchaba. El sol se fundía con el mar, alejando a su paso la oscuridad. Devolviendo la luz a aquel escenario, trayendo consigo el infierno. Apenas tuve algunos segundos de calma, mientras trataba de situarme. En cuanto fui consciente de lo que se me venía encima con aquella luz, me lancé de la hamaca y salí corriendo en dirección a la casa. Apenas recuerdo como

llegué hasta mi cuarto; mis piernas no avanzaban lo suficientemente rápido por las escaleras. La puerta estaba cerrada, y me pareció que la eternidad pasaba ante mis ojos mientras lograba que mi mano temblorosa atinara a sostener la manilla de la puerta.

—Se ha ido —la voz de mi hermano, a mi espalda, sonó como si procediera de la más profundo de un lago. Todo a mi alrededor parecía confuso, turbio, como si formara parte de un sueño. Tal vez fuera así. Tal vez despertaría ahora, junto a Julián y todo esto no se trataría más que de un sueño. Y la imagen que tenía frente a mí, de una habitación vacía, ordenada y con la cama hecha, no me parecería el preámbulo de una tragedia griega.



Un par de horas antes del amanecer

Le despertó un desagradable cosquilleo en la mano. Se había quedado dormida con la mano derecha bajo el cuerpo de Natalia, mientras la abrazaba en un desesperado intento por consolar su llanto. Con delicadeza, procurando no despertar a su amiga, Alba retiró el brazo y se levantó de la hamaca con cuidado. Necesitaba ir al baño. Le daba lástima dejar a Natalia durmiendo allí, pero tampoco veía otra opción; no podía cargar con ella, y no se le pasaba por la cabeza despertarla para mandarla a la cama. El amanecer llegaría en breve, y con él... con él vendría la pesadilla para su amiga.

La observó mientras dormía, tan ajena a todo lo que estaba por venir. Ella, que tanto la había ayudado en su ruptura con Álex. Jamás podrían haber imaginado que se volcarían las tornas, y que ahora sería Natalia la que sufriría por amor. Claro que las situaciones eran distintas; la arpía con la estaba Álex entonces no le habría hecho ningún daño, a él no. Aquella que dominaría ahora la vida de Julián sí era peligrosa. Y no dudaría en hacerle daño si lo creía necesario. Pero Alba estaba convencida de que buscarían la forma de salir de aquella situación, y que todo terminaría bien. No podía ser de otra manera.

La casa estaba en completo silencio cuando se adentró en ella. Fue rápidamente al baño de la planta baja y decidió ir a la cocina a preparar café. Iba a necesitarlo.

El penetrante aroma del café no tardó en invadir el aire. Aquel olor tan familiar, tan rutinario, le hizo olvidarse de todo lo que la tenía agitada, mientras preparaba una taza y tomaba el primer sorbo con la mirada perdida en el cielo oscuro, que empezaba a tornarse en tonos más claros. En breve amanecería.

—¿Qué haces aquí? —la voz sonó a su espalda, tan repentina, que le hizo dar un bote y a punto estuvo de tirar el café. Había estado tan sumida en sus pensamientos que no le había oído llegar. Se giró para enfrentarse a un Álex soñoliento, con los cabellos revueltos, descalzo y sin camisa.

—Me quedé para... apoyar a tu hermana.

Él asintió, comprendiendo.

—No... no deberías estar aquí. Deberías... deberías haberte quedado con él esta noche.

Alba le miró extrañada, sin entender qué quería decir.

—Ve a casa. Ve antes de que sea tarde para despedirte.

Sintió que las rodillas no le obedecían. Aún no entendía lo que Álex trataba de decirle, y a pesar de ello, sabía que algo no iba bien.

—No te entiendo. Por favor, explícate.

—No hay tiempo para explicaciones ahora mismo. Después te lo explicaré. Ahora vete a casa.

Obedeció sin mediar más palabras, dejando el café casi entero en la encimera. No tardó en arrancar su coche y alejarse a toda prisa hacia casa. Algo no iba bien.

Nada, nada iba bien, y no tardaría en descubrirlo.

No había ni rastro de Julián. Tras asomarme a la habitación vacía, corrí por el resto de habitaciones de la casa. Corrí a la planta baja y llevé a cabo el mismo cometido, bajo la atenta mirada de mi hermano, que me seguía a cierta distancia mientras me susurraba que me calmase. Creo que tenía miedo de que de un momento a otro me abalanzara sobre él y descargara toda la furia que sentía. A punto estuve de hacerlo, y lo hubiera hecho, de no ser porque en aquel instante, cuando corría hacia el jardín, como el último recoveco de la casa que me quedaba por revisar, oí a lo lejos un sonido que conocía de sobra. El coche de Julián. Su coche se aproximaba a la casa. Corrí hacia la verja de entrada y me desplomé en el suelo de guijarros al ver su coche aproximarse a lo lejos.



Tuvo que tomar aire y expulsarlo con fuerza antes de meter la llave en la puerta de la casa de Álvaro. No atinaba a encajar la llave en la cerradura. Las manos le temblaban. Había llamado a Álvaro de camino, pero su teléfono estaba apagado.

Está durmiendo, solo está durmiendo, no paraba de repetirse para tratar de tranquilizarse.

Sin embargo, las palabras que le había dicho Álex retumbaban en su interior. Y cuando al final logró abrir la puerta, confirmó sus temores. La casa le dio la bienvenida con un ensordecedor silencio, una cama deshecha y ni rastro de Álvaro.

No era capaz de levantarme del suelo. Y aunque hubiera querido enterrar el rostro entre mis manos y desahogar allí todo lo que sentía, era incapaz de cerrar los ojos o alejarlos de su rostro. Él seguía dentro del coche, ya detenido, a pocos metros de mí. Yo le cerraba el paso hacia la entrada, así que tampoco podía hacer mucho más que detener el coche. Mientras me miraba, con una amplia sonrisa en el rostro, me percaté de que estaba llorando. Julián llorando. Algo que no había visto nunca, ni creí que vería jamás. Supuse que, a pesar de que en apariencia él había estado calmado con todo aquel asunto, la realidad era que por dentro había vivido una pesadilla, de la que acababa de despertar. Por alguna razón que desconocía, Lara había desaparecido, el día límite había llegado, y Julián seguía allí. Pero no tardaría en enterarme de que las lágrimas de Julián no se debían al alivio de ser libre.



—¿Dónde está Álvaro?

Alba caminaba por la casa, agitada, buscando algún indicio que pudiera explicar dónde se había metido Álvaro tan temprano. Mientras, llamaba a Álex. Estaba convencida de que él sabía algo.

Vete antes de que sea tarde para despedirte...

Aquellas palabras retumbaban en su cabeza. ¿Por qué tendría que despedirse? Cuando por fin Álex respondió al teléfono con un ahogado Hola la ansiedad la sacudió con más fuerza. Su tono de voz en esa simple y escueta palabra denotaba demasiadas cosas. Y ninguna buena.

—¿Dónde está? —repitió, ante el silencio en el que él se había sumido. Oyó un suspiro al otro lado.

—Se lo ha llevado —soltó finalmente, y sonó como si se quitara un gran peso de encima.

—¿Quién se lo ha llevado? —ya sabía la respuesta. Pero necesitaba escucharla de él para confirmarla.

—Lara.

—Pero, pero...

—Silvia también pidió un deseo, Alba... Lo siento, yo jamás hubiera imaginado que pidiera algo así...

—No, no entiendo nada... ¿Qué pidió Álex?

Hubo un silencio eterno al otro lado.

—Pidió que todos aquellos que habían sido o que son Buscadores... que... desaparecieran de la faz de la Tierra.

El corazón le latía ahora con más fuerza, si cabe.

—Alba. No sé por qué, pero gracias a la fuerza divina que sea, Julián está aquí. Está aquí — se estaba enterando en ese mismo instante, mientras hablaba con ella. — Oh, dios mío. Está aquí.

Alba hizo un ligero amago de sonrisa. Se alegraba muchísimo por Natalia. Pero era imposible que pudiera sentirse feliz.

—Bien... —fue cuanto pudo susurrar.

—Alba, quédate ahí. Te explicaré cuanto necesites. Y veré si podemos hacer algo.

—Vale —volvió a farfullar y colgó directamente. Se dejó caer en el sofá, aún en shock. Trataba de asimilar las palabras de Álex. Y al repetirlas en su cabeza volvió a sentir una nueva puñalada en su interior. Cogió el móvil y buscó en sus contactos. El infierno se había desatado aquella mañana, y lo había hecho sin previo aviso.

Pasó un siglo hasta que Julián se bajó del coche. Yo seguí en el mismo sitio, como una estatua de sal, con temor a que si me movía el hechizo se desvaneciera y Julián desapareciera. Pero era real. Se movía, se estaba acercando a mí. Se estaba agachando a mi lado. Me estaba tomando el rostro entre sus manos y estaba buscando mis labios con urgencia. Volví a creer que aquello no fuera más que un sueño. Que volvería a despertar en la hamaca, sola, sin él. Y sin embargo aquel beso parecía muy real. Lo sentía muy real. Un beso sincero, apasionado, lleno de... amor.

Tras varios intentos sin obtener respuesta, Alba decidió llamar a su madre. Necesitaba hablar con ella. Eso al menos le haría centrarse un poco. Seguía en estado de shock. Afortunadamente, Elena no tardó en responderle.

—Cielo, ¿qué pasa? —su voz sonó nerviosa. A horas tan vespertinas, desgraciadamente, las llamadas rara vez solían ser para temas triviales.

—Mamá —logró articular, antes de que su voz se ahogase en un sollozo.

—¿Qué pasa cariño? Me estás asustando...

—No sé, aún no sé muy bien qué sucede... pero creo que Lara se ha llevado a Álvaro a la isla. Eso creo.

—¿Por qué? No lo entiendo...

—¿Te acuerdas que te hablé del deseo que le pidió Natalia? Pues Silvia pidió que todos los Buscadores desaparecieran. y... —estaba temblando, le costaba un enorme esfuerzo pronunciar cada palabra. —Y creo que se ha llevado a Álvaro. Eso espero mamá, que siga vivo, porque si no, no sé... —terminó de ahogarse, y ya no pudo seguir. Finalmente las lágrimas habían hecho su aparición, cuando lo que estaba sucediendo parecía, al fin, real. Hasta ese momento, se había sentido como si estuviera siendo una mera espectadora de una película, de un suceso que nada tenía que ver con ella.

—Espera, has dicho “¿todos los Buscadores?”

—Sí.

—Entonces...

—Eso me temo. Le he llamado, pero no coge el teléfono.

—Pasaré por su casa de camino a la tuya. No te muevas de ahí.

—Vale. Álex viene de camino. Va a aclararme lo que sucede.

—Está bien. No tardaré. No te muevas.

Algo había cambiado en él, y en sus besos. Tenía la certeza de saber qué había cambiado, pero no entendía cómo había podido producirse. Cuando se alejó de mis labios me entretuve un buen rato entre sus brazos. No podía creer que siguiera allí. Pero necesitaba confirmar que no se marcharía, que no desaparecía en cualquier momento.

—No entiendo nada —concluí, cuando me vi incapaz de lanzarle una sola pregunta de todas las que tenía en la mente. Él ya había abierto la boca para responderme, cuando Álex apareció corriendo desde la casa.

—¡Julián! —se acercó a nosotros y le dio un abrazo a Julián. —No sabes cuánto me alegro de verte. Pero cómo...

—Le pedí un deseo. Le dije que yo también tenía derecho a un deseo antes de marcharme. Ella me dijo que no podía pedir quedarme aquí, que no podía pedir un contradeseo, o algo así. Lo suponía. Así que pedí que me permitiera un corazón humano. Ella se burló, me dijo que cómo podía gastar mi última voluntad con semejante tontería. Pero me lo concedió.

—Yo tampoco lo entiendo... —sentenció Álex.

—Yo creo que sí empiezo a entender... —murmuré, al tiempo que volvía a los brazos de Julián.

—Pues luego me lo explicáis. Me alegro muchísimo de que estés aquí. Pero ahora hay otro asunto que tengo que resolver. En cuanto pueda os llamo. Estad pendientes del teléfono —antes de darse la vuelta nos echó un último vistazo. Volví a los labios de Julián, como si mi hermano no

estuviera allí. Las sensaciones que me estaban provocando sus besos eran completamente nuevas para mí.

—¡Eh! ¡Sigo aquí! —exclamó Álex, mientras se alejaba de nosotros. —Me temo que lo último que vais a hacer es estar pendiente del teléfono.

Le oí farfullar, pero apenas presté atención a sus palabras. Mi mente y mi cuerpo estaban ya muy lejos de allí. Para cuando volví a abrir los ojos, Álex se había ido, y ya solo estábamos Julián y yo. Intenté detener aquella marea que me desbordaba para averiguar cómo había conseguido liberarse de su fatídico destino, pero no podía parar. Y él tampoco parecía dispuesto a hacerlo. Me tomó en brazos y me llevó al interior de la casa. Ya en la intimidad del cuarto que habíamos compartido aquel verano, permití que me desnudara como si se tratara de la primera vez en que lo hacía. Mientras, en la ventana, el amanecer iba fundiendo el cielo de rojo.



Cuando la puerta se abrió, Álex se enfrentó al rostro destrozado de Alba. Había tenido tiempo de salir del estado de shock, de tomar conciencia de lo que estaba sucediendo, y de romper a llorar. Él se quedó paralizado en la puerta. No sabía si debía abrazarla en aquellas circunstancias, y si ella le rechazaría. No tenía ni idea de cómo actuar con ella, ahora que era casi una extraña para él. Optó por darle un tímido apretón en el brazo, haciendo ver que lo lamentaba.

—¿Puedo pasar?

Ella le invitó a pasar con un gesto de la mano.

—¿Te importa que nos sentemos en la terraza? Me estoy ahogando.

—Claro. Donde tú prefieras.

Él también se iba a ahogar allí dentro. Las fotos de Álvaro con ella llenaban una de las paredes. Y el resto... era un hogar, el hogar en el que Álvaro había convivido con Alba durante las últimas semanas. Con un olor personal, con huellas de una vida común. Con mantas junto al sofá con las que poder acurrucarse un viernes por la noche. Con velas usadas sobre la mesa de centro. Con una estantería llena de libros, de los que, estaba seguro, Alba hablaría con esa pasión que la caracterizaba si le preguntaba sobre alguno de los títulos. Con un perchero tras la puerta, con una chaqueta de él junto a una de ella. Una vida en común que, posiblemente, nunca más

volvería a darse. Solo que Alba posiblemente aún no había tomado conciencia de la magnitud de lo que estaba sucediendo.

Acompañó a Alba a la terraza y se sentó junto a ella en una de las sillas blancas que ocupaban el pequeño espacio. Las vistas eran demasiado bonitas para el tema del que tenían que hablar. Preferiría haber tenido aquella conversación en un bareto cutre del centro del pueblo. Pero allí con el océano de fondo... el mismo océano que le había dado y le había robado tanto a Alba.

—¿Qué puedo hacer? —rompió ella el silencio en cuanto se sentaron.

—No lo sé.

—Sabías de su existencia. Sabías dónde encontrarla, y cómo funcionaba pedirle deseos. Tienes que saber qué se hace en casos como este.

—Solo era una leyenda. Ni siquiera sabíamos que fuera real. Ni las consecuencias de pedir deseos.

—Pues ya podríais haberos informado bien. Estoy hasta las narices de que todas vuestras decisiones me afecten —había ido subiendo el tono cada vez más. Álex era incapaz de mirarla. — Buscaré una solución, no lo dudes. Traeré a Álvaro de vuelta aunque tenga que cargarme a todas las sirenas psicópatas que viven en esa isla. Y procura que Silvia esté muy lejos de mí. Álvaro le salvó la vida, te lo recuerdo. Pero esta vez seré yo misma la que acabe con la suya. Que empiece a rezar porque Álvaro venga de vuelta sano y salvo.

No podía parar. No parecía ella, la misma chica dulce y pacífica que él había conocido. Claro que sus circunstancias habían cambiado mucho. Y ahora que llevaba algunos años viviendo en paz, de nuevo reaparecían ellos, para arrebatarles su apacible vida. Dispuestos a no permitirle encontrar la felicidad.

—Y si no tienes una solución al problema que tú y tu querida esposa por conveniencia habéis creado, será mejor que te largues —escupió sin mirarle a la cara.

Él se levantó en silencio, dispuesto a obedecerla. No sabía cómo ayudarla, y, de corazón sentía lo que estaba sucediendo. Pero no veía una salida. O sí.

—Hablaré con Julián. Tengo que saber cómo ha logrado volver. Se supone que no puedes pedir un contradeseo, es decir, no puedes pedir un deseo que anule otro. Pero de alguna manera, él ha vuelto —. Apoyado en el marco de la puerta, mirando al suelo, parecía que arrastrara una enorme carga. No sabía cómo habían llegado a aquel punto.... —Averiguaré lo que pueda. Te ayudaré.

Su voz se convirtió en murmullo con las últimas palabras. Lágrimas rodaron por el rostro de Alba, a quien ese “te ayudaré” le sonó esperanzador.

—¿Qué has dado a cambio? —la pregunta resonó en el silencio de la habitación. Si algo había aprendido Natalia de todo lo sucedido, es que los tratos con Lara nunca terminaban bien.

—Nada.

—¿Nada? Eso es imposible.

—No en mi caso. Ella estaba convencida de que lo que estaba pidiendo era un absurdo. Me iba a conceder un corazón humano para arrastrarme con él a la isla. Se rió de mi deseo, se compadeció de mí y me dijo que ni siquiera me iba a pedir nada a cambio, pues ya sería suficiente satisfacción arrastrarme a la isla como un humano patético. Lo que no esperaba es que al descongelarme el corazón mis sentimientos por ti estropearan sus planes. Ella te había dado un plazo para conseguir encontrar un amor correspondido. Y a solo unos segundos de que se cumpliera el tiempo establecido, al concederme mi deseo, el tuyo se cumplió también. Estaba completamente enamorado de ti.

Aquellas palabras le aliviaron enormemente. Ni en sus mejores sueños hubiera esperado aquel final. Volvió a sus labios, que ahora le correspondían de manera muy distinta. Varios golpes en la puerta les obligaron a separarse, ambos sobresaltados.

—¿Puedo entrar? —la voz de Álex sonó presurosa al otro lado de la puerta.

—¡No! ¡Danos un momento!

—No tardéis, es urgente.

Se vistieron a toda prisa. Cuando salieron de la habitación vieron a Álex sentado en las escaleras del pasillo. Natalia sintió que se le encogía el estómago cuando le miró a los ojos. Algo malo sucedía. Su final feliz iba a tener que esperar. Se sentó junto a él, y esperó a que les contara. Él les explicó el deseo que había pedido Silvia, y cómo Álvaro había desaparecido aquella misma mañana.

—¿Cómo es posible que, si sabías lo que iba a suceder, no dijeras nada? Tal vez hubiéramos

podido hacer algo. No entiendo cómo...

—No lo sabía. Igual que no sabía qué le habías pedido tú, tampoco sabía lo que había pedido Silvia. Ella no me lo contó hasta anoche. Creo que precisamente quería evitar que buscáramos una forma de evitarlo.

—Menuda hija de puta... —masculló Natalia. —Álvaro ya no es un Buscador. Pidió que se llevara también a los que alguna vez lo habían sido, precisamente por él.

—Me temo que sí.

—Pero si él le salvó la vida. Solo por eso debería estarle agradecida de por vida.

—Pero la felicidad de Alba le supera —interrumpió Julián.

—Lo siento hermanito, pero sin duda vas a compartir tu vida con la auténtica bruja del mar —negó con la cabeza, lamentando el destino de su hermano. Él se merecía algo mejor.

—La cuestión es que tenemos que traer a Álvaro de vuelta —respondió, ignorando las palabras de su hermana. Sí, era su destino, y él lo había aceptado. Además, gracias a su nuevo corazón congelado, el recuerdo de Alba ya no dolía.

—¿Tienes alguna idea?

—Esperaba que la historia de cómo Julián está aquí de vuelta me iluminase.

Julián pensó en cómo podría ayudarles su propia historia. No podían pedir un contradeseo. Es decir, no podían pedir que liberara a Álvaro. Eso si es que lo conservaban con vida para cuando llegaran a la isla.

—Alba tiene que pedir un deseo. No le permitirá pedir que lo libere, pues hay una norma, algo así como que no puedes pedir un deseo que anule otro, pero no sé, hay otras formas de conseguir lo mismo. Yo pedí que me descongelara el corazón. Así conseguí que el deseo de Natalia se cumpliera, a solo unos minutos del plazo que tenía para conseguirlo. Antes del amanecer me descongeló el corazón, y enseguida sentí que estaba enamorado de ella —señaló con la cabeza a Natalia.

Ella acudió a acurrucarse entre sus brazos, mientras Álex se retorció los sesos con aquella historia.

—Está bien. Tenemos que intentarlo —murmuró finalmente, y se levantó en dirección a la

cocina. Le oyeron trastear en un cajón, antes de verlo de vuelta en el pasillo. —Bueno, chicos, deseadme suerte. Creo que la vamos a necesitar.

La luz inundó el pasillo cuando Álex abrió la puerta de entrada. Se giró un instante y les dedicó una ligera sonrisa a modo de despedida.

—¿Adónde vas? —preguntó Natalia, deteniéndole.

—A la isla. No voy a dejar a Alba sola en esto.

—Nosotros tampoco. Os acompañaremos —asintió ella.

—¿Conque vas en busca de aventura y pretendes dejarnos detrás? Vas listo —afirmó Julián. Se levantó y ofreció una mano a Natalia para que se levantase.

—No, prefiero ir solo. Me niego a ponerlos en peligro —Álex les cortó el paso.

—Vamos, déjate de rollos, tú no eres papá. Iremos con vosotros, te guste o no —le bastó mirar a los ojos a su hermano un instante para obligarle a bajar los brazos y echarse a un lado, de manera que ellos pudieran salir por la puerta de entrada. Oyó a su hermano refunfuñar tras ella.

—Y yo conduzco. Soy más rápida que tú.

Segundos después el coche descendía colina abajo, con tres pasajeros dentro, dispuestos nuevamente a enfrentarse a su destino.

II PARTE



Alba ya les esperaba en el muelle cuando ellos llegaron. Álex la había llamado según habían salido de la casa, y a ella le había faltado tiempo para salir hacia el lugar de encuentro. Había tenido una larga conversación con su madre, que trató de retenerla para que no fuera de inmediato a la isla. Le dijo que esperase hasta hablar con su padre y ver qué podían hacer. Que lo dejara “en manos de los adultos”, expresión ante la cual Alba estuvo a punto de soltar una carcajada. En manos de los adultos, Sirenas y Guardianes, iba a dejar la vida de Álvaro. No moverían un dedo por él, eso lo tenía muy claro. Estaba sola, no podía contar con nadie más que con sus amigos. Trató de calmarla, diciéndole que solo iría a pedirle un deseo a Lara, a ofrecerle un cambio por la vida de Álvaro. Que nada malo tenía que suceder. Ni ella misma se creyó sus propias palabras.

—¿Salimos desde aquí? Hay gente, alguien podrá ver cómo nos transformamos —preguntó Alba sin comprender sus intenciones.

—No pretenderás ir nadando hasta la isla, ¿no? —le preguntó Natalia con una media sonrisa.

—Y cómo... —se interrumpió cuando su mirada fue a dar con los barcos que se mecían en el muelle, a solo unos metros del parking en el que acababan de detener el vehículo. —Ya.

—Estamos a más de mil kilómetros de la isla, tardaríamos mucho en llegar a nado, y eso sin contar con el agotamiento y con los peligros de mar abierto —explicó Álex.

—Teniendo en cuenta adónde nos dirigimos, creo que lo de menos son los peligros del océano —murmuró Julián, y todos se contagiaron de un escalofrío; hasta ese instante, ninguno de ellos se había planteado realmente que sus vidas correrían auténtico peligro.

—No tenéis la obligación de venir. Ninguno de vosotros. En serio —les indicó Alba mientras su mirada se clavaba con rudeza en cada uno de ellos.

—No te preocupes, si tampoco teníamos nada mejor que hacer hoy — Julián se encogió de hombros y se acercó a Alba, rodeándola con un brazo.

Natalia fue la siguiente en acercarse a ella. Puso sus brazos alrededor de su cintura y susurró en su oído.

—Sabes que estamos contigo, jamás te dejaría sola ante algo así. Le traeremos de vuelta.

Alba fue relajándose, aliviada al sentirse tan amparada con ellos. Suciedera lo que sucediese, sería más fácil llevarlo a cabo acompañada. Sin embargo, le preocupaba meter a sus amigos en semejante embrollo. No sabía cómo terminaría aquella aventura. Ella estaba dispuesta a arriesgarlo todo, pero ellos no tenían motivos para hacerlo. Sin embargo, se dio cuenta de que si fuera al revés, ella hubiera hecho exactamente lo mismo por ellos. Solo cuando su cuerpo se hubo relajado se acordó de Álex, que observaba aquella estampa de auténtica demostración de amistad a un par de metros de distancia. Sus miradas se encontraron durante unos instantes, suficientes para reconocer lo que sentía el otro. Álex no sabía dónde meterse, se sentía fuera de lugar, incómodo, como si sobrase. Alba sin embargo le dedicó una mirada confusa; no sabía cómo actuar con él, no sabía en qué punto se encontraban ahora, si podría considerarle un amigo algún día o ya no era más que un extraño.

—Vamos —indicó Álex, en una búsqueda inmediata de cortar la situación asfixiante en la que se hallaba.

Los demás obedecieron sin rechistar. Se separaron y le siguieron hasta el barco sin más preámbulos. No sabían qué sucedería a partir de entonces, pero cada uno tenía motivos suficientes para afrontar lo que les depararía el viaje.

El amor, la amistad o la culpa pueden ser grandes aliados a la hora de tomar decisiones vitales.

El primer flashback sucedió cuando Álex le ofreció la mano para ayudarla a bajar la escalerilla de acceso al barco. Él lo hizo con la naturalidad de lo que se hace por puro hábito, pero ella no pudo evitar aquel intenso flash que le nubló la conciencia unos instantes y la devolvió al pasado. Y se vio a sí misma en idéntica situación, pero con estrellas en el cielo y el corazón con una emoción muy distinta a la que le embargaba ahora. Aquel había sido el lugar en el que había tenido la primera cita “en serio” con Álex, a solas, con cena para dos a la luz de unas velas. Algo en su rostro debió transformarse, pues cuando volvió al presente Álex escudriñaba su rostro casi como si la viera por primera vez. Ella le dedicó una sonrisa poco natural, pretendiendo disimular aquello que acaba de suceder, y de lo que ambos se habían

percatado.

—¿Cuánto tardaremos en llegar? —preguntó ella, en un nuevo intento de centrarse en el presente.

—Espero que para mañana al amanecer estemos allí —fue Álex quien respondió. Se había dado la vuelta y estaba ya entregado a la tarea de hacer zarpar la nave.

—¿Mañana? ¡Eso es demasiado tiempo! —exclamó Alba, que hasta entonces no se había planteado cuánto tardarían en llegar a la isla.

—No hay otra forma de llegar, Alba —murmuró Natalia, buscando su mano en un nuevo intento de aliviarla. Alba sin embargo buscó el asiento más cercano que encontró; las piernas le fallaban. Apoyó la cabeza entre sus manos y cerró los ojos. Al día siguiente Álvaro perfectamente podría estar muerto. Si no lo estaba ya. Las sirenas de esa isla tenían una única intención con los humanos. Su carne era para ellas el mejor de los manjares. Y si tenían hambre, no guardarían reservas para el invierno. Mientras el barco se alejaba del muelle, Alba logró alzar el rostro empapado de nuevo en lágrimas. Quería despedirse de Zaroha. Tal vez nunca regresara. Y si volvía, pero sin Álvaro, sería tan solo para recoger sus cosas y marcharse muy lejos de allí.

Pasaron el día en una suerte de letargo. Natalia y Julián hicieron todo lo posible por entretenerla; sacaron todos los juegos de mesa que encontraron en el barco y pasaron bastante tiempo viendo series descargadas en la tablet. Álex pasó la mayor parte del tiempo centrado en no desviarse del rumbo. Apenas se detuvo para comer algo.

Durante la noche se despertó completamente desorientada y con el corazón desbocado. Le duró poco la sensación de haber estado sumergida en una horrible pesadilla; en cuanto abrió los ojos y se dio cuenta de dónde estaba, lo siguiente fue recordar que la razón de que sintiera como si alguien le estuviera aprisionando el corazón con un puño era real. Se sentó en la cama y miró su reloj: las tres de la madrugada. Natalia y Julián dormían en la cama baja de la litera frente a ella. Álex debía seguir en la cubierta, dirigiendo el barco. Julián le había relevado durante la tarde, para que al menos pudiera descansar algunas horas, a pesar de que Álex se había opuesto a cederle el sitio en un principio. Habían tenido que insistirle en que el cansancio acabaría por vencerle y sería peor.

Alba dudaba de su capacidad para volver a dormirse de nuevo. Ya había descansado más de lo que creía que podría hacerlo, teniendo en cuenta las circunstancias. Procuró no hacer ruido, se deslizó de la cama y subió las escalerillas de acceso al exterior. Fuera, la oscuridad parecía haberles engullido. El mundo había desaparecido, y la realidad estaba pintada de distintos matices oscuros; el mar de gris y plata y el cielo de un negro impenetrable. Solo las estrellas, luceros

brillantes que plagaban el cielo, le hicieron sentir una mínima esperanza, y confiar en que el mundo no se había detenido aún.

Álex estaba de espaldas a ella, vigilando el avance del barco en la oscuridad. Se aproximó a él, y se sentó en el asiento que estaba libre a su lado.

—¿Qué haces despierta? —preguntó, sorprendido al verla.

—No podía dormir.

Él asintió, en silencio, sin dejar de mirar al frente, a pesar de que estaba puesto el piloto automático y el barco se tripulaba solo en dirección a la isla. Ella estaba segura de que igualmente hubiera evitado mirarla. La culpabilidad le estaba matando, a pesar de que él no hubiera tenido nada que ver con el deseo de Silvia.

—Deberías descansar al menos. Necesitarás estar al cien por cien para lo que quiera que sea a lo que tengamos que enfrentarnos cuando lleguemos —susurró, sin mirarle ni un instante.

—Lo sé, pero necesitaba coger aire —un suspiro se escapó de sus labios, llenando así sus pulmones del aire frío de la noche. —tú sí podrías ir a dormir. Puedo quedarme, si quieres.

—No, tranquila. Quedé en despertar a Julián sobre las cuatro, y echarme yo un rato. De todas formas, creo que yo tampoco seré capaz de dormir hoy.

La miró de reojo, buscando posiblemente alguna reacción por su parte. Pero ella perdió la vista en las estrellas. No tenía capacidad alguna de adivinar las emociones de los demás; estaba demasiado ocupada en controlar las suyas propias.

—Haré todo lo que esté en mi mano por traer de vuelta a Álvaro. Te lo prometo —susurró, en un intento de aclararle lo que sentía. Necesitaba descargarse de los remordimientos que le estaban torturando.

—Gracias —murmuró, y sintió que nuevamente la voz se le aprisionaba en un nudo que la ahogaba. —Crees que... ¿hay posibilidades de que Álvaro siga con vida para cuando lleguemos?

—Confío en ello. No nos queda otro remedio que conservar la esperanza.

Ella asintió de nuevo, apretando la mandíbula. Esperanza...era todo a lo que podía aferrarse... su vida se desmoronaba una vez más y debía buscar las fuerzas para creer en que todo terminaría bien...

Se sobresaltó al sentir los dedos de Álex en su rostro. No se había dado cuenta de que las lágrimas habían logrado escapar otra vez. Él trataba de borrarlas con sumo cuidado. Ella se apresuró a borrar bruscamente cualquier rastro de su tristeza. No era momento de mostrarse débil.

—Lo siento, Alba. Siento de veras todo el daño que he podido provocarte desde que te conocí. Ojalá hubiera podido evitarlo —confesó él, y solo tomó aire cuando terminó de hablar, como si fuera vital para él su confesión, en aquel terrible momento.

—No es culpa tuya, Álex. Nada lo ha sido realmente. Todo esto... tú y yo... arriesgamos demasiado en el intento, sabíamos que podía acabar mal...y así fue. Pero no creo que seamos culpables. Y yo también te hice daño a ti...

—Sí, y no te negaré que dolió. Muchísimo. Pero tampoco eres culpable. Tu decisión fue completamente lógica.

—Estamos en paz entonces —murmuró ella, y una leve sonrisa apareció en su rostro aún surcado por los restos de las lágrimas.

—En paz —confirmó él, y le estrechó la mano, como se cierran los acuerdos. Un nuevo flashback la sacudió, y la trasladó tiempo atrás, cuando por primera vez Álex le dio la mano, para entrar en la sala cerrada de la biblioteca, y recordó como entonces sus manos recibieron una ligera sacudida, una especie de impulso nervioso reflejo de la atracción que existía entre ellos. Esta vez, sin embargo, no hubo ninguna sacudida, ninguna sensación que la alertara de sus sentimientos. Solo eran dos viejos conocidos dándose un apretón de manos.

Guardaron silencio durante largos minutos, mientras sus miradas estudiaban el cielo estrellado.

—Alba.

—Dime.

—Cuando todo esto termine... me gustaría que pudiéramos intentar llevarnos bien. No diré eso de "seamos amigos", pero me gustaría saber de ti de vez en cuando.

—No lo sé, Álex. Silvia siempre estará ahí, contigo. Y como comprenderás cuando volvamos, con o sin Álvaro, lo mejor que podrás hacer por Silvia es alejarla de mí, si quieres que ella siga con vida.

Álex bajó la mirada. No había nada más que decir por su parte. Ella se levantó y regresó al minúsculo camarote. Se escondió del mundo bajo las sábanas, e imploró a cualquier fuerza divina

que quisiera oírle que le devolviera con vida a Álvaro.

Pasó las siguientes horas en un desagradable devaneo entre la vigilia y el sueño. Sabía que debía descansar, era fundamental estar lo más alerta posible para cuando llegaran. Pero con el estómago del revés y los pensamientos a todo gas, era imposible dormir más allá de mantenerse en un desagradable estado de duermevela.

Miró una vez más su reloj. Las siete y veinte. Ya debían estar cerca. Decidió subir a cubierta, para ver cuánto quedaba hasta la isla. Ya no podía soportar más aquella espera.

Apenas había puesto un pie en el suelo, cuando un fuerte movimiento estuvo a punto de tirarla al suelo. Alex, que descansaba en la litera superior, también debió sentirlo, pues abrió los ojos repentinamente y la miró extrañado. Natalia y Julián no estaban.

—¿Qué ha sido eso? —murmuró Alba, como si temiera alzar la voz.

—Ni idea —de un salto, Alex bajó de la cama y se dirigió a la escalerilla. Ella se levantó también y fue tras él, pero un nuevo golpe les obligó a detenerse para no caer.

En cuanto el barco volvió a parecer estable, ambos subieron corriendo a cubierta. Encontraron a Natalia y Julián en proa, uno junto a otro mirando absortos hacia la superficie del mar.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Alex al viento, pues Natalia y Julián ni siquiera se inmutaron. Parecían estatuas de sal detenidas en el tiempo, una premonición de lo que estaba por venir en aquel amanecer de fuego que apenas comenzaba a despuntar.

Una nueva sacudida les golpeó. Alex sostuvo a Alba a tiempo para que no cayera. La sostuvo firmemente y tiró de ella hacia la barandilla del barco. Ambos se sostuvieron firmemente de la misma, y al mirar hacia abajo el mar les descubrió el motivo de aquellos golpes.

Sirenas.

Sus siluetas se perfilaban bajo el mar como un terrorífico nido de tiburones. Danzaban alrededor del barco, hambrientas. Y no eran sirenas como las que vivían en tierra. Su cuerpo entero estaba cubierto de escamas. Solo sus melenas rubias les hicieron descartar que se tratara de cualquier otro tipo de seres marinos.

—¿Qué están haciendo? —murmuró Alex, que parecía ser el único que aún no había sido hipnotizado por aquellos seres que parecían recién llegados del inframundo.

—Están tratando de volcar el barco —respondió Julián, sin retirar la mirada del agua.

—Pero...no tiene sentido... saben lo que somos. Ya estuvimos aquí y no nos hicieron nada...

Hubo un largo silencio entonces, mientras observaban aquella danza constante y las olas rompían contra el casco.

—Pero esta vez hay sangre humana en el barco —se atrevió finalmente a responder Natalia y su mirada se dirigió hacia Alba.

19

Los golpes contra la cubierta eran cada vez más constantes y más fuertes. No sabían qué hacer. Nada las detendría, nada que no fuera calmar su sed. Esas sirenas no eran como ellos, se movían por instintos primitivos, y tenían clara la necesidad básica que iban a cubrir con el ataque al barco.

Una nueva embestida, más fuerte que las anteriores, les llevó a mirarse los unos a los otros. Habían atravesado el barco. Álex corrió a asomarse a uno y otro lado de la cubierta, hasta que confirmó lo que temía; un enorme boquete en el casco. No tardarían en hundirse.

La tristeza y la rabia le oprimieron el corazón al darse cuenta de que iban a perder el barco de su padre. A pocas cosas materiales estaba tan aferrado como a aquella nave. Y ahora volvía a perder de nuevo en su vida. Y, una vez más, por culpa de Silvia. Había perdido a Alba por su culpa. Y ahora iba a perder el lugar del mundo en el que más instantes había sido feliz, el sitio en

el que siempre se había refugiado cuando quería alejarse del mundo. Trató de contener su furia, de alejarla al menos temporalmente. Ya se encargaría de ella más tarde. Ahora lo importante era que ellos sobrevivieran, ya que su barco no lo haría.

—Tenemos que lanzarnos al mar. Esto se hunde —vociferó para que los demás le oyeran por encima del sonido del mar agitado y de los golpes constantes de las sirenas.

—Pero... Alba... —murmuró Natalia, mirando a su amiga, muda de terror.

—No podrán hacerle daño —aseguró Álex. Señaló con el dedo hacia el cuello de Alba, y ella instintivamente buscó bajo su camiseta. Su amuleto. —De todas formas, la protegeremos. Nos tiraremos juntos, los tres alrededor de ella, de manera que les cueste llegar hasta ella. Así les daremos tiempo; ellas se darán cuenta de que es una sirena, y si a pesar de ello tratan de hacerle daño el amuleto la protegerá.

—¿Y si no funciona con ellas? No lo sabemos —preguntó Julián.

—Tendremos que comprobarlo —susurró Alba, que era consciente, sin haber visto el agujero en el casco, de que comenzaban a hundirse.

—No permitiré que te suceda nada —farfulló Álex mientras agarraba a Alba por los hombros. Era una promesa.

Un nuevo golpe, y el barco se inclinó, alzándose por la proa. Salieron disparados contra la barandilla de popa, a la que se agarraron con fuerza para no caer al agua. Antes de que pudieran recomponerse el barco volvió a caer otra vez.

—¡Vamos, no hay tiempo! —profirió Julián. Subió a la tabla que usaban habitualmente para bañarse en el mar y alentó a los demás a subir. Cuando todos estuvieron sobre la tabla, puso sus brazos alrededor de Natalia y Álex, haciendo un círculo alrededor de Alba. Los cuatro habían pasado a ser uno solo.

—Caeremos a la vez, y pase lo que pase no os separéis. Alba, agárrate.

Alba apenas tuvo tiempo de plantearse lo que iban a hacer. No tenían más opciones. Antes de caer al agua miró por última vez a Álex a los ojos y se aferró a su cintura, mientras dejaba caer su rostro en el hombro de él. No sabía cómo terminaría todo aquello, y necesitaba, en aquel último abrazo, darle a entender que sí, que si volvían vivos, lo intentaría. Intentaría ser su amiga, intentaría buscar la manera de saltarse a Silvia para no perder el contacto con él. Porque, en el fondo, todo este tiempo, le había echado de menos. Mientras caían, él la miró y sonrió.

Dos cosas sintió Alba mientras caía al mar. El contacto con el agua salada, que provocó su rápida transformación, y los mordiscos en la piel. Fue sorpresa lo primero que pasó por su cabeza al sentirlos. No entendía cómo las sirenas habían traspasado la barrera humana a la que ella se aferraba con todas sus fuerzas.

Y sin embargo, de alguna manera, lo habían conseguido. En ese momento, supo que moriría allí. Era su final, y posiblemente el de Álvaro también. No había podido salvarle del mundo al que ella pertenecía, y que tanto daño le había hecho. Se dejó vencer por el dolor y se resistió a luchar. La batalla estaba perdida.

Pero aquel pequeño debate, que en su mente duró una eternidad, en realidad consistió en tan solo unos segundos. Los justos para que las sirenas se percataran de que la piel que trataban de devorar no solo era veneno para ellas, sino que era indestructible. Alba se percató de que la dejaban en paz, y dejó inmediatamente de sentir dolor. Abrió los ojos y se miró los brazos, difusos a través del agua enturbiada por su propia sangre. Pronto, antes sus propios ojos, sus heridas comenzaron a cerrarse. Se estaba reponiendo, iba a sobrevivir. Aún quedaba esperanza para Álvaro.

Solo entonces se percató de los gritos en su cabeza. Natalia gritaba. Y la forma en que sus gritos estremecedores retumbaron en su cabeza la pusieron de nuevo en alerta. Algo no iba bien. Salió de su aturdimiento y buscó a su alrededor, en busca de los demás. No tardó en encontrarlos, en el fondo, junto a las rocas. Nadó hasta ellos y trató de comprender mientras tanto lo que estaba viendo. Álex estaba tumbado boca arriba sobre las rocas, totalmente quieto, mientras Julián y Natalia se aproximaban a él a toda velocidad.

El corazón comenzó a golpearle con fuerza, con tanta intensidad que le retumbaban los tímpanos. Los gritos de Natalia no cesaban. Vio como ellos llegaban hasta Álex, como Natalia abrazaba a su hermano y lo sostenía. Él no se movía, no abría los ojos. Parecía un muñeco, completamente inerte. Un hilillo continuo de sangre ascendía desde su cabeza y tomaba un tono menos intenso al mezclarse con el agua y ascender en una danza silenciosa y escalofriante.

No podía hablar, era incapaz de reaccionar. No entendía lo que estaba sucediendo. No podía ser Álex el que estaba ahí tirado, convertido en un muñeco de trapo. Era imposible. Álex era prácticamente invencible. Observó cómo Natalia volvía a dejar a Álex sobre las rocas y apoyaba las manos sobre su pecho, mientras cerraba los ojos. Estaba curándole. Alba esperó, confiada de que de un momento a otro Álex abriría los ojos. Pero pasaban los segundos y Álex no reaccionaba.

Lo intentó ella misma. Colocó las manos sobre su pecho, como había hecho Natalia, y susurró las palabras adecuadas. Pero no funcionaban. Álex seguía inconsciente.

—Tenemos que buscar ayuda —susurró Julián, mientras sostenía a Natalia por la cintura e

intentaba que ella reaccionara. Ella asintió, entre sollozos, mientras cerraba los ojos con fuerza, tratando de concentrarse. Alba entendió lo que trataba de hacer, y agarró su mano. Cerró también los ojos y se esforzó en concentrarse en el mar, al tiempo que pedía ayuda desde su interior, en la forma en que le habían enseñado a hacerlo para pedir ayuda a las demás sirenas. Pronto, sintió de vuelta una ligera vibración, como un murmullo. El mensaje les había llegado. Ahora solo quedaba esperar a que llegaran lo antes posible.

Cuando volvió a abrir los ojos, Alba miró de nuevo a Álex, totalmente inmóvil. Un escalofrío recorrió su cuerpo, una premonición, que le hizo desear que todo aquello no fuera más que una pesadilla.

—Lo subiré a la superficie para que pueda respirar —oyeron a Julián, apenas un susurro colado entre sus propios pensamientos. Sin esperar respuesta, cogió a Álex entre los brazos y comenzó a ascender hacia la superficie. Natalia comenzó a seguirle, mientras Alba seguía paralizada. Aquello no estaba sucediendo.

—Tienes que irte, Alba. Tendrás que seguir sola. —dijo Natalia, que se había dado de nuevo la vuelta al recordar de repente el motivo de aquel viaje. Tomó las manos de Alba entre las suyas. —No puedes quedarte aquí, Álvaro depende de ti. Y mi hermano depende de nosotros ahora mismo.

Alba no pudo evitar que el pánico se vislumbrara en su rostro. Continuar sola...

—Vamos, ya has comprobado que no pueden hacerte daño. Puedes hacerlo, Alba. Ahora eres prácticamente invencible.

Tal vez tuviera razón. Y sin embargo, en aquel momento, se sentía más frágil que nunca.

—Avisa a mi padre en cuanto puedas. Dile dónde estoy, por favor —trató de controlar el temblor de las manos, aún aferradas a las de Natalia.

—Lo haré, lo prometo.

Alba asintió en silencio y alejó sus manos de las de su amiga. No podían perder más tiempo. Le dio un ligero abrazo y se alejó de ella sin mirar atrás.

Sola en el inmenso y profundo océano. Lejos de la humanidad, lejos de cualquier atisbo de su vida habitual. Solía adorar la calma y el silencio que le regalaba el mar en sus habituales recorridos por la costa. Sin embargo, en las profundidades, con la oscuridad que se cernía a su alrededor, esa misma soledad acababa de convertirse en su peor enemiga. El silencio era

abrumador, al punto de resultar agobiante. Mientras nadaba sin saber hacia dónde dirigirse exactamente, Alba se preguntó cuánto tiempo sería capaz de resistir en aquella pecera infinita antes de volverse loca. Tuvo que cerrar los ojos y volver a visualizar el rostro de Álvaro para recordar por qué se encontraba en semejante tesitura y encontrar el aliento suficiente para seguir adelante.

No podía estar lejos de la isla. Estaban llegando a ella cuando las sirenas comenzaron a golpear el barco, además de que por lo que sabía, ellas no solían alejarse de la isla. Siguió nadando, en línea recta, procurando continuar en la dirección a la que hubieran seguido de continuar en el barco. Su orientación bajo el mar estaba mucho más desarrollada que la que tenía fuera de este. Sin embargo, en aquel instante se sentía totalmente a la deriva entre tanta oscuridad.

Hasta que vio algo, a lo lejos. Unos ligeros destellos plateados. Nadó en su dirección todo lo rápido que pudo, y no tardó en confirmar que se trataba de las sirenas, las mismas que acababan de intentar devorarla. Al confirmar que eran ellas, y que estaba lo suficientemente cerca para no perderlas de vista, volvió a nadar más lentamente. Las seguiría, ellas la llevarían hasta la isla.

Se mantuvo a una distancia más que prudente, pues temía que en cualquier momento las sirenas se percataran de su presencia.

Mientras avanzaba tras ellas, trató de plantearse a qué iba a enfrentarse en la isla. El haber comprobado que las sirenas no habían podido hacerle más que heridas superficiales le daba algo más de tranquilidad. Ahora solo le quedaba desear salir de allí con Álvaro, ambos con vida. Sonaba utópico.

Su corazón se disparó en cuanto se dio cuenta de que las sirenas comenzaban a ascender, y detectó los primeros indicios de tierra firme algunos metros por delante de ellas. Habían llegado. Se mantuvo a más profundidad que las sirenas, mientras avanzaban hacia la isla. Aquel lugar debía estar plagado de más como ellas, y era posible que detectaran su rastro a olor humano a bastante distancia. Las sirenas se perdieron en la superficie, y ella siguió avanzando bajo el agua.

No podía acceder a la isla por la playa por la que acababa de perder de vista a las otras sirenas. Tenía que buscar un acceso más escondido. Rodeó la zona de aguas más calmadas y se aproximó a una zona de acantilados, desde la que podría observar sin ser vista. Buscó un recoveco entre los muros de piedra y se alzó hasta poder sentarse. Miró rápidamente a su alrededor y no vio ningún indicio de vida a su alrededor. Así que aprovechó para coger resuello y pensar en lo que haría a continuación. Le estaba costando muchísimo centrarse. No solo le podían los nervios y el miedo, sino que no podía parar de pensar en lo que había pasado con Álex. Trató de alejarle de su mente, no podía distraerse. Él estaría bien, seguro. Tal vez le habían hecho alguna herida grave, y su cuerpo tardaría algo más de lo habitual en recuperarse. Pero se recuperaría.

Se centró en el momento actual. Tenía que encontrar a Lara. Y darle lo que quisiese. Había pensado en lo que había dicho Julián sobre la forma en la que pedir su deseo. Tal vez si le pedía algo así como “vivir con el amor de su vida”, todo volvería a ser como antes. Lo que temía era que, antes de encontrar a Lara, llegara un ejército de sirenas zombies a tratar de devorarla otra vez. Claro que en tierra debía ser más fácil evitarlas. Ellas no serían tan fuertes, pero su colgante no perdía sus capacidades fuera del agua. Ese pensamiento la tranquilizó. Examinó de nuevo la playa, más atentamente, en busca de algún movimiento, de algún indicio que le indicara hacia dónde dirigirse. Y fue entonces cuando les escuchó.

Apenas un murmullo, muy lejano. Eran voces masculinas, y hablaban su idioma. No eran sirenas. Volvió a dejarse caer al mar, y nadó cerca de la costa, siguiendo el sonido de las voces. A varios metros de donde se encontraba, encontró una especie de cueva a la que se accedía solo desde el mar. Las voces venían de allí. Desde la claridad del exterior no lograba ver el fondo de la cueva, pero estaba segura de que en su interior iba a averiguar de quiénes eran las voces. Nadó veloz, olvidándose del peligro, solo deseando que alguna de las voces fuera la de Álvaro. El agua no llegaba hasta el fondo de la cueva, sino que, al menos con la marea baja, quedaba una pequeña zona de guijarros libre del mar. Salió del agua para transformarse y echó a correr hacia las voces, que sonaban ahora muy claras. Avanzó por el suelo de guijarros hasta el fondo de la cueva y le sorprendió ver que allí no terminaba. Un pasillo, que no hubiera visto de no ser por las voces que le guiaban hasta allí, se abrió en la roca. Se metió por él y avanzó varios metros, hasta que el pasillo se ensanchó y dio lugar a una especie de sala redonda, apenas iluminada por la luz que lograba colarse desde el exterior.

Y fue entonces cuando vio lo que había allí. Jaulas. Varias jaulas ocupaban todo el espacio. Se preguntó cómo demonios podía haber jaulas allí. Y entonces confirmó que las voces que había escuchado era de seres humanos. Dentro de las jaulas debía haber al menos una treintena de hombres. Hombres que huyeron a alejarse lo más posible de ella según la vieron entrar. Corrieron a esconderse en el fondo de las jaulas.

Eran los Buscadores que había pedido Silvia que desaparecieran de la faz de la Tierra. Y allí estaban, sin duda, como si se los hubiera tragado la Tierra. Alba observó perpleja sus caras de pánico. Debían pensar que era una de las sirenas de la isla. Buscó entre los rostros, nerviosa.

Álvaro. Dime que estás aquí. Por favor.

—Alba, ¿eres tú? —dijo una voz conocida desde el fondo de una de las jaulas. Su corazón se disparó y buscó el lugar de donde procedía la voz. Un hombre salió de la oscuridad y se acercó a los barrotes de hierro. Alba corrió hacia él.

—Sí soy yo... —murmuró mientras tomaba sus manos a través de los barrotes. —¿Estás bien, abuelo?

—Sí, cariño, estoy bien. Pero tú... ¿qué haces aquí?

Tal y como su madre y ella habían temido al no localizarle, habían capturado también a su abuelo junto al resto de Buscadores. Al igual que Álvaro, aunque ya hacía tiempo que había dejado de buscar sirenas, durante mucho tiempo había sido uno de ellos.

—Abuelo, te sacaré de aquí, no sé cómo, pero lo haré. Álvaro... ¿lo has visto? Han debido capturarlo también.

—Claro... —dijo abriendo mucho los ojos, sorprendido. —Yo... ni siquiera caí en que él también podía estar aquí. No, no le he visto.

Asintió, decepcionada. Álvaro no estaba allí. Y su abuelo ni siquiera le había visto. Tenía unas ganas terribles de hundirse en un rincón a llorar. Pero no podía. Aún no. Se centró en los barrotes: iba a necesitar ayuda para derribarlos, y no quería hacer un uso excesivo de sus poderes. Necesitaba estar fuerte, por lo que pudiera suceder. Así que salió corriendo por donde mismo había venido. Llegó hasta la entrada de la cueva y se centró en el mar. Solo le hizo falta alzar ligeramente la mano, y el mar se alzó hacia ella. Él se encargaría de deshacer los barrotes de la jaula. Y le llevaría su tiempo, lo cual estaría bien. No quería enfadar a Lara antes de encontrarse con ella. Además, aunque liberase ya a los Buscadores tampoco sabía muy bien cómo sacarles de allí. La fuerza de ellos serviría de poco ante las sirenas y a nado era imposible salir de allí. Ellas los devorarían antes. Solo le quedaba rogar porque llegaran refuerzos, porque Natalia avisara a los demás y vinieran en su ayuda. Sino por ella, que lo hicieran por el aprecio que sentían hacia su padre. Volvió a adentrarse en la cueva seguida de una columna de agua, que se dividió al aproximarse a las jaulas y se enroscó a través de varios barrotes. La fuerza del mar acabaría por romper los barrotes. Mientras tanto, ella buscaría a Lara.

Se acercó de nuevo a la jaula en la que se encontraba su abuelo.

—Volveré. Pase lo que pase, no salgas al mar. Es demasiado peligroso, y estamos a miles de kilómetros de cualquier lugar.

Él asintió en silencio, y ella rogó porque aquella no fuera la última vez que le viese.

—Ellas...ya se han llevado a algunos... se los llevan por la entrada al mar... pero hay otra... parece la jefa... viene de allí —le indicó otro acceso a la sala, que parecía adentrarse aún más la roca. Ten cuidado... —atinó a decirle, cuando ella ya corría hacia el interior de la cueva.

Ante ella había un nuevo pasadizo de piedra, al que ya no llegaba la luz. Caminó a tientas en la oscuridad durante varios metros, hasta que vio próximo un ligero halo de luz. Caminó entonces con más seguridad hacia allí, y no tardó en encontrarse en una nueva sala, más pequeña que la anterior. Siguió el halo de luz que se colaba desde arriba iluminando la cueva; huecos en la pared daban al exterior y permitían que se colara la luz. Y al bajar nuevamente la mirada, se topó con tres pares de ojos que la observaban con atención desde el fondo de la cueva. Le costó reconocer a Lara. Tenía escamas por todo el cuerpo y los rasgos de su rostro eran diferentes, menos humanos. Su cara era más angulosa y sus ojos de un verde tan brillante que parecían esmeraldas incrustadas en sus cuencas.

Alba supuso que había usado algún hechizo para tener el aspecto humano con el que la había conocido en tierra. Se quedó de piedra al ver a Lara sentada tranquilamente en una roca, con algo entre las manos, algo que mostraba a otras dos sirenas, sentadas en el suelo, y que parecían haber estado muy atentas a Lara hasta que Alba había interrumpido en la sala. En una fracción de segundo, las sirenas estaban junto a ella. Y nada las hubiera detenido de un nuevo intento por probar su carne, si Lara no las hubiese detenido.

—Chicas, no —pronunció firmemente, y las otras se detuvieron en seco. No había dicho esas palabras en voz alta, sino que se las había transmitido directamente a su mente, como solían hacer ellas cuando se encontraban bajo el mar. A Alba le llamó la atención haberla comprendido, como si les hablara en su propio idioma, cosa que era imposible.

—Tranquilas, aunque huela como los humanos, es una sirena.

Las sirenas la observaron sorprendidas y la olieron con descaro sin comprender. Estaban fuera del agua, así que tenían aspecto humano. O casi humano. Como Lara, tenían escamas por el cuerpo, como si no terminaran nunca de transformarse del todo. Iban descalzas, y ocultaban con algas sus partes íntimas.

Alba apenas podía respirar, mientras esperaba a que se abalanzaran sobre ella. Pero no lo hicieron. Obedecieron a Lara, y se alejaron ligeramente de ella.

—Vaya, vaya, Alba. Qué agradable visita. —Ahora que se dirigía a ella sí hablaba en voz alta, en castellano. —Mira, justamente les estaba contando a mis amigas lo bien que lo pasé durante mi visita a tierra firme. Ven, siéntate. Verás, conservo este hermoso diario que se quedó en alguno de los barcos que varan en esta zona, y lo utilizo para dibujar mis memorias. ¿Ves? ¡Cuántas cosas aprendí en mi viaje!

Alba se acercó lentamente, seguida de las sirenas. Lara le hablaba con auténtico entusiasmo, con un tono infantil fuera de lugar que le provocó un escalofrío. Observó de reojo lo que tenía entre las manos. Efectivamente era un cuaderno, donde Lara había dibujado con trazos grandes distintos objetos de la vida común; desde un tenedor a un móvil.

—¿Cómo llamabais a esto? —dijo señalando uno de los dibujos —no lo recuerdo.

—Anillo. Es un anillo. Lara, ¿dónde está Álvaro?

—Ah, eso, anillo. Se utiliza para demostrar que pertenecéis a otra persona. A pesar de los siglos, seguís siendo tan patéticos los humanos...

—Lara —pronunció Alba, y su voz sonó más fuerte. Empezaba a perder los nervios.

—Ay, dime. Es que verás, ese nombre me lo puso Álex para llamarme de alguna forma que fuerais capaces de pronunciar. Ya casi me había olvidado de él.

—¿Dónde está Álvaro? —insistió, nerviosa.

—¿Álvaro? ¿Quién es Álvaro?

—No te burles de mí. Sabes perfectamente quién es Álvaro.

Lara se puso en la mano en la barbilla y dejó a un lado su cuaderno, como si estuviera pensando a quién se refería.

—Déjame pensar, sí... ¿tu novio, no? Otra sirena con ocurrencias absurdas. Enamorarse de un Buscador, a quién se le ocurre.

—Él ya no es un Buscador, Lara.

—Era, Alba, era un Buscador —suspiró profundamente. —Me lo comí.

No le dio tiempo a decir nada más, pues Alba se abalanzó sobre ella. No se molestó siquiera en hacerle daño sin tocarla. Necesitaba dañarla físicamente, necesitaba golpearla con todas sus fuerzas. Pero Lara fue más rápida, y con un solo movimiento de su mano disparó el cuerpo de Alba contra la pared de piedra. Sintió un fuerte dolor en la espalda, pero en pocos segundos ya estaba recompuesta. Buscó a su alrededor algo con lo que dañarla, mientras lágrimas ardientes caían por sus mejillas. Estaba llena de furia.

No puede ser, no puede ser, se repetía a sí misma, mientras su mano giraba y hacía que las algas que tapaban parte del pecho de Lara se deslizaran por su escote, hasta llegar a su cuello. Una vez allí, comenzaron a retorcerse alrededor de su cuello. Y mientras tanto, Lara no paraba de sonreír, lo que hacía que Alba hirviera aún con más furia. Una de las sirenas que había estado observando la escena se abalanzó contra Alba, mientras la otra trataba de detener el avance de las algas.

Tirada en el suelo, bajó el peso de la otra sirena, que trataba de contenerla, miró hacia arriba y se centró en el techo de piedra. Bajo su atenta mirada, este comenzó a temblar. Derrumbaría la cueva, y morirían todas allí. Las primeras piedras comenzaron a caer y ella las observó entre lágrimas. Ya todo daba igual.

Y entonces, cuando todo estaba perdido, esa voz...

Alba, Alba... era la voz de él.

No podía ser, debía estar padeciendo alucinaciones.

Siguió centrada en las piedras, observando como la tierra temblaba y caían... hasta que un rostro se coló frente al suyo, impidiendo que pudiera seguir haciendo caer el techo.

Ese rostro, su rostro... aquellos ojos oscuros que tan bien conocía...

Se centró en el rostro de él y detuvo la orden de su mano para acercarla a su mejilla y comprobar que era real...

—Álvaro... —murmuró, sin ser capaz de creérselo aún.

—¿Tanto me echabas de menos, empollona, que has venido hasta el mismísimo infierno a buscarme? —le susurró al oído.

—Ni Dante lo hubiera hecho mejor —le dirigió una ligera sonrisa. Aún no estaba segura de si él estaba realmente allí, o si ya había muerto y estaba con él, pero en otra vida.

Él sonrió y se aproximó a sus labios . Y la besó con la premura con que la besaba cuando estaban comenzando su relación, como si el tiempo para ellos fuera a acabarse al día siguiente. Y ella olvidó dónde estaban, y en qué situación se encontraban.

—¡Qué bonito!El reencuentro de los jóvenes enamorados —interrumpió Lara, mientras se aproximaba a ellos. —Pero chica, vaya carácter, no aguantas una broma.

Sonreía, una amplia y falsa sonrisa mientras les observaba desde arriba con los brazos en jarras.

Cuando su voz les devolvió a la realidad se pusieron inmediatamente de pie. Era mejor tener al enemigo de frente.

—Con ciertas cosas no se bromea, eso parece que no lo aprendiste en tu visita —respondió Alba, que se había interpuesto entre Lara y Álvaro para alejarla de él lo máximo posible. Las dos sirenas permanecían tras Lara, sin duda a la espera de una orden.

—No, sin duda todo lo que tiene que ver con eso que llamáis amor sigue siendo un gran misterio para mí. Tendré que haceros una nueva visita para ver si soy capaz de comprenderlo. —Y de nuevo su fingida sonrisa. Alba estaba en tensión, esperando. Con Álvaro allí, no podía correr riesgos. Cualquier error podría ser mortal para él. —Bueno, ya no te entretengo más. ¿Cuál era tu plan, Alba? Llegar hasta mi isla, ¿y qué más? No esperarías irte de rositas con el chico...

—No, me temía que no funcionaría así. Dime qué quieres. Te daré lo que deseas.

—¿A cambio del chico? No, sabes que eso no funciona así...

—Ya, lo sé. No lo quiero a él... quiero...

—Para... para... por favor... que se me va a atragantar la última comida que hice... no vayas a decirme alguna chorrada del tipo de la de vuestro amigo Julián. A él se lo permití porque... en fin... no me hacía mucha falta... para que querría yo un Guardián teniendo humanos... su carne es veneno, y además trataría de escapar, bufff... demasiados contras. Pensé que era mejor permitirle quedarse. Además, ya traía conmigo un premio mucho más jugoso...

Dirigió su sonrisa hacia Álvaro, y Alba se pegó aún más al cuerpo de él.

—Tranquila, contigo haremos una excepción. Dejaré que te lo lleves de vuelta.

Alba tragó saliva. Sabía que no podía ser tan fácil.

—¿A cambio de qué? —preguntó.

—A cambio de tu colgante.

Le zumbaron los oídos, y creyó que se desmayaría. Pero tras el leve mareo se mantuvo en pie. Ella lo sabía. Sabía de los poderes de su colgante. Qué estúpida había sido. La primera sirena lo sabía prácticamente todo sobre el mundo de las sirenas. No era de extrañar que supiera de la existencia del colgante.

—¿Para qué querrías tú mi colgante? A ti no te hace falta, tú eres mucho más poderosa —la aduló Alba.

—No lo suficiente en tierra. Quiero serlo más —murmuró con un brillo de ambición en los ojos. —Lo tomas o lo dejas, Alba. El chico o tu protección. Sé cuánto significa ese colgante para ti. Veremos cuánto estás dispuesta a entregar por amor.

Y a pesar de saber el peligro que podría derivar de que alguien como Lara tuviera en su poder el colgante, y lo vulnerable que sería ella sin él, pasó las manos alrededor de su cuello, dispuesta a dárselo. Pero se dio cuenta de algo y se detuvo.

—No te lo daré aquí. Nos llevarás a tierra firme, a nosotros y al resto de hombres que tienes enjaulados. En cuanto estén todos a salvo, te lo entregaré.

—¿Los Buscadores? —preguntó desconcertada.

—Sí.

—Pero si son asesinos de sirenas...¿Para qué querrías liberarlos?

—Mi abuelo es uno de ellos. Y el resto... son seres humanos. Confío en que la vida se encargue de hacerles pagar por lo que han hecho.

Lara la observó con los ojos muy abiertos y soltó una sonora carcajada.

—Qué patética eres. Me avergüenza saber que formas parte de nuestra raza —le dijo con absoluto desprecio. —Ellos se quedan. Mis compañeras tienen hambre, y no imagino mejor

alimento para ellas que nuestros peores enemigos.

—Por favor... —murmuró Alba.

—No hay nada más que hablar. Tomas el trato o lo dejas.

Las piernas le temblaban. En cuanto Lara descubriera que había liberado a los hombres de las jaulas no tendría piedad de ella.

—Está bien. Vayámonos ya. —rogó porque hubiera otra salida distinta a la que daba al lugar donde estaban las jaulas.

—Eso está mejor. Seguidnos.

Para su alivio, Lara tomó una salida distinta, otro pasadizo en el lado contrario de la cueva. Avanzaron en silencio por él, con Lara guiando al grupo, y tras ella, Álvaro y Alba escoltados por las dos sirenas que no les quitaban ojo de encima.

No tardaron en salir a una nueva abertura en la roca, que daba directamente al mar.

—Yo lo llevaré a él y ella a ti. —indicó Lara.

—¿Cómo?

—Como siempre, nadando.

—Pero... estamos muy lejos, tardaremos muchísimo.

—Tú sí, pero nosotras no. Créeme. En unas horas estarás de vuelta en tu vida, solo que serás una sirena más, vulgar y corriente.

Alba asintió. No le quedaba otro remedio que confiar. Hasta donde sabía, Lara siempre cumplía sus tratos.

—Está bien.

Álvaro la miró preocupado. Él tenía muchas más dudas que ella sobre lo que se disponían a hacer. Ella asintió, tratando de calmarle y apretó su mano con firmeza. Todo iría bien.

Estaban ya preparados para saltar al mar, cuando una sirena apareció en la superficie del agua

frente a ellos. Y Alba escuchó lo que decía a Lara.

Los hombres han escapado. La jaula estaba abierta.

Lara miró a Alba, sin dudar ni un instante de que ella era la culpable.

—Pero qué has hecho —farfulló.

Buscadlos a todos. Acabad con ellos.

Su orden era clara, y las sirenas se lanzaron al mar para desaparecer junto a la sirena que había traído el mensaje. Solo quedaron Alba, Álvaro y Lara. Álvaro les miraba confuso, sin entender qué estaba sucediendo.

—Ya no hay trato, Alba, tú has decidido que así sea. Me quedaré con tu colgante igualmente.

Lara alzó la mano y con un movimiento brusco trató de arrastrar hacia sí el colgante con su magia. Pero el colgante no se movió de su sitio. Volvió a intentarlo otra vez, sin éxito.

—No lo conseguirás. Así, no. Llévanos a tierra firme. Libéranos y te lo daré —suplicó Alba.

—No. Me basta con matarte. Una vez muerta, podré quitártelo sin problema.

Alba no esperó a que terminara la última frase. Tiró de Álvaro hacia el pasillo por el que habían venido y derrumbó la pared de piedra tras ellos, dejando a Lara al otro lado. Sabía que eso la detendría durante apenas unos segundos. Suficientes para alejarse unos metros y para comenzar a pensar en cómo demonios iban a salir de aquella situación. Efectivamente, apenas habían llegado a la sala en la que se encontraban anteriormente, cuando Lara ya estaba tras ellos. Y no solo ella apareció en la sala; desde el lado contrario, varios hombres entraron corriendo, seguidos de varias sirenas, que no tardaron en lanzarse sobre ellos. Alba trató de no mirar hacia la carnicería que sabía que estaba a punto de suceder, y se centró en los movimientos de Lara. Buscó su collar y mientras lo sostenía bajo sus dedos trató de centrarse en pedir ayuda. Habían pasado varios años desde que su padre se lo había entregado, y en todo ese tiempo su bisabuela le había enseñado a usarlo. No tenía que esperar, como había hecho cuando estaba en Sevilla, a correr auténtico peligro para que los elementos naturales vinieran en su ayuda. Si corría peligro, solo tenía que pedir ayuda de la manera adecuada. Y así lo hizo. Y mientras rogaba porque la ayuda llegara rápido, se adelantó al siguiente ataque de Lara, que solo con mirarla había comenzado a hacerle muchísimo daño. Mientras agitaba su brazo centrándose en el mar, sintió que se desvanecería de un momento a otro. Hasta que de pronto el dolor paró. Abrió los ojos, extrañada. En medio del caos, Álvaro había cogido piedras cercanas a él y había aprovechado su puntería para dar de lleno a Lara. Eso era lo que la había detenido. Sin embargo, Alba se asustó aún más. Hasta ese momento, Álvaro había pasado casi desapercibido para Lara. Ahora que le había hecho

daño, iría a por él. Efectivamente, Lara se recompuso en un instante de los golpes y miró a Álvaro. Acto seguido, con un solo movimiento de su dedo índice, lo envió contra la pared. Álvaro cayó al suelo inconsciente. Y Alba aceleró sus movimientos, fuera de control. Provocó que el agua entrara en la sala de forma agitada, como si un gran remolino la estuviera provocando. Lara estaba desconcertada, sorprendida ante el acontecimiento inesperado. Alba aprovechó el despiste para abrazar a Álvaro y acercar el remolino de agua hacia sí. En cuanto este les rodeó, se transformó en sirena. Pegó sus labios a los de Álvaro y se dejó arrastrar por el remolino que los empujó hacia arriba. No tardaron más de unos instantes en salir al exterior por uno de los agujeros del techo de la cueva, arrastrados por la corriente de agua. Una vez fuera, el remolino perdió fuerza hasta caer bajo su propio peso. Cayeron al suelo, que estaba empapado, por lo que la cola de Alba no desaparecía y Álvaro seguía inconsciente. No tenía muchas opciones. Estaban a solo un par de metros del precipicio sobre el mar. Puso las manos sobre la frente de Álvaro y se concentró unos instantes en hacerle recuperar la conciencia. Él no tardó en abrir los ojos y reaccionar de inmediato.

—Vamos —le indicó señalando hacia abajo, hacia el mar. Sabía que no era la solución, pero no veía otra alternativa. No podían quedarse allí esperando a Lara. Tampoco es que ella se hiciera esperar. Alba abrazó a Álvaro y lo empujó hacia el precipicio. Cuando miró hacia atrás, Lara ya estaba allí.

Cayeron con fuerza en el mar, que arremetía furioso contra las rocas en ese lado de la isla. Apenas logró transformarse, cuando ella unió sus labios a los de él y comenzó a nadar con todas sus fuerzas en dirección contraria a la isla. En un momento dado, una de sus manos tanteó su colgante y volvió a pedir ayuda. Sabía que de otra forma, difícilmente saldrían de allí con vida. Apenas habían avanzado unos metros cuando sintió un fuerte golpe en la cola. Aulló de dolor, lo que provocó que inevitablemente se separara de Álvaro. Tras el dolor, se vio arrastrada hacia el fondo. Lara ya estaba allí, y mientras tiraba de ella hacia abajo, le dedicaba una terrible sonrisa.

No usaré mis poderes. Te mataré con mis propias manos.

La voz de Lara se coló en su mente al tiempo que sus manos se deslizaban en su garganta. Comenzó a presionarla sin que ella pudiera evitarlo. Lara era más fuerte que ella. Incluso a pesar de su colgante. Iba a matarla y nadie iba a poder evitarlo. Trataba de provocarle daño mientras la miraba a los ojos y le ordenaba que parase, pero nada de ello era efectivo. A pesar de que percibió en el rostro de Lara el esfuerzo, pues debía estar luchando contra el daño que ella le estaba provocando, no era suficiente para que se detuviese. Y a Alba comenzaban a faltarle las fuerzas. La estaba ahogando. Comenzaba a marearse. Cuando su vista comenzó a nublarse, y no tuvo otro remedio que dejarse arrastrar a la oscuridad, le pareció ver dos cosas; el rostro de Álvaro detrás de Lara y que el océano brillaba, en un tono azul luminiscente. En el último instante, supuso que no era sino una visión, una última imagen con la que despedirse de sus dos amores; el mar y Álvaro.

El cielo estaba totalmente despejado; ni una sola nube solitaria que ocultara al intenso sol unos instantes para aliviar el calor de un día de verano. Y el mar... en calma, solo un ligero vaivén que la acunaba suavemente. Eternamente. Si existía el Paraíso, debía ser así. Solo mar y cielo. Sosiego y paz.

Pero en aquel Paraíso había alguien más. Una respiración agitada se dejó sentir por encima del rumor del mar. Se esforzó en abrir los ojos y cuando logró enfocar su mirada se topó con unos ojos oscuros que contrastaban con la paleta de tonos brillantes de aquella mañana de verano. Y sin embargo, esa oscuridad la calmó aún más. Tanto que volvió a cerrar los ojos y sintió que volvería a caer en el dulce estado de inconsciencia en que se hallaba. Pero una voz la hizo volver en sí:

—Alba... vamos, tienes que abrir los ojos...

No quería regresar, se encontraba bien allí donde estaba.

—Por favor, te necesito de vuelta...despierta...

Él siguió rogándole, y ella se dio cuenta de que tenía que volver. Su tono apremiante, nervioso, le hizo ver que no le quedaba otra opción que salir de su estado de trance. Volvió a abrir los ojos e hizo un gran esfuerzo por quedarse allí, con él. Sus ojos ahora le miraban directamente a ella, y eso terminó de devolverla a la vida. Estaba preocupado. Y ella no sabía por qué. Sintió su piel contra la él bajo el agua. Ella estaba inmóvil, boca arriba. Era él quién nadaba por los dos. Y entonces recordó todo...

Se desprendió de los brazos de él para mirar, alarmada, a su alrededor.

—¿Dónde está?

—Tranquila, estamos a salvo, por ahora. Había algo en el mar, algo con un brillo azul muy intenso... creo que lo que quiera que fuera eso debilitó a Lara. Te soltó y... era como si apenas pudiera moverse...

Un brillo azul intenso en el mar solo podía ser una cosa.

—Noctiluca. Eso es lo que la ha paralizado. Tenemos que alejarnos todo lo posible, no sabemos cuánto tiempo tenemos.

—Claro... nunca la había visto en el mar... —murmuró él, al caer en la cuenta. Había sido un buscador, y los buscadores solían usar la Noctiluca para reducir los efectos de los poderes de las sirenas. Aunque él solo había visto el extracto de alga, no esta en estado puro en el mar.

Alba vio la isla en la distancia. Álvaro había nadado un buen tramo con ella a cuestas. Aún así, todavía estaban demasiado cerca. Y la ayuda inevitablemente tardaría bastante en llegar. Tenía que nadar hasta ponerles a salvo. Trató de pensar rápidamente. Por la ubicación en la que estaba la isla, debían estar en algún punto entre la Península y Canarias. No sabía cuánto les llevaría tocar tierra. Pero no tenía más opción que nadar en dirección opuesta a la isla. Si la Noctiluca se alejaba de la isla, Lara no tardaría nada en dar con ellos. Un día y una noche habían tardado en llegar a la isla, por lo que Canarias no podía estar muy lejos. Ella podía nadar a gran velocidad, claro que teniendo que llevar a Álvaro, tardaría mucho más.

La cuestión era alejarse de allí. Y no había tiempo que perder.

—Tenemos que alejarnos. Sujétate a mí.

Él obedeció. No le quedaba otra opción. Unió sus labios a los de ella y se sumergieron.

Nadaron durante varias horas, saliendo solo a tomar aire de vez en cuando. Llegó un momento en el que Alba empezó a agotarse. Le dolía todo el cuerpo del esfuerzo. Y seguían sin ver tierra. Estaba orientada, completamente. Las sirenas no se perdían bajo el mar. Pero sabía que aún quedaba un gran trecho antes de llegar a tocar tierra firme. Álvaro no se quejaba, pero se veía en su rostro que también estaba agotado. Demasiadas horas bajo el mar cansaban a cualquiera.

Ella subió a la superficie, a tomar aire y a descansar un poco. Pulsó la concha de su pulsera. No tenía guardián, así que su concha estaba conectada al dispositivo de su padre, que ya tampoco tenía otra sirena de la que encargarse. Si había salido cuando les habían pedido ayuda, aquel era un buen momento para indicarle por dónde estaba. A pesar de ello, si tardaban lo mismo que había tardado ella en llegar a la isla, no llegarían hasta el día siguiente. Pero al menos así se alejarían de la isla, la rodearían e irían en su dirección.

—Descansa, estás agotada. Ya debemos estar muy lejos de la isla.

Asintió. Y sin embargo, le daba pánico detenerse. Sabía que en el momento en que la Noctiluca se retirase de la isla, Lara tardaría la mitad que ella en vencer la distancia que les separaba.

Sentía los labios tirantes por la deshidratación. Necesitaba beber agua urgentemente. Y estar en la superficie no ayudaba. El sol de justicia le hacía sentirse aún más débil. Le dolía la cabeza del esfuerzo.

—Vamos, yo nadaré ahora un rato por los dos. Sé que iremos mucho más despacio, pero seguiremos avanzando y tú podrás descansar.

Álvaro no esperó su respuesta; le tomó de la cintura y pegó su pecho a la espalda de ella. Ella se dejó llevar, tumbándose boca arriba y dejando el cuerpo suelto, para que Álvaro tuviera que cargar lo menos posible con ella. Sabía que para él iba a ser un sobreesfuerzo innecesario, pues por muy bien que él nadara, en el amplio mar las distancias a nado de un humano siempre eran insuficientes. Pero necesitaba descansar. Tomar esa postura relajada y coger fuerzas para seguir. En cuanto descansara un poco volvería a ser ella la que los llevara a los dos. Solo necesitaba cerrar los ojos y descansar...

Se dejó llevar por el vaivén del mar y debió quedarse dormida. No sabía cuánto tiempo pasó hasta que la voz de Álvaro le despertó.

—Nena, vas a tener que despertar...tenemos compañía... —le oyó murmurar, como si su voz procediera del fondo del océano. Entonces sintió un fuerte chapoteo a su alrededor. Algo agitaba el mar con fuerza. Abrió los ojos de inmediato y miró a su alrededor asustada.

No tardó en suspirar, aliviada. Eran delfines los que provocaban todo el revuelo. Una manada de delfines jugueteaba con las olas muy cerca de ellos.

Alba sonrió. Allí estaba, una vez más, la ayuda que necesitaban. Aquello le dio fuerzas, sintió que aún era posible que se salvaran. Uno de los delfines se acercó hasta ella. Sabía perfectamente qué tenía que hacer. Otro de los delfines no tardó en acercarse a Álvaro. Miró a Alba, sorprendido. Y entendió todo cuando vio que ella se subía al lomo del delfín y se aferraba a su aleta. La imitó sin dudarle, y comenzaron el viaje. Un par de horas después, la costa asomaba en el horizonte. Al fin.

Terminaron de restar los metros que les distanciaban de la isla que se mostraba frente a ellos. Era algo más grande que la isla de las sirenas, y desde lejos parecía deshabitada. Completamente desierta. El océano embravecido rompía con fuerza contra sus escarpados acantilados, y Alba se

planteó lo complicado que iba a ser el acceso a la misma si toda su costa era igual de escarpada. Sin embargo los delfines continuaron su trayectoria rodeando la isla, hasta que una playa de singular arena roja apareció frente a ellos. Una playa desierta.

Les dejaron a pocos metros de la costa. Alba buscó cualquier signo de vida humana antes de atreverse a salir del agua. Todo despejado.

Se echaron en la arena, agotados. Estaban desfallecidos, muertos de hambre y sed. Aún así, ambos sonreían. Por ahora estaban vivos, y a salvo, que no era poco teniendo en cuenta lo que habían vivido durante el día.

Pasó bastante rato, antes de que Alba tirase de las pocas energías que le quedaban para levantarse.

—Tenemos que averiguar si realmente la isla está deshabitada. No soporto la sed, me quema la garganta.

Álvaro miró a su alrededor. Como la playa estaba limitada por un acantilado no alcanzaban a ver el resto de la isla desde allí.

—Estoy seguro de que vi un faro cuando rodeamos la isla. Tiene que estar hacia allí... — comentó Álvaro al tiempo que se dirigía hacia el extremo derecho de la playa, en el que se veía un camino transitable que ascendía hacia el interior de la isla.

Efectivamente, cuando dejaron atrás la playa vieron a lo lejos un antiguo faro. Cruzaron los dedos porque quedara alguien allí. Caminaron durante los metros que les separaban del faro sin hablar, esforzándose en cada paso que daban. Cuando al fin llegaron, vieron que la puerta de entrada estaba abierta. Tocaron a la puerta, saludaron y esperaron, pero nadie les respondió. Hasta que oyeron pasos a sus espaldas; dos hombres que debían rozar la treintena venían en dirección a ellos. Alba los estudió rápidamente; venían con trajes de neopreno. Rogó porque no hubieran visto nada de su llegada a la isla.

—¡Hola! —saludó uno de ellos. El otro les sonrió ligeramente, pero su rostro se mostró más confundido por su presencia allí. —¿Necesitáis ayuda? No deberíais estar en esta zona de la isla.

Alba sonrió ante su acento suave y dulce. Estaban en Canarias, no había duda. Aunque se preguntó qué isla sería aquella, sin indicios de población.

—Nuestro barco...perdimos el rumbo y encallamos.

—Vaya...pasad, podréis pedir ayuda con la radio —era el chico que había permanecido

callado el que se dirigía a ellos esta vez. Se había tragado la excusa de Alba.

—No hay cobertura en la isla, como comprenderéis, ni línea telefónica.

Les invitaron a pasar al interior del faro, donde al fin pudieron calmar primero la sed y luego el hambre. Los hombres les ofrecieron algunas de sus provisiones, que ellos no dudaron en aceptar. Además, se dieron una ducha y les prestaron algo de ropa limpia; tenían mudas nuevas cedidas por los órganos de gobierno y fundaciones con las que solían trabajar los que pasaban temporadas allí. Resultó que eran biólogos marinos, que estaban allí una temporada realizando un proyecto de conservación. El faro hacía ya mucho que estaba deshabitado, y que se usaba solo para fines como ese.

Una vez saciados, ofrecieron de nuevo a Alba la posibilidad de usar la radio para avisar a las autoridades y que al menos pudieran llevarles a una isla mayor. Desprovistos de documentación, de móviles y de dinero, Alba veía absurdo que se movieran de allí. Su padre ya tenía su localización, ahora solo tenían que esperar a que les vinieran a buscar. Era lo más práctico. Así que se excusó esta vez diciendo que antes de perder el rumbo había dado sus coordenadas a su padre y que él vendría a buscarles... solo que posiblemente tendrían que pasar allí la noche.

Los chicos, que se presentaron como Jose y Abel, les ofrecieron asilo sin dudarlo. Estaban muy solos allí, les vendría bien algo de compañía, fue lo que les dijeron, animados. Había literas para todos. Y Alba confió en ellos, la intuición le decía que eran buenas personas.

Durante el día aprendieron mucho sobre la isla; Jose les dijo que se conocía como la isla de Alegranza, y formaba parte del Archipiélago Chinijo, en el lado más septentrional de las Canarias. Efectivamente nadie vivía en ella, y además de biólogos y otros especialistas encargados de la protección del ecosistema de la isla y la investigación, eran infrecuentes las visitas a la isla. Fue un día bonito, tanto que Alba casi olvida todo lo sucedido solo algunas horas antes. Casi. Porque Jose y Abel eran encantadores, y porque el pescado y las cervezas que tomaron de almuerzo en un lugar tan paradisíaco hubieran servido para plasmar un verano perfecto en una foto en instagram. Y sin filtros. Después del almuerzo descansaron, y ambos durmieron hasta que la tarde comenzó a caer. Estaban agotados.

Después de una cena ligera, fueron Jose y Abel los que se despidieron temprano para ir a dormir, pues tenían que madrugar al día siguiente. Alba y Álvaro permanecieron un rato más en el exterior del faro, acomodados en las sillas que habían sacado para cenar al aire libre.

—Es impresionante... —murmuró Alba perdiendo la mirada en el cielo.

—Un auténtico espectáculo —reconoció él, que también llevaba un rato con el rostro alzado. La bóveda nocturna se alzaba sobre ellos y parecía a punto de engullirles. Sin luces a su alrededor, en medio de la nada, las constelaciones se mostraban espléndidas, con una intensidad que nunca antes habían visto.

Permanecieron varios minutos en silencio, disfrutando de las vistas. Una estrella fugaz cruzó el cielo, casi a cámara lenta.

—Corre, pide un deseo —dijo Álvaro al tiempo que pedía el suyo propio.

—No me hables de deseos... —susurró ella y bajó la mirada. El inconformismo de los otros, su necesidad de algo más era lo que les había llevado hasta allí.

Él se percató de su tono y aproximó su silla a la de ella. Le pasó el brazo por los hombros y la atrajo hacia sí.

—Estamos a salvo. Estamos vivos, Alba. Eso es lo que cuenta.

—No sabemos por cuánto tiempo. Lara tiene ahora una cuenta pendiente conmigo y un objetivo que quiere conseguir. No sé cuánto tardará en venir a buscarme. Puede ser esta noche, mañana, o dentro de un mes, pero vendrá.

—Ya ha comprobado que no puede hacerte daño ni arrebatarte el collar.

—Tengo la sensación de que eso no la detendrá. Volverá a intentarlo.

—Estaremos preparados.

Alba rio.

—¿Estaremos? Álvaro eres humano. Si eres un obstáculo, te matará con un simple pestañeo.

—Te olvidas de que he sido un Buscador durante muchos años y para ello recibí un entrenamiento muy muy bestia. Volveré a tomar la noctiluca y volveré a entrenarme con los Buscadores si hace falta...

La frase murió en sus labios. Se dio cuenta de que ya no quedarían Buscadores para entrenarle. A esas horas, lo más probable es que ya hubieran muerto todos a manos de las sirenas. Lágrimas silenciosas rodaron por las mejillas de Alba, que no pudo evitar volver a acordarse de su abuelo. A mediodía se había quedado dormida tras hincharse a llorar. Era muy probable que él también estuviera muerto ya. Se lamentó pensando en su madre, que al fin, después de toda una vida sin su padre, lo había recuperado y no había tardado en volver a perderle.

Y además del pánico a que Lara regresase, y de la tristeza por la más que probable pérdida de su abuelo, estaba Álex. No podía quitarse de la cabeza la imagen de él en el fondo, y la sangre. Había mucha sangre. Rogó una vez más porque estuviera bien. No fue capaz de hablarle a Álvaro de lo sucedido a Álex. Temía que si lo decía en voz alta lo que ella recordaba casi como una pesadilla, se hiciera más real.

—Sea como sea, saldremos de todo juntos. Ya llevamos unas cuantas... —murmuró él. Se entretuvo en secar las lágrimas de ella con sus labios lentamente. Hasta que Alba se dejó arrastrar

y buscó los labios de él. Se dejaron llevar por aquella isla perdida del mapa, por las emociones y los miedos, y tomaron prestada la manta que Jose había dejado en una de las sillas. Se alejaron varios metros del faro y se aproximaron a uno de los acantilados. Bajo sus pies, el mar parecía invocarles, enfurecido, derramando espuma blanca con cada estocada a las rocas. Y allí, en el fin del mundo, se desnudaron y se abrazaron como si fuera la primera vez. Hicieron el amor despacio, fundiéndose en una sola piel, mientras que Alba no podía evitar que las lágrimas rodasen por sus mejillas. Iba a salvarle la vida a Álvaro, aunque para ello tuviera que alejarse de él. Y con ese pensamiento, se entregó a él esa noche, con la luna, las estrellas y el mar como testigos del amor más sincero y puro que pueda sentirse.

Para cuando sonaron los golpes en la puerta del faro, Abel y Jose ya se habían marchado. Los golpes despertaron a Alba y Álvaro, que antes de reaccionar se miraron el uno al otro extrañados. Álvaro fue el primero en bajarse de la cama y llegar al pasillo, seguido de cerca de Alba.

—¿Alba? —dijo alguien al otro lado de la puerta. Ella reconoció su voz enseguida.

—¡Papá! —respondió y acudió presurosa a abrir la puerta.

Al abrir la puerta efectivamente el primer rostro que reconoció fue el de su padre. Se echó directamente en sus brazos y estuvo largo tiempo abrazada a él, como si al fin estuviera en casa, a salvo. Luego miró a los dos hombres y mujeres que venían con él. Sirenas y Guardianes, conocidos, de los pocos que quedaban al sur del país. Los demás se habían marchado al norte huyendo de los buscadores.

—Gracias —murmuró Alba, dirigiéndose a ellos.

—¿Estáis bien? —preguntó su padre.

—Sí, ahora sí. Podemos irnos a casa —sonrió al pensar en que al día siguiente estarían de vuelta en su hogar.

—Estupendo. Tendremos tiempo por el camino para que me cuentes qué ha pasado y cómo habéis llegado aquí.

—¿No has hablado con Natalia?

—No. Desde que disteis la primera señal pidiendo ayuda vine en tu busca, y tu señal me guió hasta aquí. ¿Y ella? ¿Está con vosotros?

—No. Hirieron a Álex... —tragó saliva y suspiró para aliviar el nudo de su garganta. —Y Julián y Natalia se quedaron con él muy cerca de la isla de la Primera Sirena.

—Quiero pensar que solo era una coincidencia que estuvierais cerca...

—No, no lo fue. Te lo contaré, pero necesito que nos vayamos, necesito saber cómo están.

Su padre la miró preocupado, pero comprendió que sacaría más de ella si partían ya.

Salieron al exterior y Alba buscó con la mirada a Abel y Jose, pero no los vio por ningún sitio. Era probable que estuvieran ya en el mar, buceando. Volvió a entrar en el faro y les escribió un mensaje en un post-it, que luego colocó en la puerta de la nevera:

¡Gracias por todo, sois y seréis siempre nuestros ángeles salvadores!

Luego anotó su número de teléfono.

Un barco les esperaba encallado cerca de la costa. Antes de echarse al mar, un escalofrío recorrió a Alba, al pensar en volver a adentrarse en alta mar.

—Papá, ¿podemos bordear la isla de la Primera Sirena y navegar lo más lejos posible de ella?

Él volvió a estudiar su rostro antes de hablar. Se le veía muy preocupado.

—Claro hija, no te preocupes.

Antes de adentrarse en el mar volvieron a echar un vistazo alrededor, por si los chicos del faro, o cualquier visitante, andaba cerca y pudiera verles. Pero no había ni un alma.

23

Volvieron a pasar un día y una noche de vuelta a Zahora. El barco en el que iban era más grande y más rápido que el del padre de Álex, pero igualmente el camino desde Alegranza era más largo. Alba tuvo tiempo de sobra para hablar con su padre y contarle todo lo sucedido. Él la escuchaba en silencio, solo negando con la cabeza de vez en cuando. Pasó su brazo por los hombros de ella cuando comenzó a contarle lo que había tenido que pasar en la isla de la Primera Sirena. Y así permanecieron un buen rato cuando Alba terminó de narrar su terrible hazaña. Guardaron silencio, la vista de ambos perdida entre el suave oleaje, mientras Alba seguía dándole vueltas a todo lo vivido y su padre trataba de digerir toda la información.

—Papá... vendrá a por mí... —susurró ella, rompiendo el silencio.

—Si no sales de nuestros límites, no podrá hacerte daño. Las sirenas de la isla no pueden acercarse a las costas humanas. Solo si son invitadas, por así decirlo, como fue el caso de Lara con Álex, pueden acceder a las tierras pobladas por humanos.

Aquel dato la calmó, al menos en parte.

—Buscará la manera de que la inviten otra vez.

—Estaremos preparados, cielo. De todas formas, mientras tengas el colgante ya ha podido comprobar que no logrará salirse con la suya.

—¿Y si se lo diera, papá? Haré un trato con ella, y se lo daré. Al menos viviré más tranquila. Desde que lo tengo parece que todo el mundo vive obsesionado por poseerlo.

—Dárselo podría significar el fin de todos nosotros. Podría entrar libremente en tierra de

humanos. Y a saber qué haría. Ahora está contenida y controlada, al no poder sobrepasar los límites impuestos.

—O sea que tendré que vivir con ello. Yo, y todos los que me rodean.

Su padre la miró y sus ojos reflejaron la tristeza que sentía.

—Creí que Álvaro... —no podía hablar, le quemaba la garganta —creí que no volvería a verle, papá.

—Pues piensa que fue gracias al colgante que estáis con vida los dos, cariño. Sin él, no hubieras podido salvarle.

Solo entonces se dio cuenta de que su padre tenía razón. Estaba viendo el colgante como una maldición, cuando gracias a él había podido traer a Álvaro de vuelta. Lo localizó en su pecho y lo aferró entre sus manos.

—Cierto —susurró.

—Todo saldrá bien. Ya lo verás.

Qué derroche de optimismo había a su alrededor. Y sin embargo, no lograban calmar su sensación de que no, de que nada saldría bien.

Y es que no se equivocaba. Apenas llegaron al puerto y vio el rostro de su madre, que les esperaba allí con impaciencia, supo que nada iba bien. Entendía que ella debía haberlo pasado fatal y de ahí sus terribles ojeras y la emoción en su rostro. Pero había algo más. Lo supo con mayor certeza desde que se acercaron y leyó en sus ojos que guardaba dentro algo que la estaba ahogando. Junto a ella, la madre de Álvaro. Gracias a las donaciones continuas de la sangre de Alba, estaba prácticamente curada y su rostro ya era el de una persona sana. Aunque en ese momento las ojeras también hubieran vuelto a su rostro. Ellas no sabían ni la mitad de lo sucedido, pero aún así sí debían saber que habían estado en peligro para haber pedido ayuda, y que llevaban varios días lejos de casa.

Álvaro abrazó a su madre y se quedó un buen rato entre sus brazos. Él también había pasado miedo, aunque no lo reconociera para no preocuparla a ella. Alba también abrazó a su madre, solo que tardó menos que él en separarse de ella. Necesitaba preguntarle...

—Mamá. Alex, ¿cómo está?

Sus ojos se nublaron de lágrimas antes de responderle.

—Está en la UCI. Está muy grave, cariño.

Sintió que el mundo a su alrededor enmudecía, como si se le hubieran taponado los oídos y solo un fuerte pitido hubiera alejado el resto de sonidos del muelle. El cuerpo se le desvanecía, pero luchó por no desmayarse. No era momento para eso.

—Vamos, rápido. Necesito verle —le ordenó y apuró el paso para que le siguiera.

—Alba, ¿qué sucede? —le preguntó Álvaro, que se había dado cuenta de que se alejaba sin avisar siquiera.

—Déjala ir, yo te explicaré todo por el camino —intervino la madre de Álvaro. —Vamos a casa.

Se miraron unos instantes, pero ella no se detuvo, y él tampoco la detuvo. Sabía que debía dejarla marchar.

El viaje hacia el hospital se le hizo larguísimo. Mientras, su madre le iba contando más cosas sobre el estado de Álex. Ninguna positiva. Derrame interno. Convulsión cerebral. Coma. Y con cada palabra Alba estaba más segura de estar viviendo una pesadilla. Él era un Guardián, nada de aquello debía estar pasando. Aunque las sirenas de la isla eran más fuertes que ellos, y hubieran podido provocarles mucho daño, su cuerpo tenía la capacidad de autocuración. Tenía que sanar.

Pero por algún motivo que desconocía, no estaba sucediendo como debiera.

El coche no había llegado a detenerse cuando Alba bajó de este, sin esperar siquiera a su madre. Estaba segura de que la dejarían pasar a ver a Álex aunque no permitieran las visitas si estaba muy grave. Todos allí le conocían, había pasado muchas horas en prácticas ayudando a su madre cada vez que venía a Zaroha a visitarla. Así que corrió hacia la UCI, saludó a todo médico y enfermero que encontró y preguntó por Alexander Vega. No tardaron en indicarle dónde estaba, tras darle una bata para acceder a la zona. Había ido muy rápido, sin pensar en nada. Y sin embargo finalmente se detuvo ante la puerta de la habitación. Las piernas le temblaban y el corazón se le iba a salir del pecho. Cruzar esa puerta sería enfrentarse realmente con la realidad.

Una mano se apoyó en su hombro y la llevó a girarse.

—Me alegro de que estés de vuelta, hermanita. —Era Natalia, que le dedicaba una triste sonrisa.

Se abrazaron en silencio, ambas buscando consuelo en brazos de la otra.

—¿Álvaro? —murmuró Natalia con miedo, como si temiera la respuesta.

—Está bien. Pude traerlo de vuelta.

—Me alegro muchísimo, no sabes cuánto. Aunque en este momento no sea capaz de expresarlo. ¿Entramos?

Alba afirmó en silencio. Acompañada sería más fácil. O eso creía. Nada ni nadie iba a prepararle para encontrar a Álex en aquel estado. Entubado, rodeado de máquinas, y en apariencia, dormido. Acudió junto a su cama y tomó su mano, mientras las lágrimas rodaban en silencio por sus mejillas. De manera instintiva, dejó la mano de él y puso las manos sobre su frente en la postura habitual para sanar. Se concentró con todas sus fuerzas en él.

—Ya lo hemos intentado todo, no funciona. Está muriéndose Alba. Ni siquiera nuestros poderes pueden burlar a la muerte —murmuró Natalia, al darse cuenta de lo que intentaba su amiga.

—Haremos una transfusión, como las que he hecho a la madre de Álvaro. Eso tiene que funcionar.

—Ya lo hemos probado. Con la de mi padre, con la de mi madre y con la mía. No funciona. Su organismo no puede más y nada es suficiente.

—Pero no...no tiene sentido...nada de esto lo tiene...

—Sí lo tiene, Alba. Salgamos fuera. Te lo explicaré todo.

Antes de salir, Alba le dio un suave beso en la frente a Álex, que yacía ajeno a todo lo que sucedía a su alrededor.

En el pasillo se encontraron con Elena.

—Mamá... —farfulló Alba, y volvió a abrazar a su madre.

—Ya, mi vida... —dijo tratando de calmarla.

—Voy a la cafetería a tomarme una tila o algo que me calme los nervios, ¿vienes?

—No, id vosotras. Creo que tenéis mucho de qué hablar. Yo aprovecharé para hablar con el Doctor Miranda, que está llevando el caso de Álex, a ver si hay alguna noticia.

—De acuerdo. Ahora nos vemos.

Ya en la cafetería, con un vaso ardiendo de menta poleo, Alba escuchó impaciente lo que Natalia tenía que decirle. Esta abrió su bolso y sacó de él dos sobres.

—Álex dejó esto en casa, sobre su cama. Este sobre iba dirigido a ti, y aunque me moría de ganas, no lo he abierto, esperando que regresaras. Pero sí abrimos este, que iba dirigido a la familia. Ahí lo explica todo.

Natalia sacó un folio del sobre y se lo tendió a Alba, que apenas podía controlar el temblor de sus manos.

Querida familia:

Comienzo esta carta con esas palabras que, en este caso, no son una frase hecha. Familia. Eso habéis sido para mí. A pesar de nuestras dificultades para amar, en vosotros siempre encontré mi hogar y mi paz. Mamá, gracias por el apoyo incondicional, por estar siempre ahí. Nati, has sido la mejor hermana del mundo. Mi amiga y mi tabla de salvación. Papá, gracias por la fortaleza y por hacer de mí una persona de bien. Quiero que sepas que, a pesar de todo, te entiendo. Tú solo querías que siguiera nuestras tradiciones, pues entendías que eso era lo mejor para mí, para todos. Y sin embargo, se ve que hay algún error genético en mí, pues no hubo forma de resolver este lado demasiado humano que tengo.

En un momento de absurdas ganas de cometer locuras, nos embarcamos en un viaje para pedir a la Primera Sirena que nos concediera nuestros deseos más profundos. Yo le pedí que volviera a congelarme el corazón. Quería seguir vuestras normas, quería aceptar el papel que me había tocado.

Y me lo congeló. A pesar de ello, donde antes había amor hacia Alba, ahora había un profundo vacío, oscuro e inerte. No era yo antes de conocerla. Era una versión de mí más apagada. Eso me entristecía, pero tal vez habría aprendido a vivir con ello. O tal vez no.

Pero la primera sirena, Lara, como ella se ha hecho llamar en su visita me pidió algo a cambio. Y no fue solo invitarle a pisar tierra humana. A mí me dijo que tras su visita se llevaría consigo mis poderes de Guardián. Que me dejaría el corazón congelado, pero que

mis poderes desaparecerían. Ese fue mi terrible intercambio. Para burlarse aún más de mí, me dijo que la invitase a entrar. Y que si conseguía que nuestra vida le gustase tanto como para quedarse, tal vez me perdonase y no me arrebatase mis poderes. Dijo que quería ver de cerca por qué estábamos todos tan obsesionados con eso del amor.

Pero se ve que la visita le defraudó. A pesar de sentir curiosidad, no fue suficiente. Ahora se ha marchado, y se ha llevado consigo mis poderes.

Y a pesar de ser ahora un humano más, en una coraza frágil y débil, voy a ayudar a Alba. Es posible que sea lo último que haga. Pero habrá merecido la pena. Ella ha sufrido demasiado por ser parte de nuestro gélido mundo sin emociones. Ahora que he podido ver que empezaba a ser feliz, somos nosotros de nuevo los que le arrebatamos esa felicidad. Silvia, en concreto, pero eso ya da igual. Esto no es sino un añadido a toda la agonía que hemos hecho vivir a Alba, y antes de ella a Elena. Así que no puedo permitirme quedarme aquí de brazos cruzados mientras Alba pone su vida en peligro por nuestra culpa. Es probable que no lo entendáis. Lo siento, yo no decidí ser así, ni nada de lo que me ha pasado. Solo os pediré un favor. Bueno, dos. El primero, sed felices. Intentad buscar más allá de nuestros burdos límites emocionales. Merece la pena. Hermanita, me alegro de que tú lo hayas logrado. Se ve que ambos tenemos el mismo error genético; un orgullo compartirlo contigo. Y el segundo y no menos importante; proteged a Alba y a Elena como si se tratara de mí mismo. No quiero que sientan más rechazo por parte de nuestra comunidad. Papá, tú eres muy influyente, sabes que si tú das una orden como esa, se cumplirá.

Ojalá no leáis nunca esta carta, y yo pueda estar pronto de vuelta, con todos a salvo. Ojalá. Si no es así, no olvidéis nunca lo mucho que os quiero.

Con todo mi amor, **Álex**

Para cuando terminó de leer la carta, no podía parar de llorar. Sintió que el corazón se le iba despedazando en mil pedazos con cada palabra escrita por él. Hundió el rostro entre sus manos y se desahogó. No podía controlar el dolor que sentía.

Natalia también lloraba en silencio. Pero ella ya llevaba dos días llorando. Apenas le quedaban lágrimas ya.

—Iré a ver a Lara. Ella quiere mi colgante, se lo entregaré a cambio de que sane a **Álex**. Me da igual las consecuencias que traiga con tal de que él se recupere.

Natalia negó con la cabeza.

—El cuerpo de Álex es completamente humano ahora mismo. Y Lara no se mete en asuntos humanos. Ya lo he preguntado —respondió, convencida. — Si vuelves solo conseguirás que te mate.

—No puede ser que no haya ninguna opción... Natalia, somos sirenas, sanamos, hechizamos, conseguimos lo que queremos... ¿y vamos a permitir que el estado de Álex siga agravándose sin hacer nada por evitarlo?

—Alba... creo que no lo has entendido... el estado de Álex es ya tan grave que prácticamente no puede empeorar. Se muere. Álex se nos va. Y ni siquiera las sirenas podremos evitarlo.

—No voy a quedarme de brazos cruzados, él no lo hizo nunca por mí.

—Alba...

Alba se levantó y antes de darse la vuelta, miró a Natalia a los ojos. Y pudo ver el enorme dolor que sentía su amiga. Ella también se estaba muriendo por dentro. Cogió la carta que Álex le había escrito y salió corriendo de allí. Fue de nuevo a la UCI y entró en la habitación donde estaba Álex. No iba a despedirse de él. Se aproximó despacio, mientras borraba las nuevas lágrimas que caían por sus mejillas. Tomó la mano inerte de él y se agachó junto a su rostro.

—Oye, quiero que me esperes aquí, ¿vale?.No tardaré en volver. Voy a buscar la forma de curarte —murmuró en su oído.Tragó saliva para ser capaz de seguir hablándole. —Vamos a conseguirlo, Álex. Tú y yo, volveremos a ser amigos. Lo prometo. Por encima de todo lo demás. Te quiero, y te echo de menos. Volveré, lo prometo.

Se despidió de él con un suave beso en la frente y salió de la habitación. Buscó a su madre, y no tardó en encontrarla en uno de los pasillos.

—Mamá, necesito tu móvil.

Elena asintió, y sacó su móvil del bolsillo sin preguntarle para qué lo quería. El de Alba estaba en el fondo del mar, junto con el barco del padre de Álex.

Salió al exterior y llamó a su padre, que no tardó en cogerlo.

—Papá, necesito que vengas a recogerme al hospital. Y necesito que me lleves de vuelta a la isla de la Primera Sirena.

—Alba no, no servirá de nada...

—Papá, tengo que intentarlo.

—Pero cariño, es una locura.

—Una locura necesaria. No tardes, te lo ruego.

Y no lo hizo. Veinte minutos después aparcaba el coche frente al hospital.

—No puedo permitir que pongas a todos en peligro, Alba. —decía Luis mientras conducía despacio, tratando de ganar tiempo. —Lo que pretendes es demasiado peligroso. Si no te sirve que te diga que vas a arriesgar tu propia vida, déjame decirte que arriesgarás la de los demás. No sabemos de qué será capaz Lara si tiene acceso libre a tierra firme, pero créeme que todos, humanos y sirenas, correrán peligro. Y lo peor es que ni siquiera podrás salvar a Álex. Ella ya no puede salvarlo.

Alba se derrumbó al volver a escuchar las mismas palabras que había dicho Natalia de boca de su padre.

—¿Hoy es el jodido día del pesimismo para todos? —farfulló Alba. —No le entregaré el collar entonces. Le pediré mi deseo como los demás. Ella me pedirá el collar a cambio, pero sabes que si yo no accedo, no podrá arrebatármelo. Y ella también pudo comprobarlo ya.

—Es demasiado arriesgado...

Alba no podía escuchar más lo de los riesgos y el peligro aquel día. No le gustaba tener que hechizar a alguien de su propia familia, pero no le quedaba otro remedio.

—Papá —guardó silencio un instante, y esperó a que la mirase. Una mirada breve fue suficiente. —Llévame a la isla, y no quiero más dudas ni advertencias. Ni una más.

Con esa orden fue suficiente. Él asintió en silencio, y siguió así durante todo el trayecto. Lo obligó a detenerse solo un momento frente a su casa. Necesitaba coger alguna muda de ropa.

Llegaron al puerto y volvieron a zarpar en el barco en el que habían llegado un par de horas

antes. Un barco que era algo así como de la comunidad de sirenas y guardianes de Zaroha. Todos tenían llave, y el que lo necesitaba podía usarlo. Un día completo de viaje, otra vez. Mientras se alejaban del puerto, Alba rogó porque Álex aguantara hasta que ella llegara a la isla. Bajó a darse una ducha de agua dulce y aprovechó para cambiarse de ropa. Ya más despejada, volvió a cubierta, donde su padre dirigía el barco con la vista perdida en el mar y el rostro sosegado. Volvió a sentirse culpable por haberle obligado a hacerlo. Sabía que cuando todo acabara iba a llevarse una buena bronca por haberlo hecho. Solo esperaba que mereciera la pena.

Durante la noche se turnó con su padre para que ambos pudieran descansar un rato. Cuando le tocó dormir, volvió al terrible duermevela de las últimas noches. Era imposible descansar sabiendo el estado en que se encontraba Álex. Se preguntó cuándo volvería a descansar tranquila. De madrugada, cuando se dio cuenta de que le sería imposible dormir más, subió a relevar a su padre. Él bajó y ella se quedó sola ante el inmenso océano. Recordó a su abuelo, y pensó que aún no había sido capaz de hablar de ello con su madre. Era otra de las razones por las que era importante que volviera a la isla. Aún no sabía qué iba a hacer cuando llegara allí, ni qué haría Lara cuando la viera allí de nuevo. Era una locura, ella también lo sabía. Pero era el último cartucho disponible para Álex.

Álex...se acordó de la carta que le había escrito él y que aún no había leído. La había dejado en su casa. Sabía que se trataba de una carta de despedida, y se negaba a despedirse aún de él.

Pasó el resto de horas centrada en el horizonte e inevitablemente pensando en él. Trató de alejar todos los pensamientos negativos y la imagen de él esa misma mañana. Se centró en los momentos bonitos vividos juntos. No importaba que ya no le quisiera como quería a Álvaro. Su recuerdo era muy importante para ella, y las sensaciones que acompañaban a los momentos vividos seguían siendo maravillosas. Sonrió entre lágrimas al recordar la primera vez que se habían visto, en la fila de información del instituto. Se había mostrado atento y agradable con ella desde el primer momento. Recordó las mariposas en su estómago cada vez que olía su perfume cuando él se acercaba para decirle algo en clase. Y su primera cita, que había sido increíble, a pesar de haber terminado en desastre, con Álex saliendo a toda prisa por culpa de algo relacionado con el secreto que en ese entonces guardaba y con ella cuidando de Álvaro, que se había metido en una pelea.

Cerró los ojos y guardó con fuerza todos los recuerdos.

Horas después, vio que ya estaban muy cerca de la isla. El día comenzaba a despuntar. Había llegado la hora. Bloqueó el barco; aún estaban lo suficientemente lejos para que las sirenas no molestaran a su padre. Ella confió en que él siguiera durmiendo. Por si acaso, cuando le había hecho el cambio de turno durante la noche, le había ordenado que al día siguiente permaneciera en el barco. Aquello bastaría para que no se le fuera a ocurrir ir tras ella.

Se tiró por la borda y se dirigió veloz hacia la isla. Los recuerdos de Álex que le habían acompañado durante la noche habían desaparecido. Ahora se centró en todo el odio y el rencor

que sentía; por Silvia, por Lara, por las Sirenas en general y su obsesión por seguir sus normas y tradiciones. Necesitaba todo el odio que tenía dentro para poder provocar una tormenta. Literalmente.

Mientras se acercaba a la isla apretó con fuerza su colgante. Esta vez invocaría a la naturaleza antes de que el peligro fuera inminente. Tenía que estar preparada.

Esta vez no hubo ninguna sirena que viniera en su busca antes de tiempo, a pesar de que ya habían debido olerla. Posiblemente, después de la última vez, ya no sintieran tanta curiosidad por ella. Además de que sabían el peligro que conllevaba molestarla demasiado.

Así que el trayecto hasta la isla esta vez fue tranquilo, tal vez demasiado. Tanto silencio la ponía nerviosa. Pocos metros antes de llegar a la orilla emergió a la superficie. Quería ver la isla antes de aproximarse más. Y no tardó en ver a Lara, de pie, próxima a la orilla y mirando al mar. La estaba esperando. Y esta vez parecía preferir que el encuentro tuviera lugar en tierra firme.

Alba miró al cielo antes de acercarse más. Unas nubes negras se aproximaban a toda prisa. Ahí venía su escolta. Volvió a sumergirse y terminó de nadar los metros que le quedaban hasta llegar a la orilla. Mientras salía a la superficie, la tormenta se inició. Una lluvia violenta, furiosa, comenzó a caer sobre la isla. Lara sonrió a Alba y comenzó a acercarse a ella. Antes de que estuviera a un par de metros de ella, Alba miró de nuevo hacia el cielo, y un rayo la cegó. Cayó entre ella y Lara, obligando a esta a alejarse de Alba. Miró a Alba con una expresión confusa entre la admiración y el miedo.

—Vaya, vaya. Estás de vuelta. Increíble —dijo finalmente. Tuvo que alzar la voz para que Alba pudiera escucharla por encima del sonido de la tormenta. —Estaba segura de que vendrías la primera vez a por el chico, pero no sabía que vendrías también por el otro. Los dos hombres de tu vida, ¿no, Alba?

—Quiero pedir mi deseo —respondió, ignorando sus palabras.

—Para mi desgracia, no podré ayudarte con lo que vienes a buscar. No puedo resucitar a los muertos, Alba.

—¿Cómo?

—Vaya, no lo sabes... siento ser yo la portadora de malas noticias... Alex ya descansa en el mundo de los muertos. Se lo ha llevado la Parca, y contra esa no puedo hacer nada, ni siquiera yo.

—No, te equivocas...él... está en coma, pero está vivo...

—Ya no, querida. Mientras perdías el tiempo viniendo hasta aquí, él se fue.

—¿Cómo lo sabes?

—Sé todo lo que concierne a nuestro mundo. Todo. Sé todo sobre ti, sé todo sobre todos los que me pertenecéis, os guste o no.

En ese momento se acercó más a Alba, que descargó toda su rabia en ella. Un rayo cayó nuevamente entre las dos, con tal fuerza que tiró a Lara varios metros hacia atrás, alejándola de Alba.

—No es cierto.

—Lo es. Que más me gustaría a mí poder concederte tu deseo, y quedarme a cambio con tu colgante. Pero vamos, pide otra cosa. Tú ya tienes al moreno ese, que me parece de los humanos más apetitosos que he visto... ¿que más te da? Álex con su nuevo corazón congelado ya no sentía nada por ti... Vamos, pídemelo algo.

—No voy a darte el colgante.

—Si te concedo tu deseo, tendrás que dármelo. No quiero otra cosa de ti.

—No quiero ningún deseo. Si no puedes sanar a Álex, no quiero nada.

Las lágrimas volvieron a hacer acto de presencia. Algo le decía que Lara decía la verdad sobre Álex. Podría ser muchas cosas terribles, pero hasta ahora jamás había mentido.

Lara estaba de nuevo de pie, demasiado cerca otra vez. Un nuevo trueno volvió a aparecer en el cielo y rozó el hombro de Lara, hiriéndola.

—Antes o después vendrás, y me lo entregarás. Créeme. Sucederá. No tengo prisa. Tengo toda la eternidad por delante.

Aquellas palabras premonitorias hicieron temblar a Alba. Era como si Lara estuviera prediciendo algo que, inevitablemente, sucedería en el futuro.

—Los Buscadores... ¿quedó alguno vivo? —era lo último que necesitaba saber antes de marcharse de allí para siempre.

—Vas a tener que superar dos pérdidas en el mismo día. Demasiado para ese corazón humano que tienes... No sobrevivió ninguno. Si no me hubieras tenido tan enfadada y distraída, hubiera hecho algo para detener a mis sirenas y proteger a tu abuelo. A lo mejor hoy te hubiera podido hacer el intercambio por él. La culpa fue tuya.

Ya había escuchado todo lo que necesitaba. Lágrimas ardientes caían por sus mejillas, mientras sentía sus uñas clavadas contra su propia piel. Tenía ganas de dejar a un lado la magia y partirle la cara a Lara con sus propias manos. Pero sabía que no era en absolutamente recomendable. Tenía que salir de allí. Aferró su colgante e invocó una última tormenta. El agua caía con furia y los truenos volvieron a sucederse demasiado cerca. Antes de que Lara pudiera darse cuenta, Alba ya nadaba lejos de la isla.

Cuando llegó al barco, su padre ya estaba despierto y en cubierta. No reaccionó a su llegada. Estaba sentado junto a la radio del barco, y se había quedado con el aparato en la mano. Tenía la mirada perdida y no se movía.

—Papá... —murmuró, acercándose a él. Cuando se acercó más y pudo fijarse en su rostro, vio que estaba roto de dolor. Nunca había visto a su padre llorando. Y entonces no le cupo ninguna duda. Lara no le había mentado.

—No, papá, dime que no es verdad. Dime que no... —rogó, mientras jaleaba a su padre para que reaccionara.

Luis la miró al fin, con sus ojos color miel idénticos a los de ella, ahora de un marrón oscuro, oscurecidos por la pena. Dejó la radio y la abrazó con fuerza. Y ambos trataron de darse consuelo mutuamente durante las horas siguientes.

Tuvieron tiempo de sobra para desahogar la pena mientras seguían en medio del mar. Había sido un Guardián que trabajaba en el control marítimo el que había hablado con Luis por radio. Ahora tendrían que esperar a llegar al puerto al día siguiente para saber algo más, desconectados como estaban en medio de la nada. Alba tuvo demasiado tiempo para pensar. Si hubiera estado en tierra, era posible que se hubiera distraído, como suele pasar en estos casos, entre visitas de familiares y conocidos. Aunque estaba segura de que era mejor así. No lo habría soportado, no hubiera sido capaz de tener que tragar con el formalismo habitual, que debía ser aún peor en el mundo de las Sirenas, con su frialdad y falta de empatía. Decidió que el destino finalmente la había traído hasta allí para que pudiera vivir en paz su dolor. A pesar de que aún le parecía imposible que realmente Álex estuviera muerto. A ratos, sus emociones iban cambiando. Sentía incredulidad, convencida de que al volver Álex estaría bien. Luego sentía rabia, y lo maldecía, por haber arriesgado su vida de una manera tan insensata.

Y luego le embargaba la tristeza y la impotencia, y era el sentimiento que más perduraba. Él no se lo merecía. No se merecía nada de lo que había pasado. Ni la obligación de cumplir con esa monstruosa tradición familiar que le había obligado a encadenarse de por vida a una persona con la que no era feliz, ni la ruptura con ella, ni, por encima de todo, haber perdido la vida como trágico desenlace de todo lo sucedido. Para cuando llegaron a tierra, Alba ya había pasado, en solo unas horas, por casi todas las fases del duelo. Menos por la de la aceptación. No, aún no lo había aceptado. Y no sabía si algún día llegaría a aceptarlo.

Poco antes de llegar, en cuanto tuvieron cobertura, habían llamado a Elena. Ella les había dicho que en unas horas incinerarían el cuerpo de Álex. Que toda la familia iría a la playa a ver la ceremonia al atardecer.

Alba supo que debía ir, que era lo apropiado. Dar el pésame a los padres de Álex, y a Natalia. Pero no podía. No podía. En lugar de eso, huyó. Pasó los siguientes días prácticamente acampada en la cueva en la que había compartido tantos momentos con él. No comía, no dormía,

no vivía. Pasaba las horas allí, en estado catatónico, torturándose con el recuerdo de él. Cuando su cuerpo estaba al borde de la deshidratación, volvía a casa de sus padres. Comía algo, se duchaba y se volvía a marchar. Nunca decía adónde iba. No quería que la molestaran. Y Álvaro... ahora mismo no podía estar con él. Estaba a salvo, y eso era lo importante. Por un lado, y aunque pareciera absurdo, en aquel momento le parecía una falta de respeto a la memoria de Álex volver a su relación con Álvaro como si nada hubiera pasado. Y más, cuando Álex había muerto en su intento de ayudar a Alba a salvarle a él. Sabía que Álvaro tampoco era culpable de nada. Ninguno de ellos lo era. Pero no podía estar con él después de lo sucedido. Y más importante aún era pensar los riesgos que corría Álvaro en su relación con ella. Había estado a punto de morir. Y mientras siguiera junto a ella, el riesgo siempre estaría ahí. Era humano, con una vida tan frágil como lo había sido la de Álex en los últimos momentos. No podía poner su vida en peligro. Tendrían que separarse, aunque doliera. Más le dolería que le sucediera algo por retenerle a su lado. No, no sería egoísta esta vez. Le alejaría de ella, permitiría que el fuera feliz e iniciara una nueva vida lejos de su complicado mundo.

Y sin embargo, cuando le vio aparecer una tarde en la cueva, tras varios días sin verle, se le cayó el alma a los pies. Álvaro apareció de repente en el hueco de la cueva que daba al mar. A pesar de tener oculto el rostro tras el equipo de buceo, ella supo enseguida que se trataba de él. Se quitó las gafas y el oxígeno y se sentó en el borde del agujero de la cueva que daba al mar.

—Lo siento —murmuró. No se habían visto desde que habían llegado a Zahora, varios días atrás. Elena le había dicho que él había pasado varias veces por casa a buscarla. Pero ella iba y volvía a desaparecer tan rápido, que nunca lograba coincidir con ella.

Alba le dedicó una ligera sonrisa, pero no dijo nada.

—Te echo de menos. Muchísimo —le confesó él.

—Yo... Álvaro...necesito estar sola... —farfulló. La garganta le quemaba. Quería llorar y lanzarse a sus brazos. Y olvidarse de todo lo malo, y desaparecer junto a él.

—Lo entiendo, y esperaré todo el tiempo que necesites. Pero quiero que sepas que sigo aquí, para ti, como lo he estado siempre.

Sus ojos negros le miraron rogándole que volviera con él, contradiciendo sus palabras.

—No, no es eso. No es cuestión de tiempo. No puedo estar contigo. No puedo seguir poniendo tu vida en peligro.

—¿Cómo? Eso es absurdo —la miró sin comprender.

—No lo es. Estuviste a punto de morir. Agonicé creyendo que era posible que no volviera a verte. Y ahora Álex... no puedo Álvaro, no puedo permitir que te pase algo, no me lo perdonaría jamás...

—Pero Alba, hemos corrido mil riesgos desde el minuto uno de esta relación. Yo sabía dónde me metía, incluso antes de estar contigo. Te recuerdo que perdí a mi padre por culpa de las sirenas, y entonces ni siquiera salía contigo.

—Por eso te quiero lejos de este mundo. Ya nos la hemos jugado demasiado —murmuró ella. Las lágrimas comenzaron a rodar por sus mejillas, una vez que tuvo la certeza de lo que debía hacer a continuación. —Álvaro, mírame.

Él negó con la cabeza. No la había mirado desde que ella había empezado a hablar.

—Alba, te lo ruego. No lo hagas. No nos hagas esto.

—Mírame —ordenó entre lágrimas. Se le estaba rompiendo el corazón a pedazos. Finalmente, él la miró. No tuvo otra opción. —Olvídame. Haz tu vida. He dejado de existir para ti.

Según terminó de dar la orden, Álvaro se colocó las gafas y y el oxígeno y volvió a salir por donde había venido. Cruzó una breve mirada con Alba antes de salir, y a ella le pareció ver la tristeza reflejada en sus ojos. Imposible, bajo su orden, Álvaro ya no sentiría nada por ella. Volvería a ser el que había sido antes de conocerla. Y ella volvería a estar completamente sola. Como antes de Álvaro, como antes de Álex. Sola.

En cuanto se vio con fuerzas suficientes, fue a buscar la carta que Álex había dejado para ella. Aparcó el coche en el aparcamiento próximo a la playa y se acomodó en un banco con la carta en el regazo. Aquel era el mismo banco en el que se había sentado con Álex en la primera cita que habían tenido, cuando él la había llevado a la playa. Recordaba con todo detalle los primeros días con él. Cada instante, cada sensación nueva, cada emoción. Buscó el aliento suficiente para abrir el sobre y sacó la carta con manos temblorosas.

Querida Alba:

Si me estás leyendo, es porque ha ocurrido lo inevitable. Y temo que en este momento una parte de ti se sienta culpable por lo sucedido. Te conozco, y a pesar de que hemos pasado los últimos años separados, dudo que hayas cambiado tanto. Ojalá me equivoque, y seas capaz por ti misma de quitarte el enorme lastre de la culpabilidad y recordarme con una

sonrisa en los labios. Ojalá. Y si no lo has conseguido por ti misma, yo voy a intentar echarle una mano en el proceso. Tengo un regalo para ti. En cuanto te sientas preparada para recibirlo, dile a mi hermana que necesitas coger una cosa que he dejado en mi habitación de Zaroha para ti. Una vez allí, busca en la parte baja de mi armario una caja azul. Dentro hay un montón de apuntes y libros del instituto. Entre ellos, encontrarás una libreta negra, pequeña y gruesa. Cógela, y léela cuando estés a solas. Es para ti.

Sé feliz, Alba. No te pido nada más. Vive la vida como me enseñaste a mí a vivirla. Y sé tú, siempre. No permitas que los demás te hagan cambiar. Tienes un poder enorme ahora, no necesitas que nadie te diga cómo tienes que vivir tu vida. Solo vívela. Te querré siempre.

Álex.

Dejó la carta entre sus piernas para secarse las lágrimas.

Ay, Álex. Por qué no fuiste más precavido, por qué no te quedaste. Por qué tuviste que pedirle un deseo, por qué arriesgaste tanto. Por qué, por qué...

Claro que se sentía culpable. Si no se hubieran conocido, él no habría ido a pedir ese deseo. Claro que Natalia también se sentía culpable, y le decía que si ella no hubiera estado tan empeñada en ver a la Primera Sirena, su hermano nunca hubiera ido. Y estaba seguro de que el padre de Álex también debía sentirse culpable, por haber forzado la situación para que Álex acabara por separarse de Alba. ¿Y Silvia? ¿sería ella capaz de sentirse culpable?

Alba iba pensando en ello mientras conducía hacia casa de Álex. Quería saber qué había en esa libreta de la que le hablaba en la carta. Aparcó el coche frente a la casa y llamó al timbre. Lo que no esperaba, ni en la peor de sus pesadillas, es que fuera Silvia quien le abriese la puerta.

—¿Qué haces tú aquí? —le espetó Silvia. Trató de mostrar indiferencia, pero Alba pudo sentir el miedo que sentía al verla allí. No era para menos, después de lo que había hecho. Alba no pudo responderle siquiera. Se le había nublado la vista al verla. La tristeza que sentía instantes antes se había transformado en una rabia intensa al encontrarse con Silvia de frente. Sintió que le pitaban los oídos y que el mundo se ensordecía a su alrededor. Y percibió la furia, que emanaba con fuerza de su interior y se apoderaba de ella. Y como si no fuera ella misma la que controlaba su cuerpo y sus movimientos, se vio alzando los brazos y dirigiéndolos hacia Silvia, que cayó al suelo inmediatamente. Toda su energía la traspasaba a través de sus manos abiertas en dirección a ella, que se retorció de dolor en el suelo. Ella, la causante de todos sus males, de cada una de sus desdichas desde que había llegado a Zaroha. No se hubiera detenido, si Julián no hubiese aparecido junto a Natalia, y se hubiera abalanzado sobre ella. Se echó al suelo con ella, deteniéndola y provocando que volviera en sí.

—Alba detente. Vas a matarla. —susurró Julián a su oído. A estas alturas ya no estaba segura de si era precisamente eso lo que quería. Que desapareciera para siempre, era la única posibilidad de que al fin pudiera comenzar a vivir una vida tranquila. Solo cuando el recuerdo de Álex pasó instantáneamente por su cabeza se contuvo.

—¡Lárgate de aquí! —le gritó cuando la vio levantarse con esfuerzo aferrándose al brazo de Natalia. —Aléjate de mí, porque créeme que si nos encontramos a solas dudo que pueda dejarte con vida.

Su voz se fue apagando mientras se desahogaba. Comenzó a llorar, agotada y destrozada, mientras Julián la abrazaba tratando de calmarla. Natalia terminó de arrastrar a Silvia fuera de la casa y Alba se sintió algo aliviada en cuanto desapareció de su vista.

—Siento mucho que la hayas encontrado aquí. Pero es lógico que ella también quisiera estar para...

—Lo sé. Solo espero que cuando termine todo no vuelva nunca más por aquí.

—Dudo que lo haga después del susto que acabas de darle.

Ambos sonrieron, y Alba se enjugó las lágrimas.

—Eso espero. Julián, tengo que ir a la habitación de Álex. En su carta me decía que tenía que coger una libreta que hay en su habitación.

—Sube. Los padres de Natalia no están. ¿O prefieres que te acompañe?

—No, no te preocupes. Subiré yo sola.

Una vez arriba, se detuvo ante la puerta cerrada de la habitación de Álex. Mientras sostenía el pomo de la puerta, trataba de coger fuerzas para enfrentarse a esa habitación llena de recuerdos, ahora vacía. Tomó aire y abrió con rapidez, con la mirada perdida en el suelo, y en un vano intento de ir directa al armario, sin detenerse demasiado en mirar a su alrededor. Pero era imposible. El hecho de que Álex se hubiera mudado con tanta rapidez cinco años atrás había provocado que la habitación se mantuviera congelada en el tiempo, tal y como estaba cuando aún estaban juntos. Entrar allí provocó que un nuevo puñal se le clavara en el pecho. Todo permanecía intacto, como si el tiempo no hubiera pasado. Como si él siguiera allí. Y fue peor al abrir su armario. Su ropa de las últimas semanas estaba allí colgada. Y su olor era abrumador. El olor ligero a vainilla que recordaba de la primera vez que él se le había acercado demasiado en clase. Se sintió invadida por los recuerdos, y trató de concentrarse en encontrar la caja de la que Álex le hablaba en su carta. No tardó en encontrarla. Se agachó y buscó entre los libros y libretas del instituto. Allí estaba. La libreta negra. La cogió y volvió a cerrar la caja. Con ella en la mano, se giró por última vez, para despedirse de aquel espacio que había formado parte de su vida.

No se fue inmediatamente de Zaroha. Tenía cosas que hacer antes de marcharse. Pasó a recoger sus cosas por la casa de Álvaro cuando sabía que él no estaba en casa.

No dejó de llorar mientras vaciaba el armario.

Acompañó a su madre a encender velas en la iglesia en honor a su abuelo. No habían recuperado su cuerpo, ni tenían la certeza de que estuviera muerto. Elena había perdido a su padre por segunda vez en su vida. Ella también había perdido demasiado a lo largo de su vida, y por eso no entendió la decisión de su hija con respecto a Álvaro. No entendía por qué había decidido sacarle de su vida.

—Me alejé de tu padre a pesar de amarle con toda mi alma, y nunca terminé de ser feliz sin él. Tú tienes más opciones de las que yo tenía. Álvaro ya es adulto, es él quien debe decidir cómo y con quién vivir su vida. Yo lo hice por no arriesgar tu vida, es muy diferente. Y aún así, ojalá hubiera sido de otra forma. Ojalá le hubiera explicado a él lo que estaba sucediendo, las amenazas de las sirenas. Hubiéramos encontrado una salida juntos.

—No quiero que le pase nada. No podría soportar otra pérdida. Duele muchísimo, mamá.

Elena la abrazó, tratando de aliviar algo de ese dolor. Confió en que el tiempo pondría de nuevo las cosas en su lugar.

Días más tarde, Alba bajó a la playa en la que habían echado al mar las cenizas de Álex. En uno de los acantilados, había ahora una piedra tallada con su nombre. Alba se sentó junto a la piedra, y vio desde allí el atardecer. Pensar que Álex no volvería a ver ningún atardecer le arañaba el corazón.

Permaneció allí, con la vista perdida en el horizonte, hasta que sintió un leve chapoteo junto a su cola. Tenía compañía. No tardó en reconocer a Natalia, que subió a la roca y se sentó junto a ella. Ambas se miraron y se fundieron en un silencioso abrazo.

Las palabras sobran. Permanecieron abrazadas, mientras el sol se fundía lentamente en el mar.

—¿Hasta cuándo te quedarás? —murmuró Alba cuando finalmente se separaron.

—No creo que mucho más. En breve nos iremos. Estar aquí es demasiado doloroso. Creo que buscaré trabajo en el norte, cerca de la familia pero con un poco de distancia también. Me iré a vivir con Julián.

—Eso es estupendo —Alba le sonrió y apretó su mano.

—Sí. Aunque este vacío que tengo ahora... no creo que ni el tiempo pueda curarlo.

—Estoy segura de que él siempre estará cuidando de ti, allí donde esté.

—Y de ti.

Alba asintió y le dedicó otra sonrisa, entre lágrimas.

—Estará con nosotras, siempre.

El sol terminó de ahogarse en el mar y el cielo se fue oscureciendo. Mientras, las primeras estrellas aparecían en el firmamento.

Londres, tres meses más tarde

—Ya tengo billete, mamá. Queda menos de un mes para vernos.

—Está bien —suspiró su madre. Se le estaba haciendo eterna la espera. — Te echamos muchísimo de menos, Alba.

Alba cerró los ojos y trató de calmarse para que su madre no percibiera en su voz lo muchísimo que ella también les echaba de menos.

—Te quiero mamá. Nos vemos pronto.

—Te quiero cariño.

Colgó, con el corazón en un puño. La puerta de su habitación se abrió de golpe y Carla apareció tras ella.

—Vamos a tomarnos una copa, ¿vienes?

—Voy, dame dos minutos.

—¡Date prisa!

Dos minutos para recomponerse y coger un jersey.

Llevaba ya tres meses viviendo en Londres. Lejos del mar. Lejos de Zaroha. Lejos de Álvaro y de su familia. Y con el corazón roto aún. Aunque en noches como aquella, cuando estaba rodeada de gente a la que había tomado mucho cariño en los últimos meses, creía que todo iba a ir bien, que sobreviviría.

Bajaron a la calle, a una ciudad animada y llena de luz, expectante ante la cercana llegada de las fiestas navideñas.

Sobreviviría, claro que sí.

Solo unas semanas más tarde tomó el avión que le llevaría de vuelta a casa. Sintió que llevaba el corazón encogido durante todo el trayecto de avión y luego en el tren que le acercaría más a casa. Sus padres y su hermana la recogieron en la estación. Solo hizo falta un abrazo de su hermana, que se abalanzó sobre ella según puso un pie en tierra, para darse cuenta de cuánto se estaba perdiendo. Su hogar estaba allí, con su familia, en ese pueblo que le había robado el alma a pesar de no haber nacido en él.

La misma tarde en que llegó cogió el coche y condujo hasta su playa favorita. Necesitaba estar un rato allí a solas, a pesar de que sabía de sobra cuáles serían las consecuencias de estar de vuelta en el lugar que había sido el escenario de tantos momentos importantes de su vida. Y a pesar de saberlo, en el fondo lo necesitaba. Era urgente sentarse en la arena, junto al mar, a solas en un lugar solitario debido al frío de diciembre, y llorar. Derramar lágrimas hasta quedarse seca por dentro. O eso esperaba, secarse hasta dejar de sentir. Hasta que ya nada doliera. Ni Álex, ni Álvaro, ni su abuelo, ni su huida. Llevaba cuatro meses conteniéndose. Haciendo de tripas corazón, sobreviviendo a cada instante, como si vivir consistiera tan solo en seguir respirando. Se había convertido casi en un ser inerte, apenas una planta que se mantenía viva solo porque se alimentaba y le daba la luz de cuando en cuando. Así se sentía por dentro. Sin embargo, en apariencia, estaba bien. A pesar de haber dejado por el momento aparcada su carrera, había encontrado trabajo en un acogedor Bookshop café en un barrio tranquilo a las afueras de Londres. Le encantaba trabajar allí, rodeada de libros y aroma a café recién hecho. Además había conseguido rodearse de buenas personas, tanto que tenía una pequeña familia con la que compartir momentos en su tiempo libre. Y a pesar de todo ello, era infeliz. Tenía miedo de que nunca volviera a ser la que había sido antes. Que pasara el resto de su vida viendo pasar los días sin emocionarse como antes.

Y mientras se dejaba arrastrar por los recuerdos, ahora con un regusto agrisado, que traía la marea, pudo al fin derramar todas las lágrimas que llevaba conteniendo los últimos meses.

Para cuando no le quedaron lágrimas ya estaba a punto de anoecer. Y se dio cuenta de que necesitaba urgentemente dos cosas. La primera iba a cumplirla enseguida; quería transformarse, nadar en mar abierto después de tanto tiempo. Echó un último vistazo a su alrededor y se aseguró de que estaba completamente sola. Y entonces corrió hacia el agua y su cola de sirena volvió a aparecer, después de tanto tiempo. Y su corazón volvió a latir como hacía meses que no lo hacía, mientras se sentía embriagada con aquellas sensaciones que ya creía olvidadas. En el agua, mientras las olas la arrullaban dándole la bienvenida de vuelta a casa, volvió a ser ella misma, la que creía olvidada.

Y mientras el sol se ponía en el horizonte y se fundía con el mar, pensó en la otra cosa que quería hacer, y en si no sería una locura que le provocaría más daño. Necesitaba ver a Álvaro. Quería, con absoluta urgencia, ver su rostro una vez más.

Caminó hasta su coche, que había dejado aparcado en el acceso de siempre, junto al banco en el que una vez, hace ya demasiado tiempo, se sentó con Álex cuando le llevó a esa misma playa por primera vez. Cada recuerdo era como un doloroso puñal que no permitía que sus heridas cicatrizaran. Se preguntó si no hubiera sido más fácil quedarse en Londres, retrasar aún mas el momento de volver. Pero sabía que antes o después iba a tener que enfrentarse a sus recuerdos. Mientras conducía camino a casa llamó a Lucía, su amiga desde que había llegado a Zahora años atrás, de las pocas que conservaba en el pueblo que nada tenían que ver con las Sirenas. Le vendría bien tomarse algo con ella y ver a sus amigos de siempre.

Horas después Lucía y ella ya se habían puesto al día de todo lo sucedido en sus vidas en los últimos meses.

—Qué envidia. Londres. Y yo sigo estancada en este pueblo, en el que temo que moriré joven de aburrimiento —resopló Lucía.

—Londres es otro mundo, sin duda. Pero creo que es un lugar de paso. No me veo haciendo allí una vida a largo plazo.

—¿Volverás, entonces?

—Es posible. No lo sé. Ahora mismo no tengo nada claro... —tragó saliva, sintiendo que se le formaba un nudo en la garganta. Y la mirada de Lucía le dejó entrever que estaba deseando preguntarle por todo lo sucedido, pero que no sabía cómo hacerlo.

—¿Cómo estás? —le preguntó finalmente. Una pregunta sencilla con una respuesta muy compleja en ese momento.

—Todo lo bien que puedo estar teniendo en cuenta las circunstancias —se encogió de hombros. —Y...Álvaro...¿sabes algo de él?

Le costó pronunciar su nombre en voz alta, pero necesitaba saber de él.

—Bueno, está en Sevilla trabajando, y solo viene los fines de semana. Apenas sale cuando viene, así que no le he visto mucho. Pero estoy segura de que te echa de menos, Alba. Odio decir esto porque sabes que nunca fui muy fan de tu relación con él.

No, de eso estaba segura. No podía echarle de menos.

—No terminé de entender porqué le dejaste, pero supongo que el impacto de lo de Álex... —murmuró, hasta guardar silencio, como temiendo arrepentirse de sacar el tema.

—Necesitaba alejarme. Alejarme de todo.

—Lo entiendo —se acercó y tomó la mano de Alba entre las suyas. —Pero ahora estás aquí, de vuelta. Así que vamos a pasarlo bien, como en los viejos tiempos. ¿Qué te parece?

—Una idea genial, sin duda.

Una hora después se despedía de Lucía con la promesa de verse en los días siguientes y de planear lo que harían en Fin de Año. Luego tomaba su bici y comenzaba el camino de vuelta a casa. Llevaba meses sin cogerla y la echaba de menos. En Londres iba en metro a todos sitios y había echado muchísimo en falta los paseos al aire libre y la brisa en el rostro que siempre traía el inconfundible olor a mar de aquel lugar. Se sorprendió al darse cuenta de cuánto había echado de menos Zaroha. Mientras vivía en Granada apenas se había dado cuenta, pues prácticamente volvía cada fin de semana. Pero esta vez había sido demasiado tiempo sin volver. Claro que no solo era eso. Había cortado de golpe su relación con los dos amores de su vida: el mar y Álvaro. Y para rematarlo, tampoco llevaba nada bien estar alejada de su familia. Demasiado, era demasiado. Y no se había dado cuenta hasta que no había vuelto. El ritmo frenético de Londres no le había permitido parar a pensar en todo lo que había perdido, además de a Álex. Y lo peor era darse cuenta ahora de que con excepción de él, el resto lo había perdido por decisión propia. Como si autocastigándose fuera de alguna manera a redimir la muerte de Álex.

No pudo evitar sonreír al pasar frente a uno de sus sitios favoritos en el pueblo: la biblioteca. El lugar en el que había pasado muchas horas, un lugar lleno de historia y encanto. Pasó frente a él despacio, maravillándose con la majestuosidad del edificio bajo las luces tenues de la calle. Tenía que girar a la derecha para dirigirse a su casa. Pero un último impulso la llevó hacia la izquierda.

Había llegado hasta su calle de manera automática. Hubiera podido recorrer el camino con los ojos vendados. Se detuvo frente a su casa sin bajarse de la bici. Las luces estaban apagadas, y se planteó si era posible que él no hubiera vuelto aún para Navidad. Pero era la una de la madrugada, así que también era totalmente plausible que simplemente estuvieran durmiendo. Cuánto daría porque todo fuera de otra manera. Por poder atravesar esa puerta como si nada hubiera pasado. Pero no podía ser.

Volvió a montar en la bici y condujo de vuelta por donde había venido. Estaba a punto de dejar atrás la calle cuando sintió que la bici caía bajo su peso y el manillar se agitaba descontrolado. Iba demasiado deprisa, e incapaz de controlarla, cayó al suelo. Dio con la rodilla contra el asfalto y se abrió una herida importante que comenzó a sangrar. Sin embargo, unos segundos más tarde, la herida desapareció y la sangre con ella. Se levantó y observó la bici. Había pinchado. Nunca había pinchado. Pero llevaba meses sin usarla, y ni había caído en revisar el estado y la presión de las ruedas. Porque al menos a simple vista no veía nada que hubiera provocado el pinchazo.

Miró a su alrededor, pero la calle estaba completamente vacía y en silencio. No podía ir cargando con la bici hasta su casa. Ni siquiera le apetecía ir a ella caminando hasta allí. A cualquier otra hora no le hubiera costado nada el paseo, pero ya estaba cansada y con ganas de acostarse. Pensó por un momento en llamar a sus padres para que la recogieran, pero era probable que ya se hubiesen acostado. Así que tomó la vía más rápida; dejó la bici con el seguro amarrada a una farola y se encaminó a la parte trasera de las casas. Tras ellas, justo detrás de la casa de Álvaro había un embarcadero. Se metería en el mar y bucearía hasta casa. No tardaría ni cinco minutos en llegar y mañana pasaría a por la bici con su padre.

Sí, esa era la mejor opción. Avanzó por el camino de arena que había tras las casas, hasta llegar a la parte trasera de la casa de Álvaro. Las aguas estaban calmadas, y a pesar de que no había ninguna luz que le alumbrara el camino, la luz de la luna era suficiente para que viera el

camino. Abrió la puertecita de madera del embarcadero y la cerró tras ella en silencio. Y al girarse fue cuando se dio cuenta. Había alguien al final del embarcadero.

Su corazón se aceleró instantáneamente, posiblemente antes de que su cerebro reconociera a la figura que estaba de espaldas a ella, como si no necesitara información adicional para saber que era él. ÉL. A pesar de que su corazón palpitaba con fuerza, tuvo que forzar la vista para asegurarse de que no se equivocaba. El chico, sentado sobre las tablas de madera y con las piernas colgando sobre el mar, parecía mucho más robusto que Álvaro. Hacía cuatro meses que no le veía, pero en su recuerdo estaba convencida de que su espalda no era tan ancha. Y sin embargo, aunque no le veía el rostro, estaba segura de que era él. Debía haber pasado demasiadas horas en el gimnasio en los últimos meses.

Se quedó paralizada, mientras decidía qué hacer. Él no la había visto aún, estaba de espaldas a ella. Aprovechó el instante para observarle, como si quisiera retener en una fotografía la imagen de él allí, de espaldas, a oscuras, con el mar plateado bajo la luz de la luna a sus pies. No podía hablarle. No podía hacerlo sin que le temblara la voz y las piernas. Comenzó a girarse para marcharse de allí cuando él debió sentir su presencia.

—¡Eh! ¿No te han dicho nunca que no puedes entrar en una propiedad privada? —profirió mientras se acercaba. Alba agachó la cabeza, avergonzada.

—Lo siento, ya me iba... —murmuró.

—Oye, era una broma. Puedes darte un baño si quieres. —Él seguía acercándose cada vez más y ella temió que se desvanecería a sus pies. Ya estaba frente a ella, a solo unos centímetros. Demasiado cerca. —Yo ya me iba. Aunque puedo quedarme, si prefieres tener compañía...

Dijo las últimas palabras entre susurros, como si alguien pudiera escucharles. Aunque conociendo a Álvaro, no se trataba de eso. Acompañó las palabras de una de sus ligeras sonrisas, esas en las que sus ojos ya de por sí rasgados se oscurecían y se perfilaban aún más. Estaba coqueteando con ella. Algo que, para Alba, fue como un puñetazo en el estómago.

—¿Vives por aquí? No te había visto nunca, y este pueblo es muy pequeño... —siguió él, al ver que Alba se escabullía.

—Yo... solo estoy de vacaciones aquí... —respondió mientras volvía a abrir la verja de vuelta a la calle. Solo le había mirado a la cara un instante, suficiente para ver esa sonrisa. Más que suficiente. Tenía que salir de allí lo antes posible.

—Ah, vaya. Pues si necesitas un guía turístico, me ofrezco. Soy Álvaro —se presentó mientras le tendía la mano, en el momento en el que ella ya había atravesado la verja y se había girado para cerrar el pestillo.

—Alba —murmuró ella y levantó su mano hasta unirla a la de él. Una ola de calor la inundó y tuvo la certeza de que si no se alejaba de él inmediatamente acabaría por tirar de su mano para arrastrarle hasta su cuerpo. Afortunadamente les separaba la verja en ese instante. Alba hizo de tripas corazón y logró desprenderse de la mano de él. Sin pensárselo dos veces se dio la vuelta y comenzó a alejarse.

—Encantado de conocerte, Alba —le escuchó decir mientras se alejaba.

De vuelta a casa, tuvo tiempo de maldecirse a sí misma al menos unas treinta veces, una por cada minuto de camino. Se preguntaba de dónde había sacado la brillante idea de apartar a Álvaro de ella. Estando fuera había logrado vivir anestesiada; como si el tiempo se hubiera detenido, como si él la estuviese esperando en otra dimensión, congelado, con la seguridad de que cuando se pasara el efecto de la anestesia todo volvería a ser como antes.

Pero acababa de darse de bruces con la realidad. Y la realidad era que Álvaro había seguido su vida como si ella no hubiese formado nunca parte de ella.

Eso es lo que querías para él, una vida sin ti, sin peligros, sin sirenas...

Sí, eso es lo que quería para él. Pero no para sí misma. Y lo que quería para ambos no era compatible. Al llegar a casa se tumbó en la cama y, abrazada a su almohada, volvió a llorar como hacía tiempo que no lloraba.

Era uno de esos días de invierno en los que el sol se imponía a las nubes y Alba recordaba por qué en Zaroha había sido tan feliz. Quedaban tres días para fin de año y se palpaba el espíritu festivo. Bajo los rayos de aquel sol resplandeciente la gente llenaba las calles del pueblo; algunos aprovechaban para seguir con las compras navideñas y otros, como Alba y Lucía, disfrutaban del buen tiempo tomando unas cervezas en una de las terrazas del Paseo Marítimo mientras se ponían al día de sus respectivas vidas.

—¿Y qué día te vuelves a Londres?

—Tengo billete para el día 7, después de Reyes. Quiero pasar ese día con la familia antes de volver a Mordor.

—Te veo muy animada con tu nueva vida londinense —era ironía lo que expresaba Lucía en su comentario.

—No me apetece nada volver. Allí estoy bien, pero echo de menos demasiadas cosas.

Lucía tardó en responder, distraída como estaba, pendiente de algo o alguien en la distancia.

—Cosas como... ¿un chico moreno, sin camiseta, con bermudas azules y una tabla de surf? —comentó repentinamente, sin dejar de mirar hacia algún punto a varios metros de ellas. —Qué mal me cae y qué bueno está.

Alba siguió su mirada y palideció al ver que se trataba de Álvaro, que avanzaba hacia ellas, con la descripción literal que había hecho Lucía de él. Por un momento se quedó en blanco, tan solo mirándole a él, el amor de su vida, la persona que le había hecho feliz durante los últimos años. Y sí, tal como lo había descrito Lucía, no había perdido ni una pizca de su belleza habitual.

Estaba espectacularmente guapo. Pero cuando logró que al menos un par de sus neuronas volvieran a conectar con el presente, cayó en la cuenta de que si Álvaro llegaba hasta ellas, actuaría con ella como si fuera esa chica que había conocido hacía tres días, en el embarcadero de su casa. Y Lucía se iba a quedar pasmada. Claro que había la posibilidad de que no la recordara, estaba oscuro y solo se habían visto durante unos breves minutos...

Sí, la recordaba. Se fijó en que la mirada de Álvaro mientras se acercaba había pasado de Lucía a ella, y le sonreía con entusiasmo. Iba a saludarla, y Alba no sabía cómo iba a explicarle a Lucía los motivos de la extraña conversación que iban a tener.

—Voy a saludarle —dijo de inmediato. Para cuando Lucía reaccionó, Alba ya estaba frente a Álvaro. En vista de que iba a tener que enfrentarse a él de nuevo, al menos que mantuvieran la conversación sin Lucía de por medio.

—Hola... ¿Alba, verdad? —le dedicó una nueva sonrisa sobrada y se agachó para darle dos besos. Su mano se colocó estratégicamente en la cintura de ella, que volvió a sentir que su piel se abrasaba al contacto con él.

—Vaya, qué memoria.

—No podría olvidar el nombre de una chica tan bonita —nueva sonrisa, sin retirar aún la mano de su cintura. Alba contuvo las ganas de hacer boxeo sobre sus abdominales. Le dolía su coqueteo, dispuesto a conquistar a la nueva chica del pueblo. —¿Estarás por aquí en Fin de Año? Celebro una fiesta en mi casa. Me encantaría que vinieras.

—Yo... no sé... aún no sé qué haré ese día, es posible que lo pase con mi familia.

Apenas concluyó la frase cuando Álvaro soltó al fin su cintura y comenzó a alejarse de ella. Alba tardó en percatarse de hacia dónde se dirigía. Oh, no...

—¡Lucía! Fin de Año en mi casa, ¿vendrás?

—Bueno, si a Alba le apetece por mí genial... —buscó la mirada de Alba, esperando su confirmación. Alba estaba paralizada, demasiado nerviosa con aquella conversación como para reaccionar. Satisfecho con la respuesta, Álvaro volvió a acercarse demasiado a Alba.

—Nos vemos allí. ¿Ya sabes dónde es, verdad? Justo donde nos conocimos —susurró, y Alba agradeció su cortejo en ese instante, para evitar que Lucía escuchara lo que él le decía. —Prometo que lo pasarás bien.

Le vio alejarse, y recordó otro Fin de Año, el primero en Zaroha, también en casa de Álvaro,

con él cosiendo los despojos de su corazón roto cuando Álex le había dejado, hechizado por Silvia. Era como si la situación se repitiese, como si volviera atrás en el tiempo. Ella volvía a estar rota por Álex, y allí volvía a estar Álvaro, dispuesto a empezar de nuevo.

—Va a por todas, ¿lo sabes, no? Quiere recuperarte a toda costa —el comentario de Lucía la devolvió al presente.

—No, lo nuestro no puede ser... —murmuró, más para convencerse a sí misma que por responder a su amiga.

—Pues me temo que él no lo ve así. Y Álvaro suele ser muy testarudo...

—Lo sé.

Y tanto que lo sabía. Álvaro no se rendía jamás.

No iba a ir a la fiesta de Álvaro. No había hecho tantos esfuerzos por alejarse de él para ahora volver a estar merodeándole, sabiendo los riesgos que corría. Ya el simple hecho de estar de vuelta en Zaroha la ponía muy nerviosa. Era consciente de que Lara no iba a olvidarse de ella y de su colgante. Ciertamente era que Lara solo podía acceder a tierra si alguien, humano no, la invitaba a quedarse. Ni ella, ni las sirenas primitivas que vivían en su isla podían cruzar una barrera invisible a varios kilómetros de las costas. Una barrera creada por las primeras sirenas que habían decidido vivir en tierra firme, y que habían levantado para que aquellas sirenas primitivas que rechazaban a los humanos las dejaran vivir en paz. Pero a pesar de ello, temía que Lara encontrara la manera de traspasar esa barrera. Mientras estaba en Londres, si la buscaba, al menos la encontraría sola, lejos de los suyos, y no podría herir a nadie más. Pero tenía la angustiada sensación de que mientras estuviese en Zaroha, todos a su alrededor estaban en peligro. Solo la tranquilizaba el pensar que ya habían pasado varios meses, y Lara no había dado señal alguna en todo este tiempo. Pero aún así, no le parecía buena idea ir a casa de Álvaro. Se había alejado de él para ponerle a salvo. Y sin embargo, era tan tentador pasar al menos unas horas cerca de él... Pero no, definitivamente lo mejor para ambos era estar separados. Para mantenerlo a él vivo y a salvo, y para evitar sufrimientos innecesarios. Estar cerca de él era demasiado doloroso. Le costaba respirar al tenerle cerca y no poder abrazarle. Le echaba muchísimo de menos en todos los sentidos, no solo como pareja sino como amigo. Estaba segura de que nunca volvería a tener con nadie lo que habían tenido ellos.

Se vistió, sin arreglarse en exceso, pues el plan era cenar con sus padres y su hermana en casa. Después de las campanadas ellos se marcharían a una fiesta en casa de unos amigos. Y ella pretendía meterse en la cama y tragarse varios capítulos de una serie que tenía pendiente. Lucía le había escrito varias veces intentando por todos los medios convencerla de que fuese con ella a la fiesta. Al final lo dejó por imposible.

Durante la cena, Alba se dio cuenta de cuánto echaba de menos los momentos en familia que se había perdido durante los últimos meses. Se preguntó hasta cuándo, y cuánto perdería en el camino. Estando en Londres, lejos del mar y de sus familiares, se había planteado si no sería

mejor vivir como sus abuelos paternos. Rechazar su condición de sirena, destruir su colgante para siempre y dejar de adentrarse en el mar. Vivir como una humana más. Sería lo mejor para todos. Había perdido demasiado desde que era sirena. Sin embargo dos cosas se lo impedían por ahora; el miedo de que sucediera algo y ella no pudiera ayudar sin sus poderes ni su colgante; y una fuerza sobrenatural que no podía controlar y que la arrastraba al mar cuando llevaba demasiado tiempo evitándolo. En Londres se había visto varias veces cogiendo un tren de imprevisto para acercarse a la costa y sumergirse en las aguas frías de Inglaterra. Era algo que le costaba muchísimo controlar.

No, necesitaba tiempo. Tiempo también para estar segura de que la Primera Sirena no vendría a por ella. Y mientras tanto, se perdería momentos como este. Y se perdería su vida con Álvaro. Era un precio muy alto.

Tomaron las uvas frente a la televisión, que daba las campanadas como cada año desde la Puerta del Sol. Y Alba pidió un deseo para el nuevo año que entraba. Un deseo que, sabía por descontado, que era muy improbable que sucediera. Pero necesitaba comenzar el año conservando un poco de esperanza.

—Alba, ven con nosotros. —insistió Claudia antes de marcharse junto a sus padres. Claudia estaba viviendo una efervescente adolescencia, y temía que iba a aburrirse en la fiesta de mayores en la que posiblemente que no habría nadie de su edad.

—No Clau, de verdad que no me apetece salir de casa hoy. Pásalo bien. —Le dio un beso de despedida antes de verla alejarse de casa para subir al coche.

—¡Eso estará complicado! —levantó la mano indicando que no mientras se alejaba.

Alba la vio alejarse y se preguntó en qué momento había dejado de ser su niña pequeña para comenzar a ser la mujer en la que se estaba transformando. Solo quedaban unos años para que se transformara en sirena. Confiaba en que el tránsito de su hermana fuera más fácil de lo que lo había sido el suyo.

Cerró la puerta y comenzó a subir las escaleras. Se pondría el pijama y se recostaría entre los cojines de su cama. Nada le apetecía más en aquel momento. Pero el timbre sonó en ese momento, y la detuvo en mitad de la escalera. Su hermana debía haberse dejado el móvil detrás, su arma para evitar el aburrimiento. Bajó sin prisas y con una media sonrisa, sabiendo que su hermana estaría al otro lado, desesperada porque le abriera.

—¿Y ahora que...? —abrió la puerta, convencida de quién estaba al otro lado. Lo que no esperaba, en absoluto, era encontrarse con su rostro.

Se quedó paralizada mirándole. Como si el tiempo se hubiese detenido. Por un momento, se

planteó si su deseo se había hecho realidad. Si su “que todo vuelva a ser como antes” se había convertido en una realidad con la última campanada, y Álvaro estaba allí, casco en mano, como en los viejos tiempos, para llevarle a dar una vuelta con la moto.

—Hola. Sé que esto es un poco descarado pero... te invité a mi fiesta, y se nota que eres nueva en el pueblo. Aquí es de muy mala educación rechazar una invitación a una fiesta. Y más si es una fiesta de Fin de Año.

Alba le escuchaba, pero seguía mirándole perpleja.

—A no ser que... tengas otros planes... como estás arreglada como para salir... —murmuró él, decepcionado.

Ella salió al final de su asombro, decepcionada también. Todo seguía igual. Él no la recordaba, seguían en ese presente en el que no eran nada el uno para el otro.

—No, yo... iba a ponerme ya el pijama.

—¿Ibas a dormir ya?

—No, pensaba ver varios capítulos de Stranger things antes de dormirme...

—Me encanta esa serie. Bueno, siempre podemos dejar a los invitados que se apañen solos. Casi me apetece más la idea de ver esa serie tumbado cerca de ti que tener que aguantar la borrachera de mis amigos.

Ella no pudo evitar reírse. Era él, el Álvaro de siempre. Por un momento, olvidó quién era y quiénes habían sido, y se dejó llevar por su genuino coqueteo.

—No creo que a mis padres les gustase mucho la idea de que metiese a un desconocido en casa.

—Vaya. Qué decepción. Pues tendremos que ir a la fiesta entonces —se encogió de hombros.

—No, yo... —comenzó a rechazar la propuesta de nuevo.

—No voy a irme sin mi invitada especial —le interrumpió Álvaro. —Así que, o vienes conmigo, o tendrás que aguantar la charla de tus padres cuando descubran que tu plan de quedarte en casa no era tan inocente como creían.

—Esto es acoso, ¿lo sabes, no? —bromeó ella. Nunca lo era con él. Por muy golfó que hubiese sido antes de empezar su relación con ella, nunca había visto a ninguna chica incómoda con sus coqueteos. Sabía hasta dónde llegar y con quién.

—¿Acoso? Solo te estoy dando opciones de diversión en Fin de Año —abrió los brazos, haciendo ver sus santas intenciones. —No puedes venir a este pueblo de vacaciones y quedarte encerrada en casa. No tengo mayor intención que ser un buen anfitrión.

—Qué amable por tu parte.

—Exactamente. Por ahí tenías que haber empezado. ¿Entonces...?

Alba suspiró. Como bien había dicho Lucía, Álvaro no iba a rendirse.

—Está bien. Dame un minuto.

Le cerró la puerta en las narices y fue a ponerse unos zapatos, mientras se lamentaba. Con lo duro que había sido alejarse de él, sabía que volver a sentirle cerca iba a pasarle factura.

No tardó en volver a salir, tras escribir a su madre para decirle que finalmente iba a salir. No le dijo dónde iría, pues sabía que su madre también iba a lamentarse si se enteraba de que iba a estar con Álvaro. O no, porque Elena nunca había compartido su decisión de dejarle.

Álvaro le tendió un casco y subieron a la moto. El corazón se le subió a la garganta cuando rodeó con sus brazos la cintura de Álvaro, como había hecho cientos de veces en el pasado.

—¿Lista? —preguntó él tras arrancar.

—Lista.

Y todo volvió a ser como antes, como si nada hubiera cambiado. Y Alba comenzó a plantearse seriamente si no habría cometido un enorme error al dejarle. Si a lo mejor Lara ya la había olvidado, y podrían haber seguido su vida con normalidad. Si realmente el sufrimiento por la muerte de Álex no la había llevado a tomar decisiones apresuradas. Cerró los ojos y se dejó llevar por el viento que la emborrachaba trayéndole de vuelta el perfume de Álvaro. Decidió que aquella noche el tiempo se detendría. Disfrutaría, viviría el momento, y al día siguiente (cuando se pasara la resaca) valoraría sus decisiones y su futuro. Claro que, en aquel momento, aún no tenía ni idea de todo lo que estaba por pasar esa noche.

Álvaro pasó la noche dejándole claro su afán por conquistarle. Ella pasó parte de la noche saludando a gente que no había vuelto a ver desde que se había marchado del pueblo. Lucía también estaba, y se alegró muchísimo de ver que finalmente Álvaro la había arrastrado a la fiesta. Rieron, bebieron, y Alba volvió a sentir un poco de normalidad. En aquellos momentos le parecía surrealista pensar que ninguna sirena asesina pudiera venir a hacerle daño a ella o los suyos. Y por un instante, miró hacia la puerta, segura de que en cualquier momento volvería a aparecer Álex con los suyos, como en la fiesta en esa misma casa en su primer año en Zaroha, cuando había besado a Álex por primera vez. Le dolió el alma al volver a percatarse de que no le volvería a ver nunca. Era demasiado triste, demasiado duro. Los demás estaban teniendo una conversación bastante entretenida a su alrededor, así que aprovechó su despiste para alejarse del grupo.

Salió del jardín y caminó hasta el final del embarcadero. Necesitaba calmarse. O llorar una vez más, no lo sabía.

Se sentó, con los pies colgando sobre el mar, como lo había hecho tantas veces sobre esas mismas tablas de madera. La luna, en cuarto creciente, se reflejaba cercana sobre el mar, brindándole un halo de luz plata. Todo estaba en calma allí fuera. Tragó una bocanada de aire y trató de calmarse. No podía volver a hundirse.

Apenas le dio tiempo a pensar demasiado, antes de sentir que alguien se acercaba por el embarcadero. No le hizo falta girarse para saber que se trataba de él.

Se sentó despacio junto a ella, como esperando su reacción. Ella no dijo nada. Álvaro le ofreció en silencio su copa, que ella aceptó. Bebió un par de tragos que le ayudaron a aflojar el nudo de su garganta y le entregó de nuevo el vaso a Álvaro. Al hacerlo, él aprovechó para acariciarle la mano de manera fugaz, como si el acto hubiese sido fortuito. Buscó su mirada y con la mano que tenía libre le sostuvo la barbilla para que le mirase. Ella bajó la mirada, huidiza, pues sabía que él iba a percatarse de que tenía los ojos vidriosos, a punto de llorar.

—¿Estás bien? —le susurró. Ella solo asintió. No podía hablar.

Él negó con la cabeza. No le había convencido.

—La princesa está triste, ¿qué tendrá la princesa? —la obligó a sonreír, al pronunciar el primer verso de la sonatina de Rubén Darío que tanto le gustaba.

Deslizó la mano que sostenía la barbilla de Alba hasta su mejilla y le acarició el rostro. Ella no se movió, no se alejó, no dijo nada. Cerró los ojos y se dejó arrastrar por el enorme caudal de sensaciones que le proporcionaba aquel simple gesto. Una caricia de él era un regalo de los dioses para ella. Para cuando se quiso dar cuenta, tenía los labios de Álvaro sobre los suyos. Y no hizo nada por evitarlo, al contrario. Se dejó llevar, se olvidó del mundo a su alrededor y disfrutó de esos besos que tanto había echado de menos. Pasó bastante tiempo hasta que Álvaro interrumpió el hechizo, al alejarse ligeramente de ella. Aún así, seguía muy cerca, mientras sostenía el rostro de ella entre sus manos.

—Creo que es el momento ideal para decir a todo el mundo que se ha acabado la fiesta. Ya pueden irse a sus casas.

Ella sonrió y se dejó arrastrar entre sus brazos. Ya podía pararse el mundo. No iba a esperar al día siguiente para tomar una decisión. Iba a quedarse con su familia, iba a quedarse con él. Sabía lo fácil que sería devolverle la memoria, hacerle recordar de nuevo. Y que todo volviera a ser como antes. Pero aquel no era buen momento para hacerlo. Tendrían que hablar largo y tendido, preferiblemente sobrios. Álvaro no iba a entender la decisión que había tomado Alba. Solo esperaba que terminara poniéndose en su lugar. Ya habían pasado varios meses y estaba casi segura de que por ahora estaban fuera de peligro. Al menos por parte de Lara. Pero ahora que iba aprendiendo a aceptar la muerte de Álex se daba cuenta de que necesitaba volver a su vida. Ella se encargaría de cuidar de él y protegerle.

Álvaro no fue tan descarado como pretendía, y aguantó durante una hora más a los invitados. De vez en cuando volvía junto a Alba, la alejaba del grupo y la besaba como si no hubiera nadie más en la fiesta. Hasta que ya no soportó por más tiempo conformarse solo con los besos.

Fue directo a la música y la apagó. Afortunadamente, ya no quedaban ni la mitad de invitados que al principio de la noche.

—¡Ha sido un placer! ¡Feliz Año Nuevo a todos! ¡Ya sabéis dónde está la salida!

La mayoría lo abucheó, sin ganas de marcharse. Pero en apenas quince minutos, todos se habían despedido y el jardín había quedado vacío. Solo quedaban Alba y Álvaro. Tras asegurarse de que la puerta de entrada quedaba cerrada con llave y todo el mundo estaba fuera, Álvaro

volvió al jardín donde Alba esperaba sentada en el borde de la piscina.

—¿Un baño? Está climatizada —comentó al acercarse a ella. Sin esperar su respuesta se quitó la ropa, quedándose en ropa interior, y se tiró al agua de cabeza. Ella se fijó en él cuando volvió a aparecer en la superficie. Era cierto lo que ya le había parecido con ropa. Álvaro estaba mucho más fuerte. En aquel momento podía pasar perfectamente por un Guardián. Siempre había tenido un cuerpo bonito, pero ahora estaba enorme, con cada músculo del cuerpo multiplicado.

Sin esperar respuesta, la cogió por la cintura y la tiró al agua con ropa. Afortunadamente ya se había descalzado. Se abalanzó sobre ella, aprisionándola entre su cuerpo y el borde de la piscina. Volvió a besarla, mientras sus manos se deslizaban hábiles a quitarle las medias y el vestido. No fue hasta ese momento, que ella se percató de lo que significaba todo aquello para Álvaro. Ella misma estaba siendo una presa más para él, como solía ser antes de ella. Se preguntó con cuántas se habría acostado durante el intervalo de tiempo en que habían estado separados. Y enseguida, por el efecto del alcohol y sus besos apasionados, logró desechar esa idea. La culpa era de ella, y no podía culparle a él de volver a las andadas. Ella le había elegido, aún sabiendo que él volvería a ser el que había sido siempre si algún día lo dejaban. Le necesitaba demasiado esa noche como para plantearse lo que significaba para él. Daba igual. Volvió a dejarse llevar, mientras dejaba que él terminase de quitarle la ropa. Ya desnudos, piel con piel, fue él quien se detuvo un instante. Se separó unos centímetros de ella y la observó. Y el brillo de sus ojos... Alba sintió que era su Álvaro, que la miraba como solía hacerlo.

—Eres tan bonita... —susurró, antes de coger las piernas de ella y alzarlas hasta ponerlas alrededor de sus caderas. Alba se dejó llevar, mientras un sinfín de fuegos artificiales volvían a iluminar la noche, tiñéndola de vivos colores.

Yacían tumbados en la cama de Álvaro cuando el sonido del móvil de él les despertó. Apenas comenzaba a despuntar el día, y habrían dormido dos horas como mucho. Se habían quedado dormidos de puro agotamiento, uno en brazos del otro. Álvaro se sentó en la cama, con la cabeza a punto de estallarle, de falta de sueño y resaca de alcohol. Miró la pantalla de su teléfono y al ver quién le llamaba se espabiló de golpe. De un salto salió de la cama y aún desnudo salió de la habitación antes de responder.

—Hola —respondió finalmente, mientras cerraba la puerta a su espalda y se alejaba de la habitación.

Para Alba fueron suficientes esos segundos que tardó en alejarse para reconocer de quién era la voz al otro lado del teléfono. Se irguió y buscó su ropa a su alrededor. Recordó entonces que la ropa debía seguir tirada en la terraza. Abrió el armario de Álvaro, en busca de una camiseta que ponerse para salir fuera a por su ropa. Eligió una que parecía bastante grande y se la puso. Iba a salir de la habitación cuando Álvaro volvió a abrir la puerta.

—Tienes que irte. Te llevaré a tu casa. —ordenó con el semblante serio mientras se aproximaba a su armario y él también buscaba algo que tapara su desnudez. Alba no pudo evitar mirar su cuerpo desnudo de arriba a abajo y tuvo que morderse el labio para contener una sonrisa. Aquel instante duró unos segundos, el tiempo que tardó en que sus neuronas faltas de sueño recordaran la voz que había creído escuchar al otro lado del teléfono de Álvaro.

—¿Quién te ha llamado? —preguntó directamente mientras él le daba la espalda y sacaba algo de ropa del armario.

—Eso no es asunto tuyo —la cortó tajante.

Vaya, vaya. Ahí estaba el Álvaro que, una vez devorada la presa, tiraba sus restos al mar. Con

ella nunca había sido así. Y eso que, sorprendentemente, la había dejado dormir allí. Eso ya era más de lo que Álvaro solía permitirse.

—Me sonaba muchísimo la voz. Estoy segura de que le conozco —insistió ella.

—Lo dudo mucho. Vamos, recoge tus cosas. Te espero en la puerta de entrada.

—Está bien. —Alba salió a la terraza en busca de su ropa y trató de calmarse. Tenía un nudo en la garganta que estaba a punto de fundirse en cientos de lágrimas. Había cometido un terrible error liándose con Álvaro, y ahora él la trataba como a una conquista más. Recordó que la noche anterior, tras varias copas, se había prometido deshacer el hechizo de Álvaro y hacer que todo volviera a ser como antes. Y sin embargo ahora, a la luz del día, ya no estaba tan segura. Volvía a pensar que él estaba mejor lejos de ella. A salvo. Y sin embargo, después de aquella noche... alejarse de él sería volver a retomar el dolor desde cero. Lo poco que había ido consiguiendo en los últimos meses no había servido de nada. No sabía cómo iba a decirle adiós, cómo iba a poder alejarse de él una vez más.

Recogió sus cosas y volvió a entrar en la casa. Álvaro le esperaba en la puerta con gesto impaciente. Y ella no tenía ninguna prisa. Se detuvo en medio del pasillo y, sin prisa, se quitó la camiseta de Álvaro y la tiró al suelo. Esperó, sin retirar la mirada, deseando que aquel gesto despertara algo en él. Que reaccionara al tenerla desnuda frente a él. Pero él bajó la vista. Miró su móvil y la ignoró descaradamente. Y a ella le dieron ganas de quitarle el móvil de la mano y estallararlo contra la pared. Hasta que se percató de que su mano izquierda, la que no sostenía el móvil, se aferraba con fuerza al alféizar de la puerta. Con demasiada fuerza. Se estaba conteniendo. Puso una mano sobre la pantalla del móvil y deslizó la otra por dentro del pantalón de él.

—No, Alba, ahora no, tenemos que irnos —susurró. Su semblante había cambiado. Ahora era un ruego, una súplica. Cerró los ojos con fuerza y apoyó la cabeza sobre su mano en la pared, como si buscara la forma de desconectar de ella. Y finalmente debió encontrar la voluntad suficiente para hacerlo. Se alejó de ella y abrió la puerta de entrada.

—Te espero fuera. No tardes.

Alba permaneció unos instantes, desnuda y sola, en medio del pasillo. Sabía que junto con su ropa, había vuelto a despojarse de la coraza que la había mantenido a flote durante los últimos meses. Se vistió, sin molestarse siquiera en borrar las lágrimas que acababan de aparecer.

Álvaro la esperaba ya sobre la moto cuando salió. Le tendió el casco y se alejaron sin intercambiar una palabra. Cuando ya estaban cerca de su casa, Alba cayó en la cuenta de algo a lo que no le había dado importancia el día anterior.

—¿Cómo sabías dónde vivía? —preguntó, prácticamente gritando para que él pudiese escucharla. Él tardó unos segundos en responder.

—Me lo dijo Lucía. Te vi con ella en el Paseo marítimo ¿recuerdas?

—¿Lucía te dio la dirección de mi casa? —preguntó sorprendida. Lucía no habría entendido cómo era posible que Álvaro no recordase dónde vivía ella.

—Sí.

No dijeron nada más durante el trayecto. Alba, abrazada a él, disfrutaba del momento a sabiendas de que iba a tener que tomar una decisión. No podía seguir así.

La moto se detuvo finalmente frente a su casa y Álvaro esperó a que ella bajase y le devolviera el casco.

—¿Cuándo volveré a verte? —preguntó ella ansiosa. Necesitaba tiempo para pensar antes de volver a verle. Porque la próxima vez que se viesen era probable que ella deshiciera el hechizo.

—No lo sé —se encogió de hombros. —Yo te llamo un día de estos.

—No tienes mi teléfono —respondió ella, y por un momento le dieron ganas de reírse. En otra época, mucho tiempo atrás, ella hubiera visto aquella situación desde fuera y se hubiera lamentado por la pobre chica, desesperada porque él le hiciera un poco de caso.

—Pero sé donde vives. Eso es mejor aún —sonrió, al fin. Y ella lo hizo también, antes de darse la vuelta para entrar a casa.

Rebuscó en su mochila, en busca de las llaves de casa. Tenían que estar por allí, en algún recoveco. Siempre se escondían.

—¡Alba! —escuchó que él la llamaba. Se giró, esperando verle sobre la moto. Y sin embargo, estaba junto a ella, a un metro de distancia. No le dio tiempo a preguntarle qué quería. Se abalanzó sobre ella y la besó, hundiendo las manos en sus cabellos. La mochila de Alba se deslizó de entre sus dedos, que ahora requerían aferrarse a él con todas sus fuerzas. No, no pasaría de aquel día. No podía desperdiciar ni un segundo más de su vida sin él. Se dejó arrastrar por sus besos, por aquellos labios que tan bien conocía y que tanto había echado de menos. Se olvidó del presente y del lugar en el que estaban. No existía nada, más que ellos dos y aquel beso ansiado. Hubiera podido seguir allí, besándole eternamente, si no hubiera sido porque de repente, él se detuvo. Separó los labios de los de ella sin previo aviso, sin despedida. Antes de que Alba pudiera siquiera volver a situarse en el ahora, Álvaro se agachó y la agarró por las piernas. Ella tardó en

entender qué estaba haciendo. La subió a horcajadas sobre su hombro y comenzó a caminar con ella colgando boca abajo. — —¡Qué haces! —preguntó sin comprender. Él se encaminaba hacia su casa. ¿No pensaría que iban a entrar en su casa a hacer...nada, no? pensó confundida. Sus padres debían estar en casa, posiblemente durmiendo aún.

Aquel pensamiento, sin embargo, le duró muy poco. El tiempo que tardó en ver que la puerta de su casa estaba abierta, y que había tres personas mirando la escena con gesto preocupado.

Sus padres, junto a Natalia, acababan de aparecer tras la puerta de su casa. Álvaro pasó junto a ellos, enmudecidos, y entró en la casa con Alba a cuestas. Ella, desde su posición boca abajo, trataba de entender qué estaba sucediendo; porqué aquellos tres parecían tres estatuas, cuyos rostros sin embargo reflejaban un montón de emociones. Sus ojos pasaron de Natalia, que parecía preocupada, a su padre, que sin duda estaba conteniendo la rabia, y terminaron revisando el rostro de su madre, que parecía muerta de miedo.

—Mamá, ¿qué está pasando? —preguntó con el corazón desbocado. Algo iba mal. Muy mal.
—Álvaro, bájame.

Él no respondió y siguió avanzando, ahora escaleras arriba. Vio como su padre cerraba la puerta de entrada y los tres les seguían escaleras arriba. Estaba demasiado sorprendida y asustada para reaccionar. Por eso se dejó arrastrar por Álvaro hasta su habitación.

—Sé buena, ¿vale? No tardaremos en volver —Álvaro la bajó al suelo y le murmuró aquellas palabras que no alcanzó a comprender, justo antes de que sintiera un aguijón en el brazo y la vista se le nublara hasta sumirse en un túnel de oscuridad. Sintió como unos brazos la sostenían y la echaban sobre su cama.

—Vamos. Ha llegado la hora —escuchó la voz de Álvaro, justo antes de dejarse arrastrar al pozo oscuro de la inconsciencia.

Estaban preparados. Llevaban meses esperando, sabiendo que llegaría el momento. Natalia se quedaría vigilando a Alba, confiando en que esta tardara lo suficiente en despertar para que los demás tuvieran tiempo de actuar. No querían llevar con ellos a ninguna de las dos, cada una por razones distintas, era mejor que se mantuvieran al margen.

Alba sintió como, poco a poco, iba volviendo en sí. Apenas habían pasado diez minutos desde que Álvaro y sus padres habían salido de la habitación. Luchó con todas sus fuerzas contra la marea oscura que la arrastraba hacia abajo, dispuesta a hundirla de nuevo. Tenía que salir a la superficie, tenía que volver en sí. Un último esfuerzo y logró abrir los ojos. Tardó algo más en ser capaz de erguirse y mirar a su alrededor, para darse cuenta de que estaba tumbada sobre su cama. Según iba cobrando la conciencia, iba recordando lo sucedido, e iba enfureciéndose por momentos. ¿Qué demonios había pasado? Álvaro estaba compinchado con sus padres por algún motivo. Y una vez más la habían dejado fuera de juego, igual que ya hicieron cuando la arrastraron a Sevilla. Detuvo sus pensamientos un instante, pues escuchó una voz conocida al otro lado de la puerta de su cuarto.

—Sí, ya hace unos quince minutos que se han marchado todos , ya deben haber llegado a la playa. Ten cuidado ¿vale?

Era Natalia quien hablaba por teléfono. Y Alba supo que fuera lo que fuese lo que estuviese pasando, tenía que salir de allí. No había otra salida que la puerta, pues su ventana estaba demasiado alta para saltar por ella. Abrió despacio, sin saber lo que iba a encontrar al otro lado. El pasillo estaba despejado, Natalia había debido bajar las escaleras para coger cobertura. Puso el primer pie en la escalera en el mismo instante en que Natalia colgaba en teléfono. La vio salir de la cocina y dirigirse directamente hacia la escalera. Se detuvo en seco al ver a Alba bajando los escalones.

—Pero como... —abrió la boca, estupefacta.

Alba se llevó la mano a su colgante.

—Cada día me hace más fuerte. Ya hace mucho que mi cuerpo no se ve perjudicado por absolutamente nada. Se ve que el poder no tiene que ver solo con la naturaleza externa, sino con la mía propia.

—Vaya. No contamos con eso —murmuró Natalia, sorprendida.

—Nati, ¿dónde han ido? —rogó suplicante.

—No puedo decírtelo. Tienes que quedarte aquí conmigo, es lo mejor.

—¿Lo mejor para quién?

—Para ti.

Ella no pudo evitar una carcajada. Aquello era de locos.

—Tengo la sensación de que los demás están en peligro. Y no pienso quedarme aquí de brazos cruzados.

—Por favor, Alba. Todos saben que no dudarás en darle el colgante a cambio de... —guardó silencio. Ya había hablado demasiado.

—Estás hablando de la Primera Sirena. ¿A cambio de qué tendría que dárselo, Nati? ¿A cambio de qué? —se había acercado demasiado, y Natalia no había tenido tiempo de reaccionar y retirar su mirada. Alba era más poderosa que ella.

—A cambio de Claudia —confesó Natalia, sin poder evitarlo, controlada por la mirada de Alba.

—No, no, no... —profirió, sintiéndose desfallecer. Pero se mantuvo fuerte para hacer a Natalia la última pregunta. Ya tendría tiempo de lamentarse más tarde. —¿Dónde han ido?

—A la playa del acantilado.

—Quédate aquí. Quiero que subas a mi cuarto y esperes allí —le ordenó.

Natalia comenzó a subir las escaleras sin dirigirse más a ella. Allí estaría a salvo, como habían pretendido que lo estuviera ella. Estaba segura de que la primera sirena procuraría llevarles a su terreno, pues ella era más poderosa en el agua, lejos de tierra. Además, para sobrepasar los límites marcados para ella y el resto de sirenas de la isla debía ser invitada, como lo había sido por Álex la vez anterior. Así que no entendía cómo era posible que hubiera llegado a capturar a su hermana. O Claudia había sobrepasado los límites permitidos, o alguien había invitado a Lara a tierra. Y rápidamente, se le vino a la cabeza la sirena que con mayor probabilidad podría haberlo hecho.

Cogió las llaves de su coche del mueble de la entrada y corrió a la calle. Las piernas le temblaban mientras aceleraba y salía de la calle a toda velocidad.

No aparcó en la playa, sino en un acantilado cercano, desde donde podría divisar mejor lo que sucedía abajo sin ser vista. Ni oída.

Todo estaba en silencio a su alrededor. Aún era temprano, y teniendo en cuenta que el día

anterior había sido Fin de Año, era lógico que la playa estuviese completamente desierta. Pero sabía que en algún sitio, bajo el agua, estaba por comenzar una guerra. Y todo, una vez más, por algo relacionado con ella. Y sin embargo, a pesar de lo que los demás hubieran pensado de ella, esta vez tenía muy claro que no podía entregar a Lara el colgante.

El sacrificio sería demasiado grande; no por ella, sino por el resto de la humanidad. Tenía que luchar. Tenía que ser fuerte y buscar la manera de derrotar a Lara para siempre sin que nadie saliese herido. Incluida su hermana.

Avistó un punto blanco en el mar, a lo lejos. Un barco. Estaba casi segura de que estaba relacionado con los suyos de alguna manera. Sin pensárselo dos veces, se lanzó desde el acantilado. Cayó con delicadeza en el agua, a pesar de la altura. Era un salto que había realizado muchas veces.

Ya bajo el agua, transformada en sirena, se sintió invencible. Iba a luchar aquella batalla, que le pertenecía a ella, y solo a ella. Por una vez, dejaría de lado su frágil corazón humano y lucharía como una auténtica sirena.

Avanzó veloz hacia el barco, mientras echaba un vistazo a su alrededor. Nada, todo parecía estar en calma. La escalerilla del barco estaba puesta, así que subió por ella, tras reconocer que se trataba de uno de los barcos habituales de los Buscadores. Debía ser Álvaro quien lo hubiera cogido. Efectivamente, apenas puso un pie en el barco cuando se topó de frente con él. Le vio abrir la boca, asombrado. Era evidente que no esperaba verla allí. Vio que sus padres también estaban allí, en la otra punta del barco. Su padre parecía estar controlando una pantalla mientras su madre, sentada, se estaba enfundando un neopreno. Ninguno de los dos se había percatado de su presencia. Volvió a mirar a Álvaro, que aún no había reaccionado.

—¿Cuándo pensabas decirme que mi hechizo no había funcionado? —le preguntó, irritada. Lo había sentido en el beso que le había dado frente a su casa y lo había visto después en su mirada cuando la había bajado de su hombro en el cuarto de ella.

Él no dijo nada. En su lugar se abalanzó sobre ella y le tapó la boca con la mano. La arrastró hacia el interior del pequeño camarote y cerró la puerta tras él. Solo entonces retiró la mano de su boca. Si Alba no recordaba mal, Álvaro le había contado alguna vez que los camarotes de sus barcos estaban insonorizados, de manera que sus conversaciones no pudieran llegar a las sirenas.

—¿Qué haces aquí? ¡Te sedamos! —Álvaro dio un brusco golpe en la pared.

—Pues ya ves, no funcionó —se encogió de hombros, con arrogancia. —Al igual que mi hechizo, por lo visto. No lo entiendo...

—Pues es bastante sencillo. En cuanto volvimos de la isla comencé a tomar Noctiluca. Me temía que la fiesta no había hecho más que empezar. —Se había apoyado contra la pared, con los brazos cruzados y sin mirarla directamente. Llevaba un chaque de neopreno, a medio poner, colgando alrededor de la cintura y con el torso aún al descubierto. Alba entendió entonces el porqué del cambio físico de Álvaro. No solo había tomado Noctiluca de nuevo, sino que se había

matado a entrenar como Buscador otra vez.

—O sea que todo este tiempo, tú...

—Sí Alba, todo este tiempo te recordaba. Durante todo el tiempo que me abandonaste, y mientras me acostaba anoche contigo también. —No se movió de su postura, ni un ligero titubeo. Alba iba a abrir la boca para seguir hablando del tema, a sabiendas de que comenzarían una discusión interminable. Por eso, se controló. Lo más importante era salvar a su hermana. Si salían con vida, ya habría tiempo de discutir cómo había tenido la indecencia de ligar con ella como si nada le afectara.

—¿Vas a explicarme qué significa todo esto?

Él suspiró, intranquilo, y se sentó en el sofá. Que la primera parte del plan, que era retener a Alba, no hubiese ido bien, no era una buena señal.

—Nunca te dio por pensar en lo que la Primera Sirena habría pedido a Silvia a cambio de su deseo. Estabas tan encerrada en tu dolor, que te marchaste sin pensar en que los problemas no habían hecho sino empezar. Lara quería tu colgante, ¿y realmente llegaste a creer que iba a olvidarlo? Solo estaba esperando el momento perfecto. Sabía que la mejor forma de conseguirlo era mediante un intercambio. Ya había comprobado que no podía arrebatártelo por las malas, así que necesitaba que no te quedara otro remedio que entregárselo. Y la mejor forma de lograrlo era a cambio de la vida de un ser querido. Sabía que no te negarías al intercambio. Y nosotros también lo sabíamos. Por eso no podíamos permitir que participaras en esto. Cederás y se lo entregarás. Y no podemos ni llegar a imaginar qué podría hacer la Primera Sirena con semejante poder. Habrás salvado a tu hermana, pero no por mucho tiempo. Nos condenarás a todos. Como pretendías hacerlo a cambio de la vida de Álex. Estabas dispuesta a ponernos a todos en peligro, humanos y sirenas, con tal de que él viviera —la observó, buscando una reacción en ella. Pero ella estaba demasiado confusa y alarmada y su rostro no era sino un reflejo pasivo del shock en que se encontraba. —Así que nos preparamos para lo que viniera. Preparamos una trampa para que, eligiese al que eligiese de nosotros, los demás estuviesen preparados.

—Has nombrado a Silvia al principio. ¿Qué tiene que ver todo esto con ella?

—Lara le concedió su deseo a cambio de que fuera su esclava, para siempre, según nos contó Natalia. Así que ha debido usarla ahora para que le entregase a tu hermana. De otra forma, sabes que ella no podría haberla secuestrado. Al menos mientras Claudia no cruzara los límites marcados.

—Cuéntame el plan. No voy a entregar el colgante. Voy a luchar con vosotros.

Él asintió; sabía que ahora que ella estaba allí no iba a poder retenerla. Tendría que aceptar

que iba a involucrarse. Le contó cómo pretendían acabar con las sirenas de la isla, con todas ellas y con la primera sirena.

Alba no pudo evitar una ligera sonrisa cuando él le entregó un arpón y le ayudó a colocárselo cruzándolo a modo de bandolera en su espalda.

—¿Esto es necesario? Nuestros poderes...

—Vuestros poderes de primer curso de Hogwarts no servirán de nada contra ellas. Claro que lo tuyo es diferente. Aún así no está de más que lo lleves por si acaso.

Ella asintió sin rebatirle más. Se sentía tan culpable, tan avergonzada por la situación, que quería mostrarse obediente al plan de Álvaro. Él había estado allí, dispuesto a proteger a su familia, mientras ella se alejaba de todos para lamentar su pérdida.

—Vale, creo que podrás sernos de ayuda —comentó en voz alta. —Te contaré cómo vas a intervenir. En cuanto te encuentres ahora con las demás, cuéntales el cambio de plan que vamos a hacer. Creo que funcionará aún mejor contigo.

Álvaro continuó explicándole lo que harían, cuál sería su papel. No hubo un gesto entre ellos, ni siquiera a la hora de despedirse. Ambos estaban demasiado nerviosos, preocupados, además de con muchas reticencias hacia el otro. Alba volvió a deslizarse por las escalerillas del barco, siguiendo las indicaciones de Álvaro. Sus padres continuaban de espaldas, atentos ahora los dos a la pantalla, así que no la escucharon marcharse. Cuando se fue, Álvaro se dedicó a dar vueltas por cubierta, inquieto, esperando la señal. Un cuarto de hora después, la pantalla indicó finalmente que se acercaban sirenas, a gran velocidad. Eran ellas. Sin perder tiempo, terminó de cubrirse con el neopreno, cogió su arpón, se colocó el oxígeno y se lanzó al mar, acompañado de Elena, que iba provista como él. Buscaron su posición bajo el agua y cuando estuvieron situados exactamente en el lugar correcto, espalda contra espalda, Álvaro rompió la pequeña bolsita que sostenía entre los dedos. Un pequeño río de sangre bailó frente a él al romperla. Confió en que aquello fuera suficiente para atraer a las sirenas de la isla. No se equivocó. Segundos más tarde, venían hacia ellos a toda velocidad. No les dio tiempo siquiera a dudar, pues ellas no lo hicieron tampoco. Apuntaron con su arpón hacia las enormes bolsas cargada de Noctiluca que colgaban del barco, a pocos metros sobre sus cabezas. El contenido cayó frente a ellos, mezclándose con el agua que les rodeaba. Las sirenas no tardaron en alcanzarles. El corazón de ambos se disparó cuando vieron que estaban solo a unos metros de ellos, nadando a toda velocidad. Ambos temieron que la Noctiluca no fuera suficiente para detenerlas. Pero cuando las más rápidas estaban a solo un par de metros de ellos, se detuvieron en seco. Como si les hubieran robado instantáneamente la fuerza y la capacidad de movimiento. Y las demás les siguieron. Debían ser unas doce en total. Se habían detenido y se retorcían y gesticulaban como si se estuvieran ahogando. Solo entonces vieron aparecer unas sombras entre las oscuras aguas. Sin acercarse demasiado, pues sería peligroso para ellas, las sirenas se habían aproximado lo suficiente como para poder disparar sus arpones. Todas habían practicado durante los últimos meses. Sabían disparar, y tenían muy buena puntería.

Tanta, que en unos instantes todas las sirenas de la isla habían sido disparadas y caían lentamente sobre la red dispuesta varios metros por debajo. La noctiluca, que no solo habían tirado al mar sino que empapaba los arpones con los que les habían disparado, las paralizaría y las dejaría sin poderes durante un buen rato. Pero no sería eso lo que acabaría con ellas.

En cuanto todas las sirenas de la isla cayeron sobre la red, Álvaro salió a la superficie. Luis ya le estaba esperando. Al verle, comenzó a recoger la red. Arrastraron a las sirenas capturadas hasta la superficie y Elena y Álvaro regresaron al barco. Amarraron bien la red, a pesar de que sabían que en el caso de que alguna recuperara sus poderes, la red no serviría de nada. Confiaban en que el efecto de la noctiluca durara lo habitual. Tiempo más que suficiente para que las sirenas se deshidrataran al sol, que lucía intenso ese día.

—Las sirenas de la isla no son como vosotras —había explicado Álvaro a Alba solo un rato antes —ellas no han llegado a adaptarse a la tierra ni sus condiciones. Si pasan más de un par de horas en la superficie, se secan como pasas. Es como si estuvieran completamente hechas de agua, y al secarse, de ellas no quedan más que unas tiras de mojava. Literalmente.

Y eso era lo que pretendían hacer con ellas. Tostarlas al sol. Con las sirenas fuera de juego, tenían que lanzarse a por la parte más complicada del plan: rescatar a Claudia.

Claudia había desaparecido cuando la fiesta a la que había acudido con sus padres estaba llegando a su fin. Se había alejado del resto para sentarse junto al pequeño muelle cercano a la casa. Fue entonces cuando Silvia apareció en el agua, y la arrastró con ella. La entregó a la Primera Sirena y volvió a darle a los padres de Alba el mensaje de que avisaran a su hija Alba del lugar en que tendría lugar el intercambio, si quería volver a ver viva a su hermana. Ellos se encargaron entonces de avisar a todas las sirenas, además de llamar a Álvaro, que estaba durmiendo con Alba. Todos habían aceptado ayudarles desde el principio. Los padres de Álex se habían tomado muy en serio la petición que su hijo les había dejado en su carta de despedida. Debían cuidar de Alba y su familia. Y eso era exactamente lo que iban a hacer.

Así que, tras cargar nuevamente los fusiles con arpones bañados en noctiluca, bucearon todos juntos hasta el acantilado en el que Lara tenía a Claudia. Solo Elena se quedó en el barco junto a Luis. Álvaro no quería exponerla más, y alguien tenía que quedarse con Luis vigilando a las sirenas. Elena podía manipular la Noctiluca sin que le hiciera ningún daño en caso de que necesitaran más.

Al final del acantilado, junto al mar, había una pequeña cueva abierta al exterior. En lugar de rodear la cueva se alinearon a ambos lados de la misma, pegados a la pared de piedra, de manera que quedaran ocultos por los salientes de la misma. Era el momento en que Alba debía pasar a la acción, tras el cambio de última hora. Julián, que también estaba allí, observó asustado como Alba salía del agua y se transformaba en humana al contacto con la piedra. Miró a Álvaro alarmado, y él asintió tratando de calmarle con la mirada.

—Aquí me tienes —anunció al avanzar hacia el borde de la roca donde Lara estaba tranquilamente sentada, transformada en sirena, mientras movía su cola con calma y se peinaba los largos cabellos con los dedos. Claudia estaba detrás de ella, sentada en la roca. Alba cruzó una mirada con su hermana y vio en ella una arrogancia y una seguridad en sí misma que la llenó de orgullo. Ni atisbo de miedo, a pesar de la situación.

—Veo que vienes con un ejército. Eso no me gusta nada. Creo que hoy cenaré sirena. Y eso que vuestra piel no me gusta nada. —Alba se quedó perpleja, aunque procuró que no se le notara. Lara lo sabía todo sobre ellas, como ya le había dicho una vez.

—No van a hacerte daño. Son solo... guardaespaldas.

—Ya. ¿Y mis hermanas? ¿Qué habéis hecho con ellas? —seguía peinándose como si tal cosa.

—Están bien. Solo quería asegurarme de que me entregases a mi hermana sana y salva.

—Y lo haré, siempre que tú me entregues antes el colgante.

—Nada de eso. Pondré a mi hermana a salvo y entonces te entregaré el colgante.

—¿Otra vez tratando de imponer tus normas Alba? ¿Aún no has entendido que aquí quien manda soy yo?

Había ido subiendo la voz, aguda e histérica y por fin miraba directamente a Alba. Álvaro sintió aquel momento como el adecuado para disparar. Apuntó hacia el corazón de Lara. Iba a disparar cuando sintió que algo lo empujaba hacia abajo. Trató de desasirse de lo que le arrastraba hacia el fondo, dando patadas a diestro y siniestro. Y entonces lo soltó. Comenzó a nadar hacia la superficie pero apenas había avanzado algo cuando vio su rostro frente a él. Era Silvia. Ella le dedicó una sonrisa perversa y con un ligero movimiento de su mano provocó que su fusil escapara de su mano, hundiéndose lentamente hacia el fondo. Un nuevo movimiento de sus manos, junto a su cuello, y Álvaro comenzó a sentir que se estaba ahogando. Iba a morir, finalmente a manos de quien había deseado su muerte desde el principio. Comenzó a dejarse llevar por la falta de oxígeno. Por más que trataba de aliviar el ahogo con sus manos, no podía hacer nada por evitarlo. Un último pensamiento, para Alba. Por la historia de amor por la que tanto había luchado y que al final no había tenido un final feliz. Ni siquiera se había despedido de ella, presa como estaba de la rabia. Ella no le había creído capaz de protegerse, y finalmente iba a tener razón.

Un último esfuerzo, y Álvaro lograba sacar su as bajo la manga. Su carta de supervivencia. Tiró con todas sus fuerzas del cuchillo que guardaba en su muslo y se lo clavó a Silvia sin condescendencia en el pecho. También lo había rociado de Noctiluca. El dolor detuvo el poder de las manos de ella, que acudieron asustadas al lugar en el que Álvaro la había herido. Le miró asustada, y por un momento él se compadeció de ella. Vivir con el corazón congelado la había llevado hasta allí. Un nuevo disparo, que esta vez llegaba desde arriba, atravesó el cuerpo de Silvia, que pasó a convertirse en una muñeca inerte. Mientras su cuerpo descendía hacia el fondo, Álvaro comenzó a ascender a la superficie. Había sido Julián quien había disparado su arpón a Silvia. Había perdido de vista a Álvaro y sabía que algo sucedía. Cuando llegó a la superficie,

vio que en los instantes en que había estado abajo luchando por sobrevivir sobre la superficie se había armado el caos. Habían atacado a Lara, que seguía luchando a pesar de los arpones que le habían clavado. Álvaro subió a la piedra y tiró de Alba, que en ese momento abrazaba a su hermana, tratando de alejarla de donde se hallaba Lara, que atacaba a las demás con furia.

—Llévatela de aquí —murmuró. —Ya.

Alba obedeció. Se lanzó al mar, llevando a Claudia consigo. Lara se puso aún más histérica al darse cuenta de lo que sucedía, y trató de lanzarse al mar tras ellas. Pero un disparo certero de Julián volvió a detenerla. Se echó sobre la piedra, agotada. Álvaro agarró el cuchillo que lleva aún en la mano, e hizo lo último que sabía que debía hacer para terminar definitivamente con la Primera Sirena.

Alba dejó a su hermana a salvo con sus padres y ya iba a lanzarse de vuelta al mar cuando vio aparecer a Álvaro, que ascendía por la escalerilla del barco. Un gemido de alivio se escapó de su garganta. Estaba vivo. Él terminó de subir la escalerilla y retiró las gafas de su rostro. La miró con intensidad y Alba confió en que se abalanzara sobre ella y la besara. Sin embargo, lo que hizo Álvaro a continuación fue tirar algo a los pies de Alba. Ella miró hacia abajo, sin comprender. Hasta que vio lo que era, y se llevó las manos a la boca para contener un grito.

—Ahora vuelve a marcharte con la excusa de protegerme —pasó junto a ella sin rozarla, como si lo evitara a conciencia. Se metió en el camarote y cerró la puerta tras de sí. Alba corrió hasta inclinarse sobre el mar y vomitó todo lo que llevaba en el cuerpo. Demasiadas emociones para un solo día. Eso, y el trozo de la cola de sirena que Álvaro había tirado a sus pies habían terminado de rematar su estómago.

Darse cuenta de todo lo que había sucedido esa mañana le llevó a Alba varios días. Por un lado, asumir lo sucedido con Álvaro. Se había marchado meses atrás a Inglaterra confiada de que él estaba hechizado y de que no la recordaría. Y sin embargo, él llevaba los últimos meses recordando cada instante de su relación. Habría tenido tiempo de sobra para odiarla una y otra vez por la decisión que había tomado.

Y luego estaba lo sucedido la trágica mañana. No podía quitarse de la cabeza las terribles imágenes de lo vivido. Álvaro había orquestado la masacre, había preparado a las sirenas para luchar contra sí mismas. Y había rematado su obra cortando la cola de sirena de Lara; según le había contado su padre después, esa era la única forma de garantizar su muerte.

Luego se había encargado de echarle en cara el haberle abandonado con la excusa de protegerla. Le había demostrado que él podía organizar y salir indemne de la mayor de las batallas que ella había vivido hasta entonces.

Habían pasado varios días de esa mañana, pero Álvaro no había dado señales de vida. Ella sí había intentado localizarle. Le había llamado, escrito (tenía la certeza de que seguía vivo porque la dejaba en visto pero no le respondía) y había pasado por su casa.

Nada. Se había esfumado.

Ya estaba planteándose que tendría que ir a Sevilla a buscarle, al piso que aún conservaban allí y adonde era probable que se hubiera marchado con su madre. Pero no llegó a ir. Un par de días después, Natalia le llamó para despedirse de ella. Le preguntó si no le importaba ir a su casa; tenía que darle algo. Alba ni se lo pensó. Poco después abrazaba a su amiga en la puerta de su casa. No volverían a verse hasta verano probablemente.

—¿Estarás cuando volvamos? —le preguntó Natalia.

—No lo sé. No sé qué voy a hacer ahora... —era verdad. Teniendo en cuenta los últimos acontecimientos no sabía qué iba a hacer. Si volver a salir huyendo o quedarse y afrontar.

—Lo entiendo. Pero yo quiero que estés. Ojalá te quedes aquí. —rogó.

Alba suspiró como respuesta. No sabía qué decir.

—Sube a mi habitación y espérame allí. Tengo algo que enseñarte. Yo iré enseguida —ordenó Natalia con una sonrisa, y Alba agradeció el cambio de tema y la sonrisa. Ojalá y lo que fuera a enseñarle fuese algo bueno. Necesitaba un atisbo de esperanza, algo que la hiciera sonreír.

Obediente, Alba subió las escaleras y abrió la puerta de la habitación de Natalia. Iba decidida a entrar, pero se quedó paralizada en el marco de la puerta al ver quién estaba dentro. Permaneció congelada unos instantes sin saber qué decir o hacer.

¿Qué hacía allí? ¿Le saludaba como si tal cosa o salía huyendo?

No tuvo tiempo de tomar una decisión, pues una mano invisible eligió por ella. La empujaron desde fuera, lo suficiente para que diera un paso adelante y se cerrara la puerta a sus espaldas. Oyó como giraban la llave en el picaporte y unas risitas al otro lado, antes de alejarse. Les habían encerrado adrede. Y por la cara de sorpresa de él, era evidente que también se la habían jugado.

Permanecieron mirándose largo rato, sin saber muy bien qué decir.

—Lo siento. Creo que nos han tendido una emboscada —se decidió a murmurar finalmente ella.

—Ya veo. Natalia me hizo venir con la excusa de que debía enseñarme algo. Dijo que era importante —Álvaro se encogió de hombros.

—A mí me dijo lo mismo. Vaya excusa barata —negó con la cabeza y sonrió, sin atreverse a acercarse a él, a pesar de que su cuerpo le reclamaba.

—Lo peor es que los dos nos lo creímos.

—Cierto —asintió Alba.

Guardaron silencio. Sabían cuáles eran las intenciones de Natalia. Quería que arreglaran sus diferencias antes de marcharse. Natalia siempre tan dispuesta a hacer de Celestina.

—Álvaro, yo... —comenzó, y se acercó un par de pasos hacia él.

Él levantó la mano para detenerla.

—No, Alba, no te molestes. Nada de lo que digas va a arreglarlo. Es mejor que gastes tus energías en algo más productivo, como abrir esa puerta.

—No. Tenemos que hablarlo —sonó irritada. El tono de impaciencia de él acababa de provocar un incendio en su interior. —Algo te importa lo nuestro cuando has pasado los últimos días ligando conmigo como si no nos conociéramos de nada.

—Jugaba contigo. Sabes que siempre se me ha dado muy bien, y parece que a pesar del tiempo que perdí contigo no he perdido habilidades.

Le sobraba soberbia. Y a pesar de que Alba le conocía ya lo suficientemente bien como para saber que era su coraza, su protección ante el dolor, logró herirla con sus palabras.

—Pero a mí me respetabas. Nunca jugaste conmigo, ni siquiera cuando nos conocimos —susurró con calma. Devolverle el daño no mejoraría las cosas. No era eso lo que quería.

—Tú lo has dicho, te respetaba, en pasado. Te respetaba hasta que me dejaste tirado; hasta que me demostraste que lo nuestro no valía nada para ti. Si es que no sé ni cómo esperé más de ti, si siempre has hecho lo mismo conmigo; a la primera de cambio sales huyendo —se levantó de la cama y se dirigió a la ventana, de espaldas a ella.

—Lo nuestro lo valía todo para mí. Todo. Y sí, huía de ti y de mis sentimientos al principio, es cierto. Pero cuando al fin reconocí lo que sentía por ti nunca volví a dudar de lo nuestro.

Álvaro negó con la cabeza. No le creía. Se giró para mirarla a los ojos.

—Siempre hemos sido tres en esta relación, Alba. Incluso muerto, Álex ha estado ahí, ¿es que no te das cuenta? Te sentías tan culpable por él, te dejó tan destrozada su muerte, que no podías permitirte seguir conmigo sin que los remordimientos te reconcomieran.

—No Álvaro. Estás totalmente equivocado. Solo quería protegerte. No podía seguir poniéndote en riesgo. No fue una decisión impulsiva ni fácil, en absoluto. Fue la decisión más difícil que he tomado nunca.

—La segunda más difícil. La primera fue dejar a Álex para empezar conmigo.

Alba cerró los ojos. Sentimientos enquistados durante demasiado tiempo, que les habían llevado hasta ese punto exacto en el que se encontraban ahora.

—Eso no es cierto. Me costó entender lo que sentía por ti, pero no mezcles cosas. Has sido y serás siempre el amor de mi vida. Por eso decidí que tu vida era más importante que mis sentimientos. No podía permitir que te pasara nada. No es tan difícil de entender, tú hubieras hecho lo mismo.

Le rogó con la mirada que la entendiera, que la abrazara, que se acabara aquella pesadilla. Él bajó la mirada para evitar encontrarse con su rostro suplicante.

—No. Yo te hubiera arrastrado al Himalaya si hubiese sido necesario para ponerte a salvo. Pero no te hubiera alejado de mí. No como tú lo hiciste. Borraste nuestra historia de un plumazo, y encima te largaste.

Las palabras de él se le clavaban como puñales en el corazón. Había tantísimo dolor en su mirada y tanto rencor en sus palabras...

—Solo te protegía. Claro que me sentía culpable de lo sucedido, pero no solo por Álex, también estuve a punto de perderte a ti. No puedes hacerte una idea de lo que sentí durante todo el trayecto a la isla. Pensé que te había perdido para siempre.

—Pero no lo hiciste. Y al final decidiste perderme para siempre, por decisión propia.

—Pero te regalé una vida para ser feliz, lejos de mí. Eso se convirtió en una prioridad. Mantenerte a salvo. Saber que algún día, veinte años después, me cruzaría contigo en la calle y estarías vivo y podrías ser feliz. Yo no podía ofrecerte eso a mi lado —había ido subiendo la voz sin darse cuenta. Necesitaba gritarle cuánto le quería, cuántas noches había pasado en vela llorando por la decisión que había tomado. Él se acercó, demasiado, tanto que sus labios estaban a solo unos centímetros. Mientras su cuerpo ardía de necesidad, como si estuviera en medio del desierto y tuviera agua a solo un palmo de su boca, rogó porque él callara aquella conversación de una vez, posando sus labios en los de ella. Pero no fue eso lo que sucedió, sino que despegó los labios para volver a replicarle.

—Lo que me hubieras ofrecido, estando a tu lado, siempre hubiera sido mejor. No tiene sentido que me regales una vida entera si no es contigo.

Ahora las lágrimas de Alba rodaban silenciosas. No sabía qué responder. En aquel instante hubiera dado lo que fuese por desaparecer con él, de Zahora y del mundo que les rodeaba. Ellos con una vida normal y corriente.

Ojalá. Pero tenía la terrible sensación de que el daño ya estaba hecho, y de que Álvaro no estaba dispuesto a dejarla redimirse de sus errores tan fácilmente.

—Soñaba con una vida contigo. Una vida normal y corriente. Nada me hacía más feliz. Pero lo que sucedió... me trastornó, Álvaro. El dolor me cegó. Necesitaba ponerte a salvo.

Él volvió a alejarse de ella. Se apoyó contra la puerta y cruzó los brazos en el pecho.

—Este tiempo me ha servido para calmarme, para curar las heridas y para reflexionar sobre todo lo sucedido. No puedo vivir sin ti. No puedo seguir así... —las lágrimas la ahogaban —me alejé de todo lo que quería... lucharé para protegeros las veces que haga falta, pero necesito quedarme aquí, necesito tenerte cerca, a ti y a mi familia...

El rostro de Álvaro pareció ablandarse al fin. Algo de lo que ella había dicho parecía haber surtido efecto.

—Siempre he estado aquí, Alba. Siempre. ¿Recuerdas cuando Silvia hechizó a Álex en la fiesta del instituto? Ya estaba ahí, contigo. Y en Sevilla, me puse en contra de los míos y estuve a tu lado. Por muy feas que se pongan las cosas, siempre he estado a tu lado.

—Lo sé.

—Pues necesito que hagas lo mismo. No necesito que me protejas. Sé hacerlo solo. Solo necesito que estés.

Ella suspiró. Esa petición era esperanza para ella.

—Estaré. Necesito estar.

Necesitaba quedarse. Necesitaba volver a su vida, a su familia, a Álvaro. Pasara lo que pasase. Lo afrontarían juntos.

Guardó silencio, en espera de alguna señal de él que le indicara cómo actuar a continuación.

—Abre esta puerta, anda. Necesito llevarte a mi casa. Lo de la noche de Fin de Año con una desconocida estuvo bastante bien, pero ahora necesito a mi chica.

Ella sonrió, mientras las lágrimas surcaban aún sus mejillas.

EPÍLOGO

Tuvieron que pasar algunos meses más para que Alba encontrase la fuerza suficiente para abrir la libreta de Álex. Llevaba ya casi un año guardada en un cajón de su mesilla de noche y hasta entonces había sido incapaz de abrirla. No podía enfrentarse a sus letras, a sus pensamientos y a lo que fuera que hubiera escrito él allí, que sin duda tenía que ver con ella.

Y sin embargo esa noche se vio arrastrada a leerla. Llevaba todo el día nadando. Álvaro estaba en Sevilla ese fin de semana; había ido a acompañar a su madre a la revisión con su oncólogo. Y ella había aprovechado el día para perderse bajo las olas. Había hecho una visita a la cueva en la que había besado a Álex por segunda vez, y en la que habían pasado mucho tiempo juntos. Y no pudo evitar recordarle, por primera vez desde su muerte, con un resquicio de alegría. Recordó buenos momentos junto a él y se centró solo en esos instantes. Conservaría el recuerdo de su sonrisa para siempre, y le recordaría de esa manera. Como si se hubiera marchado muy lejos de allí, a encontrarse con su propia felicidad. Fue así como logró abrir su cajón y sentarse en su cama con la libreta de él en el regazo. Acarició la portada antes de abrirla y sumergirse en la tinta con la que Álex había plasmado una historia, años atrás.

Escribir no es lo mío. Pero creo que tengo que tener constancia de lo sucedido, por si algún Buscador se ve alguna vez en una situación similar a la que yo he vivido. Para que sepa, al menos, que no está solo.

Un año más, de vuelta al instituto. El último, afortunadamente. Estoy deseando terminar, poder ir a la universidad y alejarme de este pueblo en el que nunca pasa nada. O no pasaba, hasta esa mañana. Esa mañana en la que todo lo que conocía hasta entonces cambió, se transformó. Como si llevara todos estos años sumido en un mundo gris que de pronto cambiara a color. Cuando me crucé con ella, solo trataba de ser cordial. La observé, de espaldas delante de mí en la cola de secretaría del instituto el primer día de clase. Me fijé en

cómo se balanceaba nerviosa y deduje, a pesar de no haberle visto aún el rostro, que era nueva. Y entonces se le deslizó al suelo uno de los papeles que tenía en la mano. Me agaché para recogerlo y mientras lo sostenía entre los dedos le dio un par de toques en el hombro.

—Se te ha caído esto...eh... —busqué su nombre en el formulario que tenía en la mano. Alba. Se llamaba Alba. Pronuncié su nombre en voz alta antes de retirar la vista finalmente del documento y mirarle a la cara. Y fue entonces cuando supe que algo pasaba. Una sonrisa se escapó de mis labios sin que yo la dirigiera. Pero su rostro, ese rostro increíblemente bonito, provocó que a partir del instante en que sus ojos se cruzaron con los míos, me fuera inevitable sonreír cada vez que la miraba o sencillamente pensaba en ella. Y eso era algo que sucedería demasiado a menudo a partir de ese momento. Demasiado. No podría volver a quitármela de la cabeza, ni de día ni de noche.

Y es que en ese instante mi estómago se puso del revés, y nunca volvió a situarse en su sitio.

Y ese día, ese instante, no fue más que el principio. La enfermedad que había contraído desde ese primer cruce de miradas, iría en aumento. Porque los encuentros con ella fueron a más, y yo busqué la forma de que se repitieran. Era como si me pasase el día muerto de sed, y solo me saciase un poco cuando la tenía cerca. Como si fuera un oasis en medio del desierto. Pero nunca era suficiente. Necesitaba más y más de ella. Luego llegaron los besos. Nunca había sentido semejante explosión de sensaciones, creí que el pecho me explotaría en alguno de nuestros encuentros.

No entendía qué me sucedía. Solo sabía que era adicto a su sonrisa, a sus ojos y a su piel. Y que nada importaba, más que tenerla junto a mí.

Tras el primer beso, corrí a casa de Sofía. Ella era como una abuela para mí, la abuela que yo nunca tendría, pues mi propia abuela apenas aparentaba unos años más que mi madre, y no era abuela en ninguno de los sentidos maravillosos que conllevaba esa palabra para los humanos. Sofía había sido una de las nuestras, pero ya hacía mucho que había rechazado su naturaleza. Y sin embargo, nos trataba a todos los guardianes y sirenas más jóvenes como si fuéramos sus nietos. Nos preparaba magdalenas y chocolate caliente y nos dejaba ser niños en su casa. Niños de verdad.

Si alguien sabría qué me estaba sucediendo, esa era Sofía. Ella lo sabía todo sobre nosotros. Corría el rumor de que ella era hija de una de las primeras sirenas, que se había escapado del confinamiento que sentía en la isla y había sido de las primeras en vivir en una sociedad humana. Y su madre, durante sus más de trescientos años, la había colmado de sus aprendizajes y experiencia sobre las sirenas.

Cuando llegué a su casa y me senté frente a ella en la mesa de la cocina, no tardé en

romper a llorar. Y eso me desequilibró más aún, pues no había llorado en mi vida. Tocaba mis lágrimas con asombro mientras rodaban por mis mejillas sin poder controlarlas.

Sofía me sonrió, mientras negaba con la cabeza.

—Jamás imaginé que volvería a vivirlo otra vez —susurró mientras me acercaba un pañuelo.

—¿Otra vez?

—Sí, hace mucho tiempo, vino otro guardián a visitarme también entre lágrimas.

—¿Y por qué lloraba?

—Pues no sé por qué pero me huele que por una razón muy parecida a esa por la que lloras tú ahora. Déjame adivinar... ¿palpitaciones? ¿vello erizado? ¿dolor de estómago?

—Sí, todo eso. Debo estar muy enfermo o me han hechizado.

—Todo eso sucede por... ¿una chica?

—Sí... pero ella... no...

—No es una sirena.

—Exacto. —Abrí los ojos, sorprendido. Sabía perfectamente de qué hablaba.

—Álex, no estás enfermo. Ni siquiera te han hechizado.

—Entonces...

—Estás enamorado.

—No, eso es imposible. Sabes que no podemos enamorarnos.

—Ya, eso se supone.

—Y entonces... ¿cómo es posible?

—A eso no puedo responderte.

—Pero... ya sabías lo que me pasaba.

—Ya lo había visto antes.

—Hablas de ese Guardián, el que dicen que se enamoró de una humana.

—Sí.

—¿Y qué hago con esto que siento? No me permitirán estar con una humana.

—Se acercan tiempos complicados para nosotros, **Álex**, y esta historia tuya forma parte de lo que dicta la profecía.

Me disponía a abrir la boca para saber a qué se refería, pero ella me detuvo.

—Por ahora no puedo contarte más. Tendrás que descubrirlo por ti mismo. Y tendrás que decidir si quieres luchar o no contra nuestro mundo por eso que sientes.

—Pero es que... no puedo imaginar un mundo sin ella...

—Pues no lo hagas. **Ámala**. No hay mejor regalo que amar y ser amado.

Asentí en silencio. Ahora que tenía la bendición de **Sofía**, ya nada me detendría. Saborearía cada momento al lado de **Alba** como si fuera el último.

Y así fue. Disfruté del amor junto a ella. Cada caricia, cada beso suyo, compensaba con creces el riesgo al que nos sometíamos al estar juntos.

Pero las cosas se torcieron. Nadie esperaba que **Alba** se transformara en sirena. Y fue entonces cuando comenzaron las amenazas, por parte de mi padre y de la familia de **Silvia**. O me unía a **Silvia** en el eclipse o me alejarían definitivamente de **Alba**. Y a ella la dejarían sola, sin **Guardián**. No tenía opción, pues sabía que cumplirían sus amenazas. O buscaba una solución, o tendría que atenerme a las consecuencias. Fue ahí cuando decidí buscar un **Guardián** para **Alba**, alguien que la protegiera, mientras yo protegía a **Silvia**. Y mientras nosotros podríamos seguir nuestra relación. Pero no salió bien. Ella perdió confianza en mí, pero yo no podía contarle las amenazas que me habían llevado a buscarle un **Guardián**.

Y a partir de ahí, todo fue a peor. Mi padre intentó acabar con **Alba** con la ayuda de

Paloma y las demás. Y cuando todo terminó en Sevilla, las amenazas no terminaron.

Tenía que dejarla ir. Fue ella la que finalmente tomó la decisión por mí.

El dolor de vivir sin ella no me dejaba respirar. Pasó el tiempo y creí que se atenuaría, pero seguía ahí. Tenía pesadillas en las que me abandonaba una y otra vez, y de día pasaba demasiado tiempo recordando cada uno de los momentos que había vivido con ella. Hasta que no pude soportarlo más y acudí a la Primera Sirena para que me quitara ese dolor que arrastraba a todas partes.

Y me lo quitó. Me adormeció el corazón, volví a estar sedado de sentimientos, como antes de conocerla.

Solo que, a pesar de que el dolor desapareció, los sentimientos quedaron reprimidos, como una tromba de agua contenida tras una tapa de alcantarillado.

Jamás podría deshacerme del todo de ellos.

Jamás podría olvidarla por completo.

Alba cerró la libreta y se secó las lágrimas con las manos. Se había emocionado muchísimo leyendo cómo Álex se desconcertaba con sus sentimientos hacia ella. Había llorado como un niño, al verse desbordado de emociones.

Y es que la historia de los dos había sido mágica.

Ella tampoco podría olvidar nunca los momentos vividos con él. Nunca.

Pero leyendo su libreta había pasado de la tristeza y la añoranza a la rabia y la impotencia. Ya sabía lo que opinaban muchas de las sirenas y guardianes de su relación con Álex, pero leer sobre las amenazas a las que se había tenido que enfrentar él por estar con ella era muy duro. Ellos habían terminado con la relación de sus padres, y también con la suya propia. Se juró a sí misma que si algún día tenía un hijo o hija que perteneciera al mundo de las Sirenas, ella se encargaría de que nada ni nadie se entrometiera en su vida. Nada más trágico que no poder estar con la persona de la que estás enamorada.

Releyó la parte en la que Álex acudía a hablar con Sofía. Había algo en esa conversación que le había llamado la atención.

Esta historia tuya ya forma parte de la profecía...

¿A qué profecía se refería Sofía? Álex le había preguntado, pero ella no le había contado nada más. Al menos en la conversación que él había transcrito. Tenía que hablar con ella, quería saber a qué se refería.

Se acercan tiempos complicados...

No tardó en estar sentada a la mesa de la cocina de Sofía, con la libreta de Álex frente a ella. Como siempre, Sofía le endulzó el paladar, con un bizcocho de manzana y canela esta vez, antes de sentarse a escucharla.

—¿Cómo estás, mi niña bonita? —le preguntó la anciana mientras le tomaba ambas manos entre las suyas.

—Bien, estoy bien. Cada día mejor —le sonrió, pero en su intento de mostrarse acorde a sus palabras, notó que sus ojos le contradecían y las lágrimas la delataban.

—¿Qué ha pasado, Alba? —preguntó, preocupada.

Alba se secó las lágrimas antes de hablar.

—Nada, tranquila. Es que Álex había dejado esta libreta para mí y hasta hoy no he sido capaz de leerla. Y ha sido duro. Cuenta todo lo que sentía por mí, pero también lo presionado que se vio por su familia porque no estaban de acuerdo con nuestra relación.

Sofía suspiró con tristeza.

—No ha cambiado mucho desde que pisamos tierra firme, hija. Sus mentes siguen siendo igual de primitivas que cuando vivían la mayor parte del tiempo bajo el mar.

—Ya, me lo han dejado ver demasiadas veces desde que pertenezco a su mundo. Aunque nunca me he sentido parte de él —se encogió de hombros. —Pero bueno, ya estoy resignada a vivir con ello.

—Bueno, afortunadamente tienes una familia maravillosa que sí te quiere tal y cómo eres.

—Sin duda. Lo mejor que me ha pasado al transformarme fue tener a mi padre y mi hermana conmigo —sonríe, sin forzar esta vez la sonrisa.

Y Sofía le devuelve una sonrisa serena. Para ella también ha sido maravilloso ver a su nieto feliz junto al amor de su juventud.

—Quería preguntarte por algo que leí en la libreta de Álex, sobre una conversación que tuvo contigo al poco de comenzar conmigo.

—Me acuerdo. Estaba tan desconcertado con lo que sentía por ti... —sonrió y los recuerdos afloraron a su mente.

—Le hablaste de una profecía. No le dijiste mucho más, solo que nuestra relación ya formaba parte de esa profecía.

Sofía asintió. Sabía perfectamente de qué le hablaba.

—No tenía que haberle dicho nada. Pero no pude evitarlo, la historia volvía a repetirse tras la de mi nieto con tu madre en un espacio de tiempo demasiado corto. Lo que en ese momento no sabía es que el motor estaba en marcha antes de lo que esperaba; yo pensaba que Álex estaba enamorado de una humana, no de ti.

—No termino de entender...

—Lo entenderás enseguida. Esa profecía me la contó mi madre cuando me entregó el colgante que tú llevas puesto. Ambas cosas han pasado de generación en generación; el colgante y la profecía.

—¿Y qué dice esa profecía?

—La profecía dicta que estamos destinados a extinguirnos. Comienza con el amor entre un Guardián y una humana. Tendrán una hija, medio sirena medio humana, que arrastrará a las sirenas a luchar contra los orígenes de su especie. Una larga guerra se proclamará entonces, una guerra que decidirá el futuro de nuestra especie.

Alba trató de comprender las palabras de Sofía. Una hija, medio sirena medio humana... se refería a ella... su historia con Álex no estaba relacionada con la profecía, sino la historia de sus padres. Ella era esa hija de Guardián y humana que arrastraría a las sirenas a luchar contra los orígenes de su especie. Y esa parte de la profecía ya había sucedido.

Una larga guerra se proclamará entonces...

—¿Una guerra?

—Sí, me temo que sí. Al menos eso narra la profecía.

—Pero... ¿hablaba de alguna fecha? ¿cuándo sucedería?

—No lo sé, eso lo ignoro por completo. Por eso no quería contártelo. No veía necesario que te preocupases por algo que quizás sea solo una leyenda.

—Ya, pero parte de esa profecía realmente se ha cumplido...

—Podría ser solo una casualidad. Las leyendas de amoríos entre nuestro mundo y el humano siempre han estado ahí.

—¿Y dice la profecía algo más? ¿sobre cómo terminar con esa guerra...algo?

—No hija. Que yo sepa, eso es todo.

—Vaya...

—Te lo he dicho. Es mejor olvidarla. No tiene sentido vivir angustiada por algo que probablemente fuera solo una historia para entretenerse.

Alba asintió, aunque no por ello se quedó tranquila.

Poco después se despidió de Sofia, con la promesa habitual de volver pronto. Aprovechó que estaba junto a la playa para darse un baño. Pero antes, fue al coche a coger una bolsa de plástico con sellado, e introdujo en ella la libreta de Álex. Nadó llevándola consigo, hasta emerger en la cueva en la que había pasado tantos y tantos momentos con Álex. Dejó la libreta oculta bajo una piedra al fondo de la cueva, donde la marea no llegaba aunque subiera.

Y allí, a solas, al fin logró encontrar la fuerza suficiente para despedirse de él con serenidad y el corazón en paz.